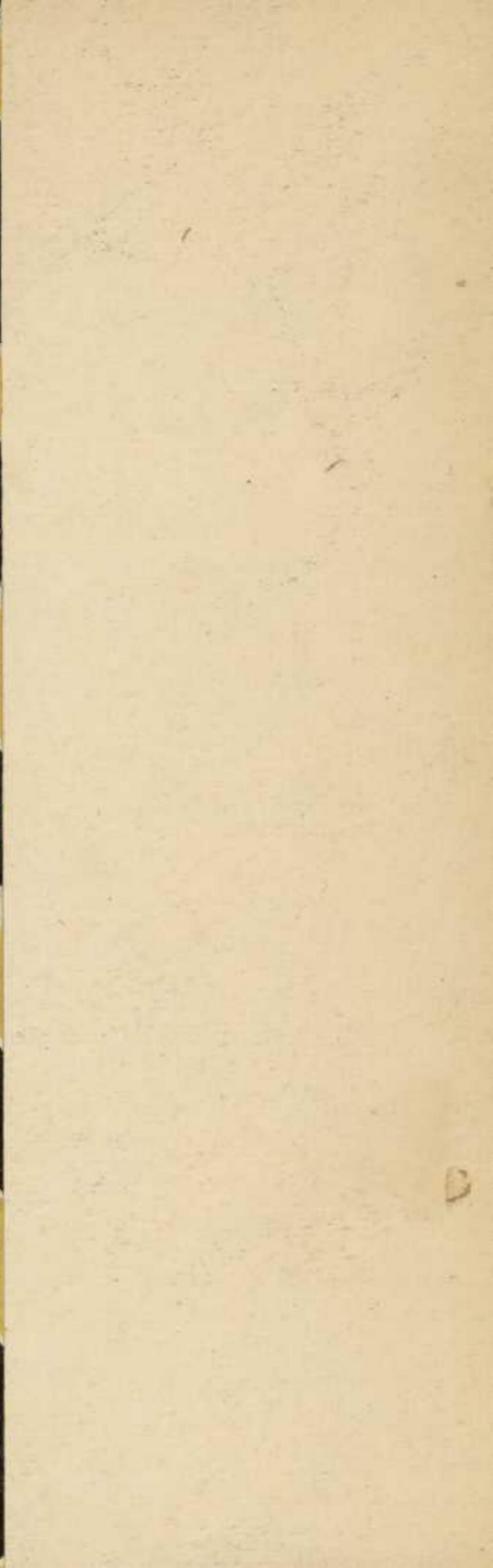
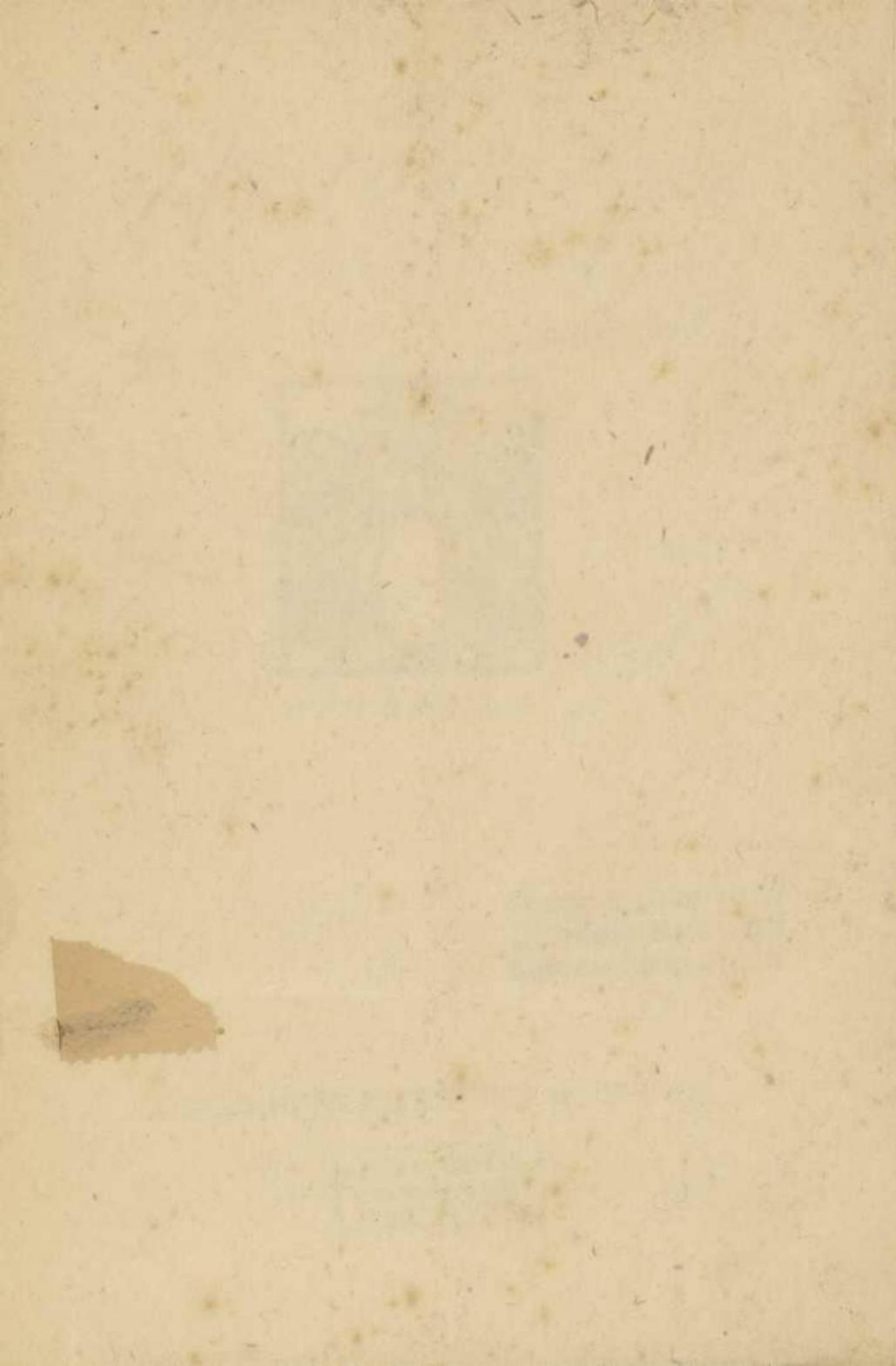


PIERRE LOTI
LA PRIMERA
JUVENTUD





A. Roldán



ESTRELLA

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

386

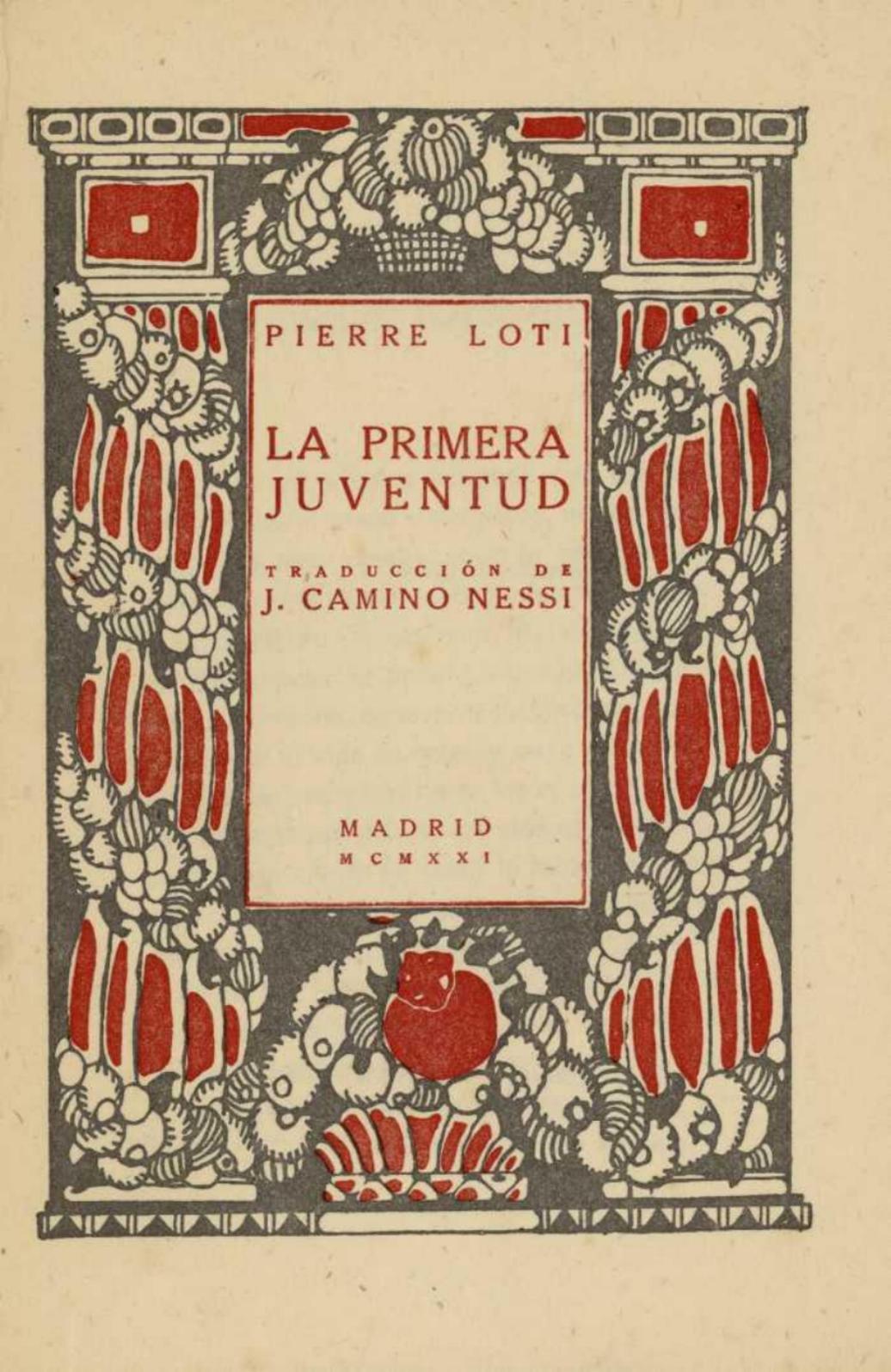
LOS GRANDES ESCRITORES MODERNOS

LIBRERÍA HISPANIA
Diputación, 254
BARCELONA

1163366

DR

386



PIERRE LOTI

LA PRIMERA
JUVENTUD

TRADUCCIÓN DE
J. CAMINO NESSI

MADRID
M C M X X I

COPYRIGHT BY ESTRELLA, S. A. E., 1921

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28. — MADRID

UN BREVE PREÁMBULO

DESDE mi primera juventud, con una obsesión pueril y desolada, me he esforzado en querer reseñar todo lo que va sucediendo, y este vano esfuerzo de cada día habrá contribuído a la usura de mi vida. He querido detener el tiempo, reconstituir aspectos ya borrados, conservar viejas costumbres, prolongar la vida de árboles cuya savia iba a extinguirse, eternizar hasta las cosas humildes que no hubieran debido ser más que efímeras, pero a las cuales he dado la fantástica duración de las momias, y que en la actualidad me espantan. . . ¡Oh, cuando yo me anegue en lo infinito, las manos piadosas encargadas de ejecutar mi última voluntad no se cansarán de visitar todos los escondites de mi casona para inutilizar tantas y tantas pobres reliquias se-

P I E R R E L O T I

pultadas en los cajones, fardelitos lacrados, cofrecillos, reliquias de mis queridos muertos, que después de mi desaparición vais a estar más muertas aún! Hoy que para mí todo va a terminar, reconozco cuán equivocado estuve al obstinarme en esos esfuerzos inútiles: ¡tal vez hubiera valido mucho más no guardar nada, quemar, quemar, puesto que la última palabra pertenecerá siempre al olvido, a la ceniza y a los gusanos! . . .

Un poco menos disparatado es este medio, al cual han recurrido millares de almas humanas en la angustia de acabar: dejar un «Diario», que acaso leerán nuestros sucesores. . . Es lo que he hecho aquí, y ruego a aquellos que pongan sus ojos en este libro, que lo excusen como la tentativa desesperada de uno de sus hermanos que va a zozobrar mañana en el abismo, y quisiera, al menos por algún tiempo, salvar sus recuerdos más queridos.

LA PRIMERA JUVENTUD

I

EL décimotercero verano de mi vida, donde da fin el libro de mi infancia, aparece de nuevo, en lo remoto de mi memoria, como uno de los veranos más hermosos de nuestra Francia, uno de aquellos veranos como los que disfrutábamos antes, y que no se hallan ya hoy día. Tocaba a su fin Septiembre, en un esplendor que parecía inalterable, y la abundancia de los dorados frutos resultaba tal, que no se sabía qué hacer de ellos. En lo hondo del jardín del tío del Mediodía, en cuya casa pasaba yo mis vacaciones, en aquel cenador de parras moscateles, donde yo había decidido mi porvenir, las grandes mariposas con reflejos de metal azul, que no tenían casi más que un mes de vida, se quedaban largo rato posadas sobre los pámpanos rojizos, para desfallecer lánguidamente de calor y de sol, antes de morir.

Entretanto, mi solemne carta, dirigida a mi hermano en la isla de Polo-Condor, caminaba hacia el Asia extrema. Juzgando que la suerte estaba echada y que *aquello sería, puesto que yo lo había querido*, no pensaba más en tal cosa; me entregaba a las más infantiles travesuras con los niños de Peyral, y esperando la fiesta de las vendimias, nos emborrachábamos juntos con los racimos de la viña, como las avispas en otoño.

También frecuentemente iba a dar largos paseos por la montaña, en compañía de mi hermana y de nuestro primo mayor. Además, no dejábamos nunca de volver con matas de esas deliciosas flores silvestres que abundan por Septiembre en aquel país, con objeto de componer grandes ramos, de una forma algo anticuada, que iban a reunirse con los de la víspera o de la antevíspera, en las macetas antiguas, sobre los peldaños de piedra rosada, en la vetusta escalera con barandilla de hierro forjado. No había en la casa un sitio más fresco que aquella ancha escalera, tan venerable; podía uno sentarse allí a sus anchas, reunirse durante las asfixiantes horas de la siesta en verano; y aquellas flores del campo, todas aquellas flores allí colocadas, le daban sin cesar el aspecto de un altar al paso de la procesión del *Corpus Christi*.

LA PRIMERA JUVENTUD

Uno de los lugares predilectos de nuestros paseos era la fontana de San Miguel, situada en la mitad de un ribazo que poblaban enormes castaños seculares: un humilde manantial, casi ignorado, que dejaba caer su hilillo deliciosamente límpido en una taza antigua, de piedra, y cuya humedad hacía conservarse en las piedras próximas un tapiz de esos frágiles musgos de agua que imitan las hojas de encina.

Cerca de esta fontana, un día en que mi hermana y mi primo mayor se habían sentado a la sombra, observé, rondando a su lado, que se hablaban entonces en voz muy baja y con un aire muy serio. El sitio, infinitamente tranquilo, convidaba a los pensamientos profundos bajo aquellos árboles añosos, de recias ramas, cuyas raíces se retorcían en torno nuestro como monstruosas serpientes dormidas; y para añadir más melancolía al recogimiento de las cosas, las hojas secas tapizaban ya la tierra.

Me dedicaba allí, siguiendo mi costumbre, a recoger fósiles para mi museo: restos de conchas que vivieran hace millones de años en los mares del período silúrico, pero que revoluciones cósmicas hace tiempo habían esparcido a flor de tierra, y que a la larga habían tomado los tonos bermejos de la tierra de

Quercy; yo no tenía más que seleccionar, pues de tal modo abundaban entre la alfombra de hojas rojizas.

Observé, con el rabillo del ojo, cómo cuchicheaban entre sí misteriosamente, al rumor de cristal que la fuente les producía de modo tan dulce, y de pronto les vi tenderse la mano con una gravedad extraña; entonces me pareció que algo acababa de suceder. . .

En efecto: al atardecer, cuando estuvimos de vuelta en la vieja mansión estilo Luis XIII, mi hermana me llamó aparte para decirme:

— Chiquillo adorado, hoy me he prometido como novia. No lo dirás a nadie aún, te lo suplico, porque no nos casaremos hasta el año que viene; pero quiero que seas tú el primero que lo sepa.

Sentí un gran frío en el corazón; tanto más, cuanto que en el mes de Junio último un acontecimiento — no mencionado, según creo, en mi libro precedente — me había mostrado el peligro que acarrear las bodas: mi gran amiga Lucía, la hermana que me llevaba ocho años, la Lucía de la Limoise, se había casado con un oficial de Marina, que me la había llevado a la Guayana; y de este modo conocí el primer verdadero sinsabor de mi vida. Por toda respuesta a la confidencia que se me había hecho, me limité a exhalar uno de

LA PRIMERA JUVENTUD

esos profundos suspiros que suelen exhalar los niños y que dicen más que todas las palabras. Mi hermana entonces me cogió en brazos, cubriéndome de besos en uno de aquellos transportes de ternura maternal que yo conocía en ella tan frecuentemente. Me dijo:

— ¡Daría un reino, cariñito, un reino por un suspiro tuyo!

Lo pronunció con un dejo de picardía, para atenuar lo que hubiera tenido de demasiado lírica la frase; pero, con todo eso, había puesto en ella toda su alma, y vi que sus ojos se humedecían con lágrimas, a la idea de que aquella unión iba acaso a definir entre nosotros el comienzo de las separaciones. . .

¡Ay! Hoy día la fontana de San Miguel, bajo sus castaños centenarios, sigue siendo la de antes, con sus frescos musgos acuáticos y su cantata discreta; pero aquel porvenir que los dos enamorados se habían prometido allí, ha huído como un sueño: su juventud ha pasado, su edad madura ha pasado y también su senectud poco a poco; han conocido a los hijos de sus hijos, y desde hace unos cuantos años duermen juntos bajo las mismas losas del cementerio. . .

A primeros de Octubre, como los años precedentes, regresamos mi hermana y yo a Rochefort, donde me esperaba la más deliciosa de las sorpresas. Cuando entré en el salón rojo, impaciente de volver a ver mi piano, lo hallé relegado a un rincón oscuro, en tanto que otro, un hermoso piano nuevo, ocupaba su lugar triunfalmente. Comprendí al punto; y, en mi ansia de gozar de un regalo semejante, paseé febrilmente mis dedos sobre aquel teclado de sones desconocidos. ¡Oh, qué arrobamiento! Aquel piano sonaba con una voz dulce y profunda; todo lo que yo tocaba en él, quedaba como transfigurado por hadas en las teclas sonoras. . . Inmediatamente me asaltó en la memoria un fragmento del *Diario de las Misiones* — yo me ocupaba mucho en aquel tiempo de las Misiones protestantes —, un capítulo que relataba la estupe-

P I E R R E L O T I

facción de un joven neófito negro, en el país de los Basutos, al oír por primera vez a uno de nuestros misioneros tocar en un piano llegado la víspera.

— Son voces humanas — había dicho —, pero voces humanas que cantan en el agua.

Voces en el agua, sí; aquéello era, en efecto. ¡Cuán precisamente se había expresado el joven salvaje!

Me daba lástima separarme del misterio encantador de aquellas resonancias nunca oídas antes. Sin embargo, acabé por levantarme de un salto para correr en busca de mis padres y abrazarlos tiernamente. No tuve que andar mucho para encontrarlos, porque ambos estaban detrás de la puerta, cautamente escondidos, para gozar con mi alegría. . .

En ese piano es donde, aquel año, fui iniciado en el arte de Chopin, y eso me sirvió mucho para olvidar las tristezas del colegio, de los deberes, de las lecciones de castigo y del invierno.

III

SALVO la ausencia de Lucila, ningún cambio sufrió, por lo demás, nuestra vida de familia, en la que mi hermano no había hecho más que una corta aparición el año anterior, entre sus destierros de dos vueltas al mundo. Desde los primeros días frescos del otoño, nuestras veladas del domingo, las únicas en que se me consentía acostarme tarde, se habían reanudado en el salón rojo, ante las claras lumbraradas de leña, de largas y alegres llamas.

Aquel mismo salón viejo, de color rojo, soy yo quien lo ha destruído, hace unos treinta años, creyendo que estaba demasiado pasado de moda, *sin estarlo bastante, sin embargo*; en aquel tiempo, es cierto, las personas queridas que lo habían animado durante mi infancia, estaban aún en este mundo, y les pude consultar sobre dicha transformación; pero

hoy que todas se han sumido en los abismos de los tiempos, ¿qué no daría yo por volver a hallar, aunque sólo fuera el salón rojo, que me las recordará más? ¿Cómo he podido destruirlo? ¡Ay! Puesto que está realizado, voy a intentar, al menos, prolongar el recuerdo de aquel salón, describiéndolo un poco.

Bastante espacioso para procurar al atardecer rinconadas de sombra, estaba recogido en fonalidades voluntariamente apagadas; sobre sus paredes descendían de alto abajo anchas listas de dos matices, de color de gamuza, separadas por dorados muy discretos; pocos dorados, ni aun en las puertas, porque mi padre era aficionado a todo lo que fuera sencillo. Los muebles acusaban el enfadoso estilo de la época de Luis Felipe: caoba, terciopelo rojo franjeado con bandas de tapicería.

La guarnición de la chimenea, obligatoria en aquella época, era bella y severa: bronce y mármol negro, altos candelabros y gran reloj de péndulo, cuyos personajes representaban una alegoría de la Caridad. Los retratos de familia tenían marcos análogos entre sí, negro y oro, con esquinas cimbradas, que les daban cierto aspecto de algo religioso. Siempre había flores frescas, y sin embargo, una impresión de austeridad hugonote se desprendía

LA PRIMERA JUVENTUD

del conjunto. Por último, en el sitio de honor triunfaba sobre una mesa una enorme Biblia vieja, del siglo xvii, que había servido durante más de dos siglos para la lectura en voz alta de mis antecesores, a la noche, antes del instante de arrodillarse, todos reunidos, incluso sus criados, para la plegaria final de cada día.

No obstante, no tenían nada de austeras nuestras veladas de los domingos. ¡Oh, no! Más bien eran sumamente alegres, en su sencillez casi infantil. Cuando todo el mundo, al salir del comedor, se había sentado allí en círculo, yo comenzaba a hacer piruetas en medio, a pesar de mis trece o catorce años, gozoso sólo de sentirme tan rodeado de aquellas dulces protecciones, y pensaba:

«¡Ahora vamos a jugar, vamos a jugar todos juntos a cosas tan divertidas!»

Iba uno a divertirse, sí, en el sentido inocente y pueril de la palabra; a jugar a aquellos juegos sin importancia en que las personas mayores tomaban parte, diciendo que lo hacían por darnos gusto a Margaritina y a mí, pero que en el fondo los divertían también. Y aquel año, como los anteriores, fué mi tía-abuela Berta, la mayor de mis tías, quien se mostró más brillante; sobre todo, alcanzaba un triunfo en el juego «del gato detrás de la

puerta», en el cual hacía gala de unos maullidos, a veces amorosos, a veces airados, con modulaciones siempre imposibles de prever, que me originaban locas carcajadas, hasta hacerme caer al suelo.

Nuestro verdadero gato — el señor *Ratón*, ya nombrado varias veces — se inquietaba también de aquellos maullidos de tía Berta, que acaso significaran imprecaciones terribles o frases inconvenientes a fuerza de ser tiernas; ponía tiesas las orejas y la miraba con aire de preguntarse:

— ¿Qué? ¿Qué?... Pero, ¿qué es lo que dice esa, qué es lo que le pasa?

En medio del corro que formaban las butacas y los miriñaques, el señor *Ratón*, llamado «Su, Excelencia», dormía arrimado al fuego, con completa confianza, todo lo largo que era, con las patas y el rabo estirados cuanto podía, al modo de los gatos muy felices. De vez en cuando me inclinaba hacia él para acariciarlo, y entonces él tenía un despertar muy amable, respondiendo siempre por un leve ron-ron que quería decir:

— ¡Ah, eres tú! Dios mío, ¡qué ventura es vivir en el mundo, ¿verdad?, y vivir en una casa como ésta!

A lo cual le respondía, claro es que mentalmente:

LA PRIMERA JUVENTUD

— No sabría contestarte, mi querido *Ratón*; pero existe el reverso de la medalla: así, pues, donde tú me ves, voy a verme obligado mañana a levantarme antes de que amanezca, con motivo de una terrible traducción del griego, que no le ha dado aún la gana de salir.

Para demostrarme su desdén por el griego, se hacía entonces un ovillo, enrosándose como una serpiente, con las cuatro patas en alto, colocando sobre el bello y mullido tono rojo de la alfombra su tripilla de piel de armiño, limpiada siempre con tal cuidado, que era lo único aceptable en su ser, más bien feo, y por lo general, para olvidar los sin-sabores que me aguardaban en la madrugada próxima, me hacía yo un ovillo también a su lado.

— ¡Oh! — decía tía Berta, fingiendo indignación —, ¡esos modales son los de los borriquillos en los prados!

He hablado ya mucho de mi tía-abuela Berta (1) y de mi tía Clara (2). Pero en este libro, que será a modo de un extenso epitafio sobre tumbas veneradísimas, he omitido hasta ahora otras dos, y esto me parece un desacato

(1) Su verdadero nombre, que ahora lamento haber cambiado, era tía Eulalia.

(2) Su verdadero nombre era tía Clarisa.

a su memoria, teniendo en cuenta cuánto me quisieron.

En primer lugar, tía Corina fué la que había imaginado proporcionarme alguna distracción, desconocida hasta entonces, haciéndome sacar fotografías; cosa aún enteramente nueva por aquella época. La mayor parte de aquellas pruebas desdichadísimas existe todavía, cuando menos, y me eternizan un poco los trazos de rostros queridos. ¡Qué cara tan cándida y tan bella tenía tía Corina, orlada por sus cabellos de gris plata, recogidos con rizados, siempre tan correctamente arrollados! ¡Y cuán invariablemente amable era en su voluntaria pureza! Tiempos atrás, para obedecer a un marido que había hecho de ella una mártir, se había desterrado muy lejos, no osando dar la menor señal de vida, y yo ignoraba casi su nombre, hasta que un buen día, cuando contaba yo unos diez años, después de quedarse viuda, arruinada y sola, nos cayó del cielo; pobre cosa náufraga que se refugiaba junto a nosotros, y que pronto quise, como si siempre la hubiese conocido. Por temor de ser una carga, se había empeñado en llevar la correspondencia en una casa comercial; lo que le obligaba todos los días a salir de la nuestra muy temprano. Como yo padecía la misma obligación matinal, debida al colegio, no dejaba

LA PRIMERA JUVENTUD

nunca de ir, apenas me levantaba, a arañar en la puerta de su cuarto con la puntita de los dedos, a lo que la tía respondía con un «Ya va», tiernamente afectuoso. Este toquecito de gato, pues, era, según decía ella, lo que le ayudaba a soportar las grises madrugadas del invierno, y hasta lo que le proporcionaba más placer en la vida.

Luego después tenía también a tía Eugenia, nuestra vecina, la madre de Lucila y la señora de la Limoise, que no tenía conmigo parentesco alguno, pero que formaba parte asimismo del cenáculo de ternuras vehementes agrupadas en torno mío.

En aquel tiempo se juzgaba, no sin razón, que las mujeres entradas en años están mejor con no presentarse sin llevar algo a la cabeza; a excepción de mi hermana, ninguno de los rostros queridos que me rodeaban era joven, desgraciadamente. Todas estaban, por lo tanto, tocadas con cofias de encaje, provistas de grandes lazadas y de flores, y no enseñaban de sus cabellos más que algunas ondas posadas en sus sienes, y tan bien peinadas que parecían tener brillantina. En cuanto a mi hermana, cuya imagen juvenil se conserva grabada tan fijamente en mi recuerdo, llevaba dos trenzas que le descendían sobre las orejas, y el nudo de sus cabellos, demasiado

complicado, como lo exigía entonces la moda, estaba dispuesto, no obstante, con la gracia que ponía en todas las cosas. Los vestidos para aquellas veladas eran rigurosamente cerrados, no hay que decir, y bajo el efecto de los miriñaques me hacía mucha gracia verlos inflarse como globos en cuanto se sentaban las personas que los vestían.

Aparte de los juegos, había la parte musical, en la cual yo era uno de los primeros personajes, con mi profesor de piano y el violoncelista, que me daba lecciones de acompañamiento. Pero cada vez que pienso de nuevo en aquellas humildes y conmovedoras veladas del tiempo pasado, vuelvo a oír la voz purísima de mi hermana, cantando de un modo, tal vez demasiado ingenuo, estos versos magníficamente siniestros: «Arrastrados en la noche eterna, sin esperanza de volver, ¿no podremos nunca en el océano de los tiempos echar el ancla un solo día siquiera?»

Esta canción de *El lago*, con música de Niedermayer, fué durante dos temporadas la pieza que le obligaban a repetir más las apacibles auditoras con rizadores de papel, que seguían siendo sentimentales a la manera honrada de su tiempo; de tal suerte obligada a repetir, que Lucila, antes de su partida a la Guayana, había definido nuestras veladas con su

LA PRIMERA JUVENTUD

sutil ironía, que no tenía precio, por esta fórmula lapidaria: «Te con tostadas... y lago». ¡Pobre lago, tan cursi hoy, pero que no carecía de belleza! No sé si debo decir aquí que Lamartine me era ya antipático desde el colegio, por su rebuscamiento y pomposo empaque; sin embargo, el comienzo, incontestablemente espléndido, de este poema que yo estaba harto de acompañar al piano tan frecuentemente, había despertado en mí, acaso por vez primera, mis terrores frente a nuestro caminar hacia la nada.

A las nueve y media se servía el te, y en aquel momento era cuando nos llegaba siempre de la calle, silenciosa y desierta, la pobre voz cascada que pregonaba con un tono melancólico: «¡Bollos, boltos, ricos bollos calientes!» La pobre y vieja vendedora, a la que oía así toda mi infancia, pasaba siempre con su misma regularidad, casi inquietante, casi fatal pudiera decirse, como esos cucos que para cantar nuestras horas fugitivas surgen automáticamente de los vetustos relojes de pesas.

El te hacía su entrada indefectiblemente sobre la misma inmensa bandeja encarnada que databa de tiempos del Imperio; en cuanto a las famosas tostadas, los platos de antigua china, en los cuales se las servía todos los

domingos, provenían de nuestra casa de la *isla*, llevados hacia dos siglos por antepasados desconocidos, cuyas aventuras de antaño en los mares Amarillos habían sobrecitado mucho mi imaginación en todas las ocasiones.

Al terminar la velada, Margaritina y yo no podíamos estar ya quietos en nuestro sitio, presas de una imperiosa necesidad de movimiento, de correr a galope tendido, de emprender una carrera desenfrenada a cualquier parte; comprendiendo que éramos ya demasiado mayores, no nos atrevíamos a escaparnos del salón como los anteriores años para meter bulla en el corredor, en locas persecuciones alrededor de la mesa circular; pero todas las noches, cuando nos dejaban nuestros vecinos los señores D. . . , llevándose a su niña, y cuando íbamos a acompañarlos hasta la puerta, ¡oh, entonces, cuán tentador era el aire frío de fuera, y también la calle, la larga calle recta, completamente silenciosa, totalmente desierta, en absoluto obscura entre sus modestas casas cerradas, y por la que nadie transitaba! Entonces, y esto era irresistible todas las veces, Margaritina y yo no éramos ya más que dos fierecillas cautivas, cuya jaula se hubiera dejado abierta; nos lanzábamos sin rumbo y sin razón, sacando chispas del piso,

LA PRIMERA JUVENTUD

hasta perder el aliento, para hacer una deliciosa correría de tres o cuatro minutos, que nos saturaba de vida. . .

A mi vuelta al salón, en donde entraba con el pecho voluptuosamente dilatado por el aire fresco y a veces glacial, era por contraste la hora recogida en que mi padre abría la voluminosa Biblia del siglo xvii; leía un breve capítulo de ella, después que todos caíamos de rodillas para la plegaria final del día.

Una vez que nos habíamos puesto en pie de nuevo, nuestras niñeras de la isla de Olerón, que también habían acudido a prosternarse entre nosotros, se apresuraban a llevar un monumental apagador de cobre rojo, procedente de los antepasados y donde generalmente mi padre gustaba de meter él mismo los troncos, aún encendidos, de la chimenea; era el crítico momento de la retirada irremisible; yo abrazaba entonces a todos y me iba a dormir. . .

Nadie me queda, ¡ay!, nadie, de aquellos felices tiempos, que también se borran de mi memoria, harto atestada hoy por las más esplendorosas imágenes de este mundo. Sin duda fué una de las mayores desgracias de mi vida haber sido mucho más joven que todos los seres que me amaban y que amaba yo, de haber surgido entre ellos como una especie de

P I E R R E L O T I

Benjamín, tierno y tardío, sobre el cual debían de converger fatalmente demasiadas ternuras. . . y ¡luego quedar abandonado, tan horriblemente solo, para las supremas jornadas del camino! . . .

IV

DESDE primeros de Diciembre habíamos fijado mi hermana y yo, como otros años, en el comedor, unos cartelitos exponiendo los aguinaldos que deseábamos, y aquel año — ¡ay! — fué el último de los últimos en que celebramos aún la fiesta del primero de año y la cena de media noche, a pesar de la ausencia de Lucila, que hasta entonces había sido el alma, la alegría y el fino donaire. Entre tantas cosas que me fueron regaladas aquel 1.º de Enero de 1864, había tres bellos libros de viajes, ilustrados, y era la época en que los grabados comenzaban a ser verdaderamente artísticos: las palmeras que allí figuraban, en lugar de ser convencionales, como los libros precedentes, habían sido dibujadas del natural. Había también palmeras fotografiadas en las pruebas transparentes que recibí para mi estereóscopo, y fué para mí una revelación repentina y clara la de esta planta tropical, que has-

ta entonces sólo la concebía confusamente. ¡Oh, ver palmeras! Yo soñaba con ello, como antes de mis viajes a casa del tío del Mediodía había soñado con ver montañas. La palmera casera, que hoy día se encuentra hasta en las porterías, no había llegado hasta nuestra provincia, y sobre todo aún no se había aclimatado en nuestro Sudoeste, templado por las continuas corrientes del Golfo de las Antillas, la palmera cameropo, que hoy crece en todas partes. ¡Oh, si hubiera podido dárseme entonces una visión anticipada de nuestro jardín de Rochefort, tal como está hoy, con sus cameropos de los macizos, altos como verdaderos árboles, aportando su nota tan nueva y tan pintoresca cerca de mi estanque inmutable. . . hubiera creído que un bienaventurado cataclismo había desviado el eje del mundo.

Para acabar de turbarme, me llegaban cartas de las *colonias*, cartas muy extensas y detalladas, como dirigidas a todo un mozo. Era Lucila, que me hablaba de las selvas vírgenes de la Guayana; era mi hermano, que me contaba los paseos a lomos de un elefante o cacerías de pájaros maravillosos, entre las vegetaciones salvajes de la Indo-China. . .

También comprendía que aquel hermano, siempre tan alejado, pero que tanto me amaba, estaba preocupado de mi porvenir, y sus ideas

LA PRIMERA JUVENTUD

expresadas me parecían más prácticas que las de mi padre, porque eran más modernas.

La carta en que le hablaba yo, a él el primero, de mis proyectos de ser marino, debió de cruzarse con esta suya que me escribió aquel invierno:

«Es menester que te hable algo de tus estudios. Dime claramente en tu carta próxima, mi querido muñeco (*sic*), aquello por lo que sientas más disposición. Yo, ya sabes que soy siempre aficionado a las matemáticas: en ellas es donde quisiera, sobre todo, verte hincar el diente; al latín, y en particular al griego, no consagres demasiado tiempo. Haz también todo lo que puedas por dejar satisfechos a tus profesores de dibujo y de música: ya verás cuán agradables te serán esos dos conocimientos para más adelante. En cuanto a la Historia natural, me alegro que te interese; no dudes de todas las cosas bonitas que voy a llevarte para tu museo.»

En seguida venía este consejo, que me había conmovido singularmente, dado por aquel hermano, de cuya vida no había dejado yo de sospechar que sería novelesca, apasionada y hasta algo carente de sentido práctico:

«Hijo mío, sigue siendo siempre juicioso, amable y *piadoso*: no puedes formarte idea de cuántas amarguras te evitarás así.»

EL décimocuarto invierno de mi vida transcurrió algo reacio en terminar, pero transcurrió a la postre. Las primeras tímidas flores reaparecieron en las ramas que habían parecido muertas, y el 21 de Marzo encendí en medio del patio mi hoguera tradicional, para conmemorar la primavera. El acontecimiento principal en perspectiva era la boda de mi hermana con nuestro primo del Mediodía, fijada para primeros de verano; yo no cesaba de pensar en ella; verdad es, me decía, que había de ser muy divertida la ceremonia; pero, ¡qué siniestros serían los días sucesivos, porque esta hermana mayor, tan querida, nos dejaría después; y yo no me resignaba a su marcha definitiva de la casa, en donde encarnaba la vida y el encanto de la juventud!

Aquella primavera, pues, la última que debíamos de tener por completo a mi hermana,

pasaba mucho tiempo junto a ella en su *estudio*, del cual no he hablado casi hasta aquí, aunque era uno de mis sitios favoritos desde mi infancia. Mi padre había hecho construir para ella un estudio, algunos años antes, juzgando con razón que tenía bastante talento como pintora para ganarse la vida en lo futuro, caso de que no contrajera matrimonio. Era un aposento muy grande, alto de techo, cuyas anchas ventanas daban a nuestro jardín y a los de la vecindad. En las paredes, pintadas de color de bronce, estaban colgados, en fila, todos sus *bosquejos* del estudio de León Cogné, y algunas copias, verdaderamente notables, que había hecho en el Museo del Louvre; se veían también, en las repisas, bustos, escayolas, reproducciones de figuras antiguas. Allí era con frecuencia donde, en medio de un reducido acompañamiento de amigas, de alumnos, de modestos admiradores y admiradoras, se mostraba radiante del más espiritual gracejo, no dejando su paleta, ni su largo *tiento* delgado, que sostenía de una manera muy elegante en su mano pequeñita. Era aún la época del *tiento* que habían adoptado todos los pintores de entonces para apoyar el puño; se ignoraba esas *manchas de color*, borrosas, informes, por las cuales se llega hoy mucho más fácilmente y más pronto

LA PRIMERA JUVENTUD

a los efectos de conjunto: la pintura seguía siendo honrada, en el sentido atribuído por Ingres a semejante palabra; por esto es por lo que el *tiento* parecía necesario siempre para dar a la pincelada su precisión y su limpieza.

Una de las imágenes de mi hermana en su estudio, que se ha conservado más indeleblemente en mi memoria, data de aquel año, y de una bella mañana de Mayo, la primera mañana en que se nos echó de pronto encima la canícula luminosa del estío, con un delirante concierto de golondrinas. La esperaba yo en aquel estudio, acompañado por nuestro profesor de inglés, porque tomábamos juntos lecciones de inglés, según el método Robertson, parafraseando siempre con ellas la misma historia de cierto Mohamed y de su gran visir.

Entró iluminada por un rayo de sol, llevando en la mano su largo *tiento*, que sostenía como un bastón del siglo XVIII, y vestida con un peinador de estilo criollo, que no lo había visto hasta entonces, blanco, con grandes dibujos amarillo oro, plegado a lo Watteau, con vuelo de crenolina y una porción de volantes. Con su mirada tan fina, a veces algo burlona, y tan graciosa, nos interrogó en el acto sobre el efecto producido, con el aire de decirnos: «¿No es verdad que estoy la mar de chusca con mi faralá de dos sueldos?» El hecho es

que aquel vestido sensacional había sido confeccionado sencillamente con una vieja tela de algodón índico, descubierta en el fondo de los cofres del granero. Pero, por el contrario, la encontramos maravillosa; nos parecía personificar el estío, que precisamente nos llegaba al mismo tiempo que ella, y su aparición de aquel día me confirmó una vez más en la creencia de que era un ser excepcional, y de que, entre todas las muchachas de nuestra clase, ninguna hubiera tenido nunca su desenvoltura y su gracia. Lo que contribuía sin duda a distinguirla entre las otras, como regla general, es que había viajado desde edad muy temprana, al menos para su época; había pasado algunas temporadas en París, y también en Alsacia, en casa del pastor de Mulhouse, amigo íntimo de nuestra familia, de donde a veces se escapaba, con amigas protestantes, para visitar los lagos de Suiza o resolver algún asunto en Alemania.

Había estudiado mucho y escribía de un modo delicioso, con un ingenio chispeante; mi padre, también muy culto, y poeta a ratos, estaba orgulloso de ella, en tanto que se afligía de verme siempre irremediablemente el último en composición francesa. Durante sus ausencias, que duraban hasta dos o tres meses, me escribía extensas cartas, que me en-

LA PRIMERA JUVENTUD

cantaban, sobre todo sus descripciones del lago de Lucerna, de las cuales aún me acuerdo. Me adoraba, y la admiraba yo sin reservas, lo que le daba sobre mi imaginación de niño un supremo ascendiente.

Veía todo, o adivinaba todo, y en mi tierna infancia me había persuadido, sin trabajo, de que era un poco bruja. Ha sido una de las influencias que han contribuído a alejarme, aun en los menores detalles de la vida, no diré sólo de todo lo que era vulgar, sino hasta de lo que careciera de elegancia.

ME acuerdo de aquel hermoso día de verano en que me mandó llamar para que asistiera a la prueba definitiva de su traje de boda. En su cuarto, que los jazmines de nuestros muros llenaban del más suave olor, la encontré sentada ante un espejo y ciñéndose la corona, mientras su velo, extendido sobre las butacas azules, formaba en torno suyo como una nube. Era la época en que los miriñaques, los armazones de acero, habían tomado las más extravagantes proporciones, y me pareció que emergía de un verdadero globo de seda blanca. La ventana estaba abierta de par en par; se oía pasar y volver a pasar los martinets en el cielo, con sus chillidos de júbilo, y las mil biznagas de jazmines nos enviaban un penetrante aroma.

Aquella misma noche, al entrar en el gabinete de mi madre, distinguí sobre una silla una gran sombrerera que yo no conocía.

P I E R R E L O T I

— ¿Apuesto, mamá — dije — , a que es tu sombrero para la boda?

— Justamente, hijo.

— ¡Oh, mamá! déjame que lo vea!

Mi madre gastaba muy poco dinero en componerse; sin embargo, su buen gusto era tan definido, que todo lo que tenía, hasta las cosas más sencillas, encantaba siempre. No le había conocido nunca más que sombreros bonitos; pero me quedé extasiado ante aquél, que me pareció un maravilloso hallazgo de colores. Bien es verdad que tenía la forma poco airosa que privaba aquel año, con una copa muy alta y una larga brida; pero estaba hecho con crespón verde, de un delicioso verde mar muy claro, adornado con grupos de rosas color salmón, veladas por una imperceptible gasa blanca, y de donde se escapaban plumas del mismo delicioso verde que el propio sombrero. . . Naturalmente, exigí que se lo probara, y creo que hasta entonces nunca había visto a mi mamá tan guapa, con sus lindos y delicados ojos, su rostro perfecto, sin una arruga, sus bucles, casi sin una hebra de plata. Aquélla fué, además, la última imagen de mi madre, verdaderamente joven, que quedó grabada en mi memoria.

VII

LA semana precedente a la boda de mi hermana había despertado entre nosotros una agitación muy alegre. Algunos criados, que nos habían dejado antes para casarse o establecerse en la *isla*, habían tenido un placer en volver, para ayudar a todo; y de noche, en la cocina, no se dejaba nunca de bailar el *baile de Saintonge* — un viejo baile del país, que sobre todo en Olerón se había conservado—. En cuanto me acordaba de que mi hermana estaba a punto de abandonar la casa, me sentía con el corazón horriblemente oprimido; pero, aún eso, yo también iba a bailar con aquella buena gente y a cantar la antigua canción que nos hacía brincar a todos en corro:

¡Ay! ¡Ay! A coger almejas
no quiero, madre, ir ya.
¡Los chicos de Marennes
me han quitado la cesta, mamá!

Cuando llegó el día señalado, mi hermana deseó retenerme junto a ella en su coche, y también a su lado en el cortejo, llevándola cogida de la mano. Yo era bastante mayor para figurar así como un chiquillo; pero el público nos sabía tan inseparables uno de la otra, que pareció cosa natural. Aquel día, rizado el pelo con todo arte, yo lucía una americana muy abierta, sobre un chaleco de raso blanco, y guantes de color crema, el color de moda. A nuestro paso recogí algunos cumplimientos: «¡Ah, qué bien está!», cosa que me halagó mucho, porque ya en aquella época me desagradaba mi aspecto físico, y hubiera deseado cambiarlo — en lo que me he esforzado más tarde con una insistente puerilidad —. No, yo no era de mi gusto; no era, en absoluto, «el tipo que hubiera querido ser».

Una antigua costumbre de nuestra provincia exigía que se quemasen todas las escobas, en hoguera de júbilo, el día que se casaba la hija de la casa. Así, pues, después de la comida — porque en aquel tiempo la comida de bodas era obligatoria —, los criados prendieron, en medio del patio, dicho fuego tradicional; luego se pusieron a bailar en corro alrededor, y naturalmente, fué una cosa irresistible. Juanita, Margarita y yo nos escapamos de la sala para formar parte del corro, cantando tam-

LA PRIMERA JUVENTUD

bién a voz en cuello el *baile de Saintonge*.

«¡Ay! ¡Ay! A coger almejas...» Yo estaba loco de alegría, con cierta gana de llorar de cuando en cuando, a la idea de que mi hermana iba a irse al día siguiente; me sentía también muy afectuoso, con tendencia de abrazarme al cuello de todo el mundo, cuando en esto, sin darme cuenta, troqué las palabras clásicas de la danza: «¡Ay! ¡Ay! A coger almejas»:

¡Mi hermana va a dejarnos, mamá...
muchachos de Marennes...
mi hermana nos abandonará!...

A decir verdad, yo había bebido positivamente demasiado champagne, igual que mis dos jóvenes camaradas, y aquélla fué la primera de las tres veces de mi existencia, demasiado larga, en que se me ha visto algo alumbrado. (La segunda vez fué en Nueva York, siendo ya aspirante a marino, en un banquete de una Sociedad de templanza, en donde algunos comensales estaban caídos de bruces debajo de la mesa. Y la tercera vez fué, hace unos treinta años, en Constantinopla, en el imponente palacio de Yeldiz, la noche en que me presentaron al jefe de los Creyentes, en un pabellón mágico, desde donde se veía arder Stambul, a lo lejos, devorado por un

inmenso incendio. Cierta champagne de color rosa, muy dulce, me había traicionado, y cuál no sería mi angustia cuando creí ver formarse de pronto, ante mis ojos, una ligera bruma que me velaba la imagen del Sultán, quien me indicaba un sitio a su lado.) «¡Ay! ¡Ay! A coger almejas. . . » Nos enviaron varios mensajeros, a los tres pequeños que saltábamos tan bien en torno de la lumbre, para exhortarnos a entrar de nuevo en el salón; pero no nos dábamos por enterados. Fué preciso que la propia novia en persona acudiera a convencernos con sus razones afectuosas, para llevarnos consigo. Lo que salió ganando fué verse obligada, por su vieja criada, a danzar también unas vueltas del «A coger almejas. . . »; cosa a la que se prestó, por lo demás, con el mejor talante del mundo, recogiendo la cola del vestido blanco.

Después de que nos hubo quitado el polvo, vuelto a peinar y enjuagado la frente con agua fresca, se decidió a presentarme a la asistencia, que me reclamaba para oírme tocar el piano. No sintiéndome aún con suficiente aplomo, escogí entre mi repertorio una pieza banal y fácil, que yo juzgaba como muy inferior a mis facultades: variaciones sobre la romanza de la *Violeta*. ¡Oh, sorpresa! Tocaba con un brío completamente excepcional, sin dar

LA PRIMERA JUVENTUD

notas en falso, y hubo, sobre todo, cierto final, «Alla militare», que me valió un triunfo.

Un poco más tarde, durante la velada, sintiéndome más sosegado, escogí como pieza importante un nocturno de Chopin, donde puse toda mi alma delicada de niño; pero no obtuvo nada más que un éxito de simpatía. Sólo la madre de Lucila y mi queridísima mamá — que llevaban aquella noche muchas rosas entre los encajes de sus capotas — se mostraron emocionadas.

— ¡Qué divinamente has tocado eso, chiquillo! — me dijo la señora.

— Sin embargo, no es la música más adecuada para su edad — respondió mi madre, envolviéndome en una mirada de melancólica inquietud, que me parece ver todavía. . .

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

OF

SCOTLAND

IN

SEVEN VOLUMES

THE SECOND

VOLUME

CONTAINING

THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

FROM

THE

DEATH OF

CHARLES THE FIRST

TO

THE

DEATH OF

CHARLES THE FIRST

AND

THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

VIII

POR un error cronológico, he dicho en la *Novela de un niño* que no había vuelto a pasar las vacaciones en casa del tío del Mediodía, desde el año en que, bajo el cenador de parras moscateles, en medio del zumbido de las avispas de Septiembre, había formado mi firme resolución de hacerme marino.

Pues, sí: al año de la boda de mi hermana, aún volví al pueblecillo de murallas góticas, de piedras bermejas y de puertas ojivales. Al día siguiente de la ceremonia partí con los nuevos esposos, y lo que aquella vez determinó la mayor novedad del viaje, fué que llevábamos con nosotros a mamá, a mi mamá adorada, que era la única persona de nuestra familia que no había salido nunca de nuestra provincia de grandes lontananzas llanas, y que soñaba, como yo cierto día, con ver al fin montañas.

Apenas si recuerdo de la llegada a la casa Luis XIII, ya noche cerrada; pero, ¡me acuerdo tan bien del amanecer en aquel cuartito que yo había ocupado antes, durante tres o cuatro veranos! Me despertaron muy pronto los ruidos a los cuales ya hacía tiempo que no estaba acostumbrado: el cacareo de las gallinas, el graznido de los gansos en la calle, y sobre todo, para darme más pronto la noción precisa del lugar, los golpes acompasados, producidos en su oficio por Tanou, el tejedor de la vecindad, que trabajaba allí como una especie de araña sempiterna, sin cesar nunca de extender sus toscas redes de cáñamo. Todavía eran aquellos tiempos de humildes oficios locales, que el *progreso* ha reemplazado en nuestros días, por doquier, con el infierno de las fábricas.

Los otros años, la alegría de mi primer despertar en aquel cuarto, era sentirme al fin llegado al país donde mis libres vacaciones iban a comenzar bajo el bello cielo azul. Pero esta vez no: la alegría, la verdadera alegría fué decirme: «¿Es posible, de veras? ¡Mamá ha venido también; mamá está ahí! Y yo voy a poder mostrarle la realidad de las cosas que nunca ha visto, los valles, las montañas, y llevarla conmigo a todas partes! . . .»

En efecto: durante aquella temporada, que

LA PRIMERA JUVENTUD

fué radiante, abandoné mucho a mis habituales camaradas, el grupo de los chicos de Peyral y el de los aldeanos alelados y dóciles, para pasearme con mamá, pero nada más que los dos solos en amor y compañía, y la conduje por los vericuetos que me eran familiares, entre las frondosas malezas que bordeaban los ríos, o sobre las cumbres, desde donde su mirada, maravillada, dominaba los remotos confines; nada me encantaba tanto como hacerle así a ella sola los honores de todos mis dominios de imaginario aventurero. Y aquellas vacaciones creo que fueron las más adorables de mi vida. . .

Pero así que acabó el mes de Septiembre, cuando fué preciso ponernos ambos en camino para Rochefort, dejando a mi hermana en su nueva residencia, mi corazón se desgarró horriblemente. Yo no había reflexionado que aquéllo iba a suceder tan pronto, que sería tan definitivo y tan doloroso. Era, pues, cosa hecha: mi hermana no habitaría más en su gabinete azul ni en su estudio; no la volveríamos a ver más que de vez en cuando, como en visita; no sería ya *una persona verdaderamente nuestra*.

IX

A PENAS de regreso a Rochefort, me fué preciso, como es lógico, soportar la prevista catástrofe de ser enviado nuevamente al colegio, y este retorno a las clases fué para mí el más lúgubre de todos. Para colmo, caí bajo la férula de un tal «Caimán verde» — que otros llamaban también «El macaco de Madagascar» —, un viejo sin compasión, que se propuso, bien es verdad que sin resultado, el iniciarme, a fuerza de deberes y de lecciones de castigo, en las galas del idioma y en todas las florituras de la Retórica francesa. Porque fué en Retórica en lo que me matriculé, si bien no tuviese la disposición ni la mentalidad de un retórico; en balde mi hermano, que aprobaba mis proyectos subversivos, rogaba en sus cartas, llegadas de tan lejos, que se me hiciera asistir a las clases de ciencia; mi pobre padre adorado, algo chapado a la antigua,

se obstinaba en hacerme acabar, por lo pronto, mis «humanidades».

Las melancolías de aquel décimocuarto otoño de mi tierna existencia, comenzaron al punto a herirme con una agudeza cruel. Las primeras mañanas frías, el prematuro cerrar de las noches, todo aquello que ya había olvidado y que iba a empezar de nuevo, me cogió sin resignación y sin valor. También habían vuelto los deshollinadores saboyanos, los mismos, sin duda, que los años anteriores, porque reconocí sus voces tristes, y cuando pasaban bajo las ventanas de mi cuarto, en tanto yo cumplía con mis deberes, su pregón, como un prolongado sollozo, «¡Se deshollinan chimeneaaaas!», me daba ganas de llorar. Percibía con todos mis sentidos la proximidad del invierno en el colegio, que me hacía el efecto de un suplicio de terminación infinitamente lejana. Y es que a los niños les parecen muy largas nuestras estaciones, cuando, por el contrario, en el ocaso de la vida parecen tan cortas a quienes no les queda en perspectiva más que un poco de existencia.

Y luego, la verdad es que aquel «Caimán verde» — que otros preferían denominar «El macaco de Madagascar» —, que había realizado el supremo esfuerzo de hacerme recordar con tristeza el Gran Mono, pedante y presuntuoso,

LA PRIMERA JUVENTUD

me era más execrable aún. ¡Oh, su curso, sus disertaciones, sus flores de estilo, sus períodos retóricos, cómo alteraban mis nervios! Y poco a poco, con mi apariencia de mosquita muerta, me iba volviendo, bajo su reinado, el más temible de los traviesos arrapiezos de la Retórica. Me distinguía introduciendo subrepticamente en la estufa, los días de mucho frío, trozos de goma elástica, cuya combustiónapestaba de tal modo que era preciso apresurarse a abrir puertas y ventanas; entonces el «Caimán verde», que padecía de coriza, lanzaba una serie de estornudos que no terminaban nunca, lo que producía en toda la clase un delirante júbilo. Tampoco tenía yo rival en lanzar al techo bolitas de papel mascado, de las cuales colgaban, por un hilo, cachitos de papel verde, recortados en forma de caimán. Encontraba que aquéllo era imbécil, vulgar y sucio, sobre todo lo de las bolas de papel, pero sentía la tentación irresistible; y luego, para decirlo todo, aquéllo me daba entre mis camaradas una simpática popularidad, que nunca había conocido aún.

Un día, hasta cedí a la tentación de ser abiertamente agresivo. Se acababa de explicar no sé qué fragmento de no sé qué autor griego, donde se repetía a menudo la palabra *gunê* (mujer), y pedí la palabra — lo cual se

hacía produciendo con las yemas de los dedos un ligero ruido de castañuelas, y diciendo: — ¡Señor, señor! —. Se tenía el derecho de interpelar en clase, pero solamente, como es claro, sobre cuestiones de estilo o de lingüística. Nunca se me había ocurrido tomar parte en aquellos torneos de erudición; así que el «Caimán verde» no dió su venia más que con asombro y desconfianza.

— Señor — le dije —, la palabra *macaco* (1) debe derivarse de *gunê*, ¿verdad?

A estas palabras, «El macaco de Madagascar» no pudo contener su furor.

— Para mañana por la mañana — respondió — hará usted doscientos versos.

Y toda la clase estalló en una ruidosa carcajada, en tanto que yo bajaba los ojos, esforzándome en poner un gesto de inocencia para no agravar mi situación.

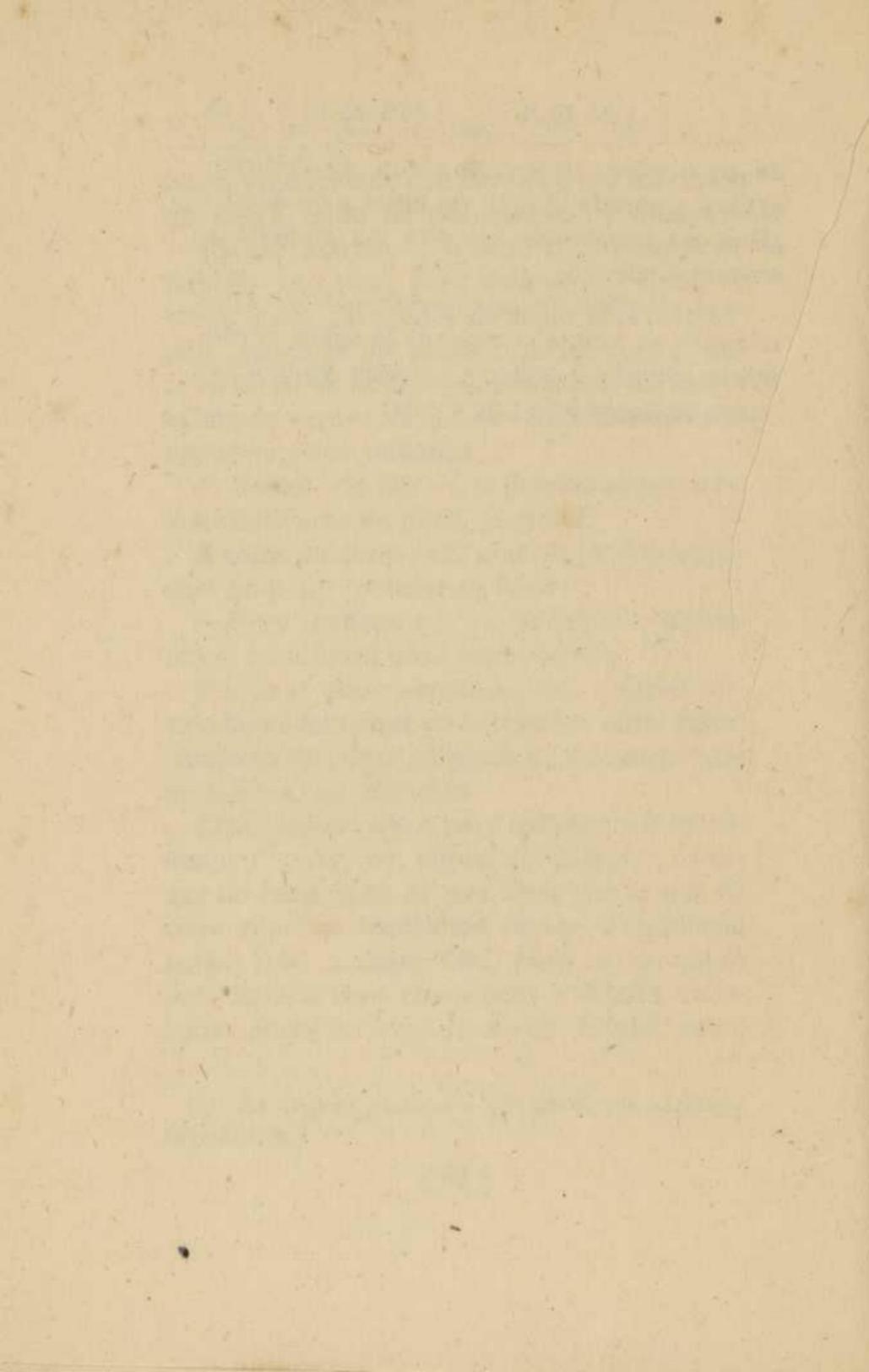
¡Doscientos versos para mañana por la mañana! . . . ¡Ay, ay, pobre tía Clara! . . . Porque no cabe duda de que sería ella la que hiciera aquellos doscientos versos. Tan pronto como volví a casa, subí, pues, a su cuarto para hacerle unas carantoñas y dejarla trabajando antes de irme de paseo. Eligió, como

(1) En francés, *guenon*. — (N. del T., por ser juego intraducible.)

LA PRIMERA JUVENTUD

de costumbre, la tercera sátira de Boileau: «¿Qué ignorado motivo os turba y os altera? ¿Por qué hoy tenéis ese aire tan sombrío y severo?», etc.

Bajo el influjo de esta poesía era como corría más su pluma, porque se la sabía de memoria, debido a haberla copiado ya muchas veces en los trabajos de castigo.



Mi hermano, que era siempre mi consejero íntimo y secreto, no parecía tomar por lo trágico mis faltas de éxito en Literatura escolar, y he aquí, sobre su habitual papel delgado, amarillento por el tiempo, la exposición de sus ideas antedichas, tal como las encuentro en una de sus cartas de Diciembre de 1864, mezcladas, por lo demás, a la descripción de una de las torrenciales lluvias de por allá, que inundaban las inmensas palmas de su jardín, en su isla llana, y bañada de agua cálida, en la embocadura de Mékong:

«Mi querido hermanito: Apenas si veo para escribirte, debido a la obscuridad que reina en este instante en mi pobre choza de bambú; es el diluvio bíblico, que cae sobre nuestra isla de Polo-Condor. (Esta *choza*, como la llamaba él, me la sabía yo al dedillo, pues tanto me la

había descrito, hasta con planos explicativos; conocía tan bien como él mismo el rincón donde dormía *Shao*, su pequeño esclavo anamita; el cobijo de sus caballos, el de sus perros y el escondrijo donde siempre hallaban serpientes). Mira, en nuestros países nada se parece a semejantes tormentas; hasta esas que tienen la oportunidad de desencadenarse sobre la Limoise, algún jueves por la noche, a punto de impedirte volver a Rochefort, no pueden darte ni remota idea de estas otras; son como si lanzaran el agua con cubos contra mi techo; las hermosas plantas, las bellas flores de mi jardín, quedan tumbadas como a latigazos; tengo en torno a mi choza palmeras de lo menos cinco metros de altas, que se inclinan para verter verdaderas cascadas; y mi perra *Mirette*, que cree en el fin del mundo, viene toda empapada a agazaparse entre mis piernas. No te prometo llevar conmigo a *Shao*, porque está volviéndose muy pendenciero; pero en cuanto a *Mirette*, ten la seguridad de que la verás llegar conmigo esta primavera, rogándote recomiendes al señor *Ratón* que no le salte los ojos.

No dejo de pensar en tus puestos, del 21 al 22, persistentes y honrosos, conseguidos en redacción francesa; pero no me preocupo demasiado por ello, ni tanto como papá, lo con-

LA PRIMERA JUVENTUD

fieso: descuida sin escrúpulo las más bellas flores de la retórica de tu «Caimán»; escribe como piensas, ten confianza en tus humildes medios, sé natural; es el mejor modo de hacer que consigas los primeros puestos. . .

Y ahora, figúrate que la tormenta ha pasado ya: aquí no dura como en Saintonge; quedan aún allá arriba tres o cuatro jirones de nubes; pero el sol ha resurgido tan abrasador como antes y hace brillar miles de perlas de cristal sobre las hojas. Si pudieras ver cómo está todo de lavado y resplandeciente: es un verde muy verde, como no se conoce en nuestras tierras; las flores color de fuego, de cierto arbusto tropical, que se llama el *Flamígero*, se asemejan a luces de fuegos artificiales que estallaran en toda esta vegetación asombrosa, y las enormes mariposas comienzan ya a salir de nuevo. La Hermana de la Caridad, del Hospital, me ha confeccionado una redaña, para que pueda cazarte algunas.

Recibe mil cariñosos besos en las mejillas, hermanico mío.

G. . . »

XI

Y transcurrió otro invierno, durante el cual estuve sin tregua bajo la tiranía de aquel viejo riguroso, mitad caimán, mitad mono; mestizo, sin duda, de uno y otro.

Yo no vivía más que con la ardiente esperanza de la primavera, que debía restituirnos al redil a todos los seres jóvenes, momentáneamente evadidos.

Mi hermano y Lucila acababan su temporada de colonia, poco más o menos, en la misma época, y debían volver con nosotros hacia el hermoso mes de Mayo; en cuanto a mi hermana, había prometido su visita cuando regresaran. ¿Era posible que me fuera a llegar a la vez tanta alegría? . . . Y contaba las semanas, casi las horas, en una impaciencia siempre creciente.

XII

Abril, 1865.

HACIA la una de la tarde de un radiante domingo de Abril, lleno de dulces brisas y de cantos de pájaros, volvía, con mi madre, de los oficios religiosos en la iglesia protestante. Siguiendo la costumbre de los domingos de verano, en que los criados tienen derecho a salir de casa, no esperábamos encontrar en ella más que a las golondrinas. Sin embargo, percibimos en nuestra corrada, cubierta de frescas plantas y flores, una figura humana, pequeña y vestida de luto, completamente de negro, encorvada y vacilante, que parecía dudar, y que después de haber dado un paso hacia nosotros, volvió a esconderse en el hueco de una puerta.

Por fin se aproximó, alzó su tupido velo de crespón, y nos mostró el rostro de mi tía-

abuela Victorina, que vivía cerca de nuestra casa. La pobre vieja siempre había sido fea; pero aquel día daba casi miedo verla, con su expresión de fiera perseguida.

— ¿Qué es eso, tía? — le dijo mi madre, un tanto inquieta —. ¿Nos esperaba usted?

— Sí, hija mía — respondió la vieja Parca —. Sube conmigo a tu cuarto, tengo que hablarte.

Mi madre, entonces, se estremeció como si la hubieran apuñalado.

— ¿Qué pasa? — preguntó, con una voz más bien bronca, que yo no conocía en ella —. ¿Qué pasa, tía? . . . ¿Ha muerto mi hijo?

— Pero si no te he dicho nada, hija mía. . . No te he dicho aún nada, nada. . . Vamos, sube conmigo a tu cuarto.

Mi madre comenzó a subir como si estuviese herida, sosteniéndose con las manos en la barandilla, en tanto que yo huía, acometido de una especie de *terror de saber*; huía lo más lejos posible, hasta el fondo de la corrada, para echarme allí, temblando, sobre el banco verde, cerca de mi pequeño estanque de piedras, reverdecidas por el musgo. Hacía un tiempo adorablemente espléndido, y los pájaros, como si no fuera nada con ellos, continuaban cantando himnos a la primavera, en el dulce silencio de la casa desierta y de los jar-

LA PRIMERA JUVENTUD

dincillos abandonados del contorno. Había recuperado, de pronto, mi alma de chiquillo, y rogaba allí, con todas mis fuerzas, repitiendo en mi interior:

— ¡Dios mío, te lo suplico! ¡Dios mío, haz que no sea verdad! ¡Dios mío, haz que no sea eso verdad!

Apareció mi tía-abuela Berta, que bajaba de su habitación, agitada, con la cara contraída.

— ¿Es verdad, tía Berta? — me atreví a preguntar.

— Pues bien, sí, hijo mío — respondió, levantando los brazos, algo brusca, como de costumbre —. ¡Pues bien, sí! ¿Qué quieres, pobre mío? ¡Ha ocurrido una desgracia!

Y diciendo así, continuó su camino sin detenerse más; entonces, una vez que ya lo sabía yo, partí corriendo para reunirme con mi madre. . .

Pero, desde abajo de la escalera que conducía a su cuarto, escuché yo sollozos. . . ¡Oh! ¡Oírla llorar así! Nunca lo había conocido ni imaginado siquiera, y no me aproximé más que con lentos y temerosos pasos; era la primera vez, desde mi llegada al mundo, que la desgracia se abatía sobre nosotros, y yo era muy novicio en el sufrimiento.

Mi madre, hundida en un sillón, tenía puestos aún la capa y el sombrero, del cual la vi

desatar las bridas con un movimiento impaciente. Creo que lancé una mirada de odio a la pobre y anciana Gorgona inocente, que estaba sentada ante ella, contemplando el mal que acababa de hacer; y luego me senté sobre un taburete, a los pies de mi madre, con la cara hundida entre los pliegues de su vestido, al modo de los pequeñuelos cuando están apurados. Mi madre dejó caer una mano, todavía enguantada para ir por la calle, sobre mis cabellos, y oprimió mi cabeza contra sus rodillas; yo no rechistaba, no lloraba, porque verdaderamente *no había acabado aún de comprender*.

Una cosa rara es que, en todas las grandes emociones de mi vida, se han asociado siempre en mi memoria minucias, detalles nimios de cosas, que desde aquel momento no se han separado ya de ella. Así, por ejemplo, el vestido que llevaba mi madre aquel día — y que no volví a ver nunca más, puesto que se vistió de luto hasta el fin de su existencia —, lo recuerdo tan perfectamente como si la tuviera aún ante mí: era un vestido que yo había denominado «el vestido musical», porque sobre la seda negra del fondo estaban bordados en profusión unos pequeños dibujos de seda verde muy brillante, que figuraban perfectamente *sostenidos*; durante los largos minutos en que

LA PRIMERA JUVENTUD

mis ojos permanecieron fijos junto a aquella falda, los sutiles *sostenidos* verdes se han quedado como fotografiados dentro de mi alma, por decirlo así, y los veo resurgir cada vez que pienso en aquella hora de prueba.

9 Mi abuela, mis tías, que acababan de ser informadas, entraron con silenciosos pasos de fantasma, con el rostro surcado de lágrimas, pero sin atreverse a hablar, y se sentaron, en corro funerario, alrededor nuestro.

Mi padre llegó el último, llevando en la mano un sobre abierto, y acompañado de mi tío-abuelo, que se había encargado de hacerle saber su desgracia.

Después que mi madre y él se confundieron en un abrazo, mi padre rompió el silencio; nos dijo que mi hermano había muerto de anemia tropical, a bordo del paquebote que nos lo trafa a Francia; una de las cartas contenidas en el sobre roto, era del sacerdote que le había auxiliado en sus últimos momentos; otra era el adiós que mi propio hermano había tenido aún la energía de escribirnos, de su puño y letra.

Y mi padre comenzó a leernos aquel adiós:

«Mi querida familia: padre, madre, hermano, hermana, tías, abuela: Vosotros, que sois todos mis amores, todo lo que quiero, recibir mi última despedida, mis últimos besos. . . »

Pero aquí su voz se estranguló por los sollozos y se arrojó en un sillón, obligado a ceder el pobre papel, ajado, a mi tío, quien con una voz grave, sin inflexiones, reanudó la lectura y continuó la frase comenzada:

«... mi última despedida, mis últimos besos; en este momento supremo me parece que os tengo reunidos sobre mi corazón en suspiros de inefable ternura.

Gracias a Dios, puedo escribiros al menos, y en este instante es un gran consuelo que compensa un poco de lo horrible que es morir lejos de vosotros.

Muero de anemia: es culpa mía; he quedado en Polo Condor un mes de más; cuando he llegado a Saigón, han hecho por mí todo lo que se ha podido; se ha pensado que el aire del mar iba a fortalecerme, pero es demasiado tarde; ahora es este aire lo que me mata.

Muero en el Señor, en la fe y en el arrepentimiento; mis pecados son rojos como el carmín, pero Él me purificará; además, ¿no dijo El: «¿Quienquiera que crea en mí tendrá la vida»? ¡Oh, Dios, Padre mío, sí: creo en Ti y en el Espíritu Santo, y mis plegarias ardientes suben hasta tu Hijo, a fin de que interceda por mí y que me ayude a atravesar el umbrío valle de la muerte! ¡Oh, Dios mío: he pecado, pero

LA PRIMERA JUVENTUD

tú eres un Padre de perdón y de amor! Ten piedad, Señor; recíbeme como a uno de tus hijos, porque yo creo, y quienquiera que crea, será salvado.

Amigos queridos, la muerte es dulce en el seno del Señor; se presenta a mí sin espantarme; la contemplo llegar. Porque esto no será una separación. ¿No estaremos todos eternamente reunidos?

Adiós, seres queridos, hasta que nos veamos en el reino de los cielos, el día de los elegidos. . . Hasta la vista; esto es un pensamiento que consuela. Hasta la vista. Vuestro,

G.

Quedaréis reconocidísimos al almirante: se ha portado conmigo paternalmente.

G.

Recuerdo, con afecto, a todos nuestros amigos.»

No creo ser un profanador citando esta carta, ahora que ha pasado más de medio siglo desde el día de angustia en que fué escrita, desde el día luctuoso en que se nos leyó. Soy, por lo demás, el único juez, por ser el último superviviente de aquellos a quienes iba dirigida. Me parece que así la salvo del olvido, al

P I E R R E L O T I

menos temporalmente; prefiero que el pobre pliego de papel azul, sobre el cual fué escrita, y que corre el riesgo de ser destruído por algún accidente, como todas las cosas de este mundo, no lo sea por el único guardián de aquel adiós, que encuentro admirable, y que puede proporcionar bienestar a tantas almas desconocidas en las agonías de la muerte. Además, recuerdo que mi madre la hizo leer mucho, en particular a sacerdotes católicos que habían ido a hacerle la visita de pésame, y a quienes esta lectura causó una emoción profunda. Había también un sacerdote católico, para los auxilios espirituales, en el paquebote *Alfa*, que había asistido a mi hermano en su agonía, y que nos transmitió su adiós, añadiéndole una extensa carta con detalles, que nos fué leída igualmente, en voz alta, por nuestro anciano tío:

«El 10 de Marzo, a las tres de la tarde, dos días antes de nuestra llegada a Ceylán, es cuando ha muerto, casi sin sufrir, y sin haber perdido el conocimiento, salvo en los últimos instantes. Respetando sus creencias protestantes, le he ayudado en aquellos tristes momentos todo cuanto he podido. Estaba lleno de valor y de resignación. Se había preparado lo mejor que pudo, y me decía que a los pensa-

LA PRIMERA JUVENTUD

mientos crueles habían sucedido pensamientos más serenos. La víspera de su muerte me hacía leerle las palabras de citación para la otra vida, que su madre había escrito en la primera hoja de su Biblia. . . »

En este punto la lectura fué interrumpida por un sollozo, más intenso, de mi pobre madre, y entonces fué cuando me brotaron también ardientes lágrimas. Hasta entonces tuve casi vergüenza de no llorar. . .

Seguían dos páginas de conmovedoras recomendaciones para unos y otros, que el buen sacerdote había transcrito escrupulosamente, y después todavía más detalles que nos hacía parecer casi presente aquella muerte tan lejana, en medio de las aguas abrasadoras y agitadas del mar ecuatorial.

Y, para acabar, esta postdata, que me turbó excepcionalmente:

«Su querido hijo me ha recomendado también que dijera el sitio exacto donde había de ser inmergido. Está en el Golfo de Bengala, a los 6° 11' de latitud Norte y 84° 48' de longitud Este.»

¡La inmersión! ¡Yo no había pensado nunca en esta forma de sepultura, a la cual están

condenados tantos marinos! ¡Oh, tener por lo menos una humilde tumba en cualquier parte, junto a la cual les sea posible a quienes os amaron ir a recogerse en la oración! Sin duda, mi hermano había experimentado también ese supremo deseo; sin duda también le había parecido, a falta de cosa mejor, que estaría algo menos perdido para nosotros, un poco menos abandonado en la inmensidad del mar, si sabíamos *aproximadamente* en qué lugar de aquella infinita masa movediza se le había arrojado. . . Y sin embargo, ¿quién de entre nosotros tendría nunca de su mano la ocasión de emprender la aventurada peregrinación hacia el lugar de su lúgubre hundimiento para siempre? . . .

.
Yo era el único sobre quien debía recaer ese privilegio, cuando, veinte años después, habiendo corrido ya todos los Océanos, hice mi primera aparición en el Golfo de Bengala, que debía tanto surcar en lo sucesivo. La absurda y loca expedición de Tonkín acababa de ser decretada por uno de nuestros más nefastos gobernantes; se enviaban allá, para un fin estéril, a millares de hijos de Francia, que no debían retornar nunca. Teniente de navío, a bordo de uno de nuestros acorazados de escuadra iba a tomar parte en el bombardeo de

LA PRIMERA JUVENTUD

Hué, en Annam, y como no hay casi sobre las aguas más que un determinado número de rutas, que los navíos siguen siempre aproximadamente, aunque no estén delimitadas, la que seguíamos debía hacernos pasar cierta noche, hacia las tres de la madrugada, por el punto donde el *Alfa* había dejado caer un día el cuerpo de mi hermano.

No era yo quien estaba de guardia aquella noche, sino uno de mis compañeros, hoy almirante, a quien encargué de hacerme prevenir con una hora de anticipación.

Hacia las dos, despertado por un timonel, según la consigna, cuando salí de mi asfixiante camarote para subir a la pasarela, me pareció que navegábamos en una maravillosa luz de Bengala, de un color claro de agua marina; después de que me había dormido, el mar, por sorpresa, se había iluminado con sus más bellas fosforescencias ecuatoriales, de tal modo que palidieron las estrellas; emanaba de todas las cosas, para difundirse por doquier, una misma luz, tristemente dulce, que no se definía; estábamos en una especie de claridad vaporosa, y el horizonte no tenía ya contorno alguno. En medio de la tranquilidad y del silencio, se oía apenas girar la hélice, que hacía el efecto de amortiguar su ruido en aceite. Pero a los dos lados del barco se

veían pasar, bajo el agua cálida, como continuas ráfagas de fósforo, y eran las estelas de grandes y agilísimos peces, tiburones u otros devoradores de muertos, reunidos en torno nuestro con la esperanza de alguna presa. . . ¡Oh! En aquellos mismos pasajes, al regreso de los paquebotes que repatriaban a los pobres anémicos de Indo-China, ¿quién dirá a cuántos amados muertos se les ha arrojado como pasto de los peces, sacrificados por la vesania criminal de los polífticos colonizadores? . . .

Sobre el puente del gran acorazado negro que se deslizaba aquella noche como un fantasma de leviatán, en medio de un lago fantástico, estábamos mi camarada y yo, particularmente atentos a la ruta seguida, la cual nos había autorizado el comandante, por lo demás, a alterar algo si era menester, para mi derrotero; a cada minuto marcábamos el lugar sobre el mapa, y a cosa de las tres de la madrugada fué cuando pasamos recogidos y sin hablar por el cruce de los 6° 11' de latitud Norte y los 84° 48' de longitud Este.

Cierto es que los veinte años transcurridos desde la muerte de mi hermano habían velado mucho su recuerdo, y yo sabía bien, por otra parte, que no podía quedar ya nada de él, ni allí ni cerca de allí, en medio de la imprecisión de aquellas aguas luminosas, ni en lo más

LA PRIMERA JUVENTUD

hondo de aquellas insondables profundidades; no, nada quedaba ya por ninguna parte de aquel leve átomo en el abismo que había significado su cuerpo inmerso; la menor parcela de su terrenal envoltura, después de haber sufrido numerosas transformaciones, hacía mucho tiempo que se había desvanecido ya en los organismos de los corales, de las algas o de esos monstruos desconocidos que pueblan la obscuridad del fondo de los mares. Pero es igual; solamente por haber pasado por allí, yo había experimentado la emoción de una aproximación a él; hasta había vuelto a sentir todos los detalles de nuestro primer día de duelo: los ojos asustados de la pobre Parca, la anciana mensajera; los sollozos de mi madre adorada; hasta los pequeños sostenidos de seda verde sobre su traje, y, sobre todo, la gran belleza serena de la inolvidable carta de adiós.

.....

Dos días después de aquel en que la vieja Parca, envuelta en velos de crespón, nos había llevado la siniestra noticia, mi hermana y su marido, advertidos por un parte, llegaron a nuestra casa, y como aguardaban el nacimiento de una criatura para el mes de Junio, se convino en que mi hermana permanecería con nosotros hasta dicha época; lo que nos aseguraba más de dos meses de tenerla a nuestro

lado. Volvió, pues, a ocupar su habitación de muchacha, «el gabinete azul», y su presencia recordó nuestras primaveras pasadas, salvo que se hablaba en voz baja, como en una cámara mortuoria, y que todos los vestidos eran negros. En mi corazón de niño, el duelo por mi hermano se intensificaba, en vez de atenuarse, a medida que pensaba en tantos hermosos proyectos, acariciados para el día de su regreso, y que se habían desvanecido, a medida que me compenetraba de la inexorable certidumbre de que nunca, de que nunca más volvería a verlo. El sitio preferido, donde iba a aislarme para pensar en mi hermano, era el banco verde, al fondo de nuestro huertecillo, tapizado de frondas y de flores, cerca del lago minúsculo que mi propio hermano había arreglado para mí, con ocasión de su primera despedida importante de marino. Era allí donde me parecía volver a verlo, donde volvía a oír mejor su voz, donde tornaba a contemplar la expresión de sus hermosos ojos azules, cuando se distraía haciendo el oficio de minador, socavando el suelo, y en reunir en torno al hoyo profundo las pesadas piedras, desgastadas por el tiempo, que había hecho traer de los bosques de la Limoise. Había compuesto las orillas de aquel pequeño estanque como un sitio romántico, con grutas, picos, islotes; y

LA PRIMERA JUVENTUD

sin embargo, todo aquéello carecía de la fragilidad de esos paisajes liliputienses, con los cuales se complacen los japoneses en sus jardincillos. A propósito de la gruta principal, recuerdo que me decía: «Como ves, no es muy sólida, que digamos; temo que no dure más que hasta que yo vuelva de Oceanía. Pero si se derrumba, tú la reconstruirás a tu gusto».

En la época de que hablo, la época de su muerte, la gruta tenía ya unos ocho años de existencia, y los musgos le daban el aspecto de vetustez de las grutas naturales; por lo demás, desde aquella primavera, durante mis tristes ensimismamientos, fué desde cuando comencé a profesarle un culto fetichista en cierto modo. Hoy tiene sesenta años esa venerada futilidad, *que no era muy sólida*; la he cuidado tanto, la he hecho atender tanto durante mis prolongadas ausencias, que ha resistido a las heladas de los inviernos, así como a los chaparrones de las tormentas de verano, y se ha eternizado como por milagro.

Se ha convertido para mí en una reliquia inapreciable, y si se hundiera, si se alteraran lo más mínimo los picos de sus grutas musgosas, me parecería que un esencial no sé qué se habría desequilibrado en mi vida. . .

XIII

UN día de aquel mismo Abril estaba en mi cuarto, que daba a la calle, penosamente atareado en hacer un tema griego para el «Caimán verde» o «El macaco de Madagascar», cuando vi detenerse ante nuestra puerta un gran camión de la estación férrea, conteniendo varias maletas y cajas construídas con «maderas de las islas», selladas todas con grandes precintos de lacre rojo. En cuanto comprendí lo que era, y no pudiendo contenerme en mi sitio, envié a paseo mis deberes griegos.

Una vez que el equipaje de mi hermano fué entrado a nuestro jardín y depositado a la sombra del jazminero de Virginia, plantado en una cuba, toda la familia allí reunida se entregó a la tarea de abrir piadosamente los paquetes, cosa que hizo correr silenciosas lágrimas; sus efectos, su ropa blanca, su uniforme de

gala, con dorados flamantes aún; su violón, sus libros. . . La emoción de mi madre fué profunda, sobre todo cuando volvió a ver su Biblia (1), y también yo pedí ver al punto las palabras que mi madre escribió para él en la primera página, y que en el momento de su muerte había hecho mi hermano que se las leyera de nuevo el confesor del *Alfa*.

Quiero citar aquí aquellas palabras, porque atestiguan perfectamente la sosegada y segura fe que tenía mi adorada madre, y de la cual ha dejado en mi alma una impresión casi indeleble:

„16 Octubre 1858.

Quienquiera que me confesare ante los hombres, también le confesare yo ante mi padre, que está en los cielos. Y el que me negare ante los hombres, lo negare yo también ante mi padre, que está en los cielos. (Mateo, X, 32-33.)

Que estas palabras, brotadas de la boca del Salvador, y trazadas aquí por la mano de tu madre, te hieran muy particularmente, adora-

(1) Las Biblias que teníamos todos por aquel entonces eran de una delicada edición portable, impresa en Londres y encerrada en un estuche de cuero negro.

LA PRIMERA JUVENTUD

do hijo mío, y ejerzan sobre ti una sana impresión! ¡Que este libro, te lo suplico, no sea un libro cerrado! Medita algunos párrafos cada día para instruirte y fortalecerte. ¡Oh, si pudiera tener yo la certidumbre de que habías de llegar a ser un verdadero discípulo de Cristo, ¡cuánto se hubiera atenuado la amargura de mi dolor al separarme de ti, porque, hijo mío, pido menos a Dios el volver a verte en esta tierra de pecado, que el volverme a encontrar contigo y con todos los que amamos en la eterna mansión venturosa prometida a los justos.

Tu madre y amiga,

NADINA V.»

Este librito, que había recorrido ya tanto mundo, en su funda de cuero negro, exhalaba un sano y discreto aroma de herbario, que ha conservado aún; antes de devolvérselo a mi madre, descubrí, entre las páginas de papel muy delgado, una flor disecada, una rosa pervinca, completamente análoga a la que me había enviado en una de sus cartas de Océanía, diciéndome que había florecido a la puerta de su casucha tahitiana.

Se adivinaba que disponiendo los preparativos de su equipaje al partir de Saigón, temía ya no tener fuerza de llegar hasta nosotros,

porque los paquetitos, las cajitas, estaban con marbetes de su letra. Había, entre otras, unas cajas, sobre las que había escrito: «Mariposas para J. . .», y que contenían mariposas encantadoras para mi museo.

También sacamos preciosos caprichos chinos de aquellas cajas, que esparcían un aroma exótico: ese penetrante olor de China, que yo debía conocer a fondo con el tiempo.

Pero, sobre todo, hice un hallazgo que me encantó: junto a su revólver de reglamento, un revólver americano pequeño, muy elegante para aquella época, que en el acto pasó a ser mío, con su funda y sus cartuchos. Cinco minutos después lo había cargado y colgado de mi cintura, donde estuvo constantemente cerca de dos años; lo llevaba hasta a las clases del «Caimán verde», donde lo dejaba circular a lo largo de los bancos, escondido bajo nuestros cuadernos, para enseñarlo a mis compañeros, con la recomendación de *que fueran mucho cuidado con la palanca de seguridad, que estaba demasiado floja y era peligrosa*. Y aquéllo acrecentó mi popularidad y mi prestigio, siempre algo vacilantes.

No he comprendido nunca cómo mis padres, que por lo demás velaban tanto en apartar de mí todo peligro, me permitían tener todo el santo día un arma cargada en mi cintura.

LA PRIMERA JUVENTUD

Hubiera podido observarse igualmente, en su procedimiento educativo, otras aparentes contradicciones que, después de todo, acaso fueran en el fondo la sabiduría misma.

Así, por ejemplo, habiendo exigido mi hermano, en su temor de que me educaran como una niña, desde hacía tres años, que me hicieran tomar lecciones de equitación, no montaba yo mal del todo, y el director había permitido a sus criados el llevarme con ellos por las carreteras a pasear a los caballos. Algunas veces, pues, tras de haberme distraído largo espacio de tiempo, solo o en compañía de mi compañera Juanita, en hacer desfilar en nuestras decoraciones de ensueño a nuestras muñecas diminutas, vestidas como hadas o como hechiceras, me daba por coger de pronto mi fusta e irme a correr por los caminos, montando alguna caballería aún no del todo desbravada, en compañía de unos endiablados mozos de cuadra, con quienes hice amistad, pero que ciertamente no tenían nada del lenguaje ni de los modales del hotel de Rambouillet.

De todos modos, para distraerme de mi tristeza, tenía aquella primavera la esperanza de dos acontecimientos, anunciados para primeros de Junio: en primer lugar, el regreso de Lucila, cuyo marido estaba para acabar los

P I E R R E L O T I

dos años de residencia en la Guayana, y en segundo término, el nacimiento de un hijo de mi hermana, que me parecía destinado a ocupar en mi existencia un lugar preeminente, y cuya cara estaba rabiando por conocer.

XIV

11 Junio 1865.

UN despacho de Saint-Nazaire, donde acababa de anclar el paquebote de la Guayana, anunciaba la llegada de Lucila para aquella noche! . . .

No obstante, existía un velo de ansiedad sobre la alegría de volver a verla; parece ser que estaba tan anémica por el clima de allá, que se había resentido del pecho y que había sido preciso hacer traer un coche-cama para conducirla. Pero al fin estaba en Francia; no ocurriría con ella como con mi hermano; al menos volveríamos a verla, y con los aires de nuestro país, se acertaría a curarla pronto.

Aquel día lo pasé en sus habitaciones muy exaltado por los preparativos para su retorno al hogar, y había dispuesto en su cuarto grandes ramos con las más hermosas rosas de

Junio. Lo que era extraño es que sus padres parecían tener, con respecto a mí, una consigna secreta, porque inventaban nuevos pretextos para retenerme, cada vez que hacía como que iba a salir.

Cuando al cabo entré en casa, a eso de las cinco de la tarde, mi madre, a quien encontré primero, tenía un gesto de alegría, que por primera vez veía yo en su rostro después de nuestra desgracia.

— Ea, sube a las habitaciones de tu hermana — me dijo —. Sube a ver una chiquilla que acaba de llegarnos, y que desea ser presentada.

Naturalmente, comprendí en el acto. Había dicho una chiquilla; era, pues, una sobrinita, precisamente lo que yo más deseaba; y subí los escalones de cuatro en cuatro, intrigadísimo por la cara que la niña podía tener.

Más bien quedé decepcionado, lo confieso, por aquella primera presentación de la criaturita, en la cual tanto había pensado anticipadamente, y que a la sazón dormía, bajo mis ojos, en su cuna, con los puños apretando la barbita, en medio de muselinas y de puntillas albas. No es que fuese fea, como tantos recién nacidos; pero yo no había visto aún nunca un niño de una hora: aquella cabecita,

LA PRIMERA JUVENTUD

aquellas mejillas surcadas de imperceptibles pliegues como arrugas, me causaban una especie de espanto, y me eclipsé en cuanto empezó a gritar con una voz de gatita de juguetes. . . A decir también la verdad, yo estaba tan sólo a la espera de Lucila; la idea de que aquella noche volvería a verla, no dejaba espacio en mí para ninguna otra cosa.

Al hermoso y áureo atardecer fuí con nuestros padres a esperarla, y cuando se oyó llegar el tren a la estación, siempre más infantil de lo que correspondía a mis años, me puse a correr, con saltos de alegría, a lo largo de los vagones, buscando en qué portezuela percibiría su rostro tan querido y su mano que me haría una seña. . .

Pero una aparición casi terrible me dejó como helado en el sitio. ¡Oh! ¿Verdaderamente era Lucila aquel fantasma tan lívido, de ojos hundidos, que salía del coche-cama llevada por dos hombres, y que para hablarnos no tenía ya más que un hilillo de voz ronca, apenas perceptible: una voz que surgía como de una caverna o de un féretro?

Quiso llevarme junto a sí en el coche que la conduciría a su casa, y me acuerdo que en el momento en que entrábamos en la población, se oyó el toque de queda; su madre entonces la preguntó, intentando sonreír:

— Di, ¿reconoces a nuestra vieja campana de Rochefort?

Pero no respondió más que por un leve movimiento de cabeza, y en la penumbra vi brillar dos lágrimas, que resbalaban sobre sus pobres mejillas hundidas.

MURIÓ al día siguiente, por la mañana. . . Hasta entonces yo no había visto más personas muertas que a mi abuela, y aun esa apenas la había percibido en la obscuridad de los pesados cortinajes que rodeaban su lecho, como era costumbre en su tiempo.

Cuando entré al cuarto de Lucila, asustado y tembloroso, había sido ya bien colocada, rígida y blanca, en medio de flores. El día resplandecía afuera de tal modo, que a pesar de las persianas corridas, hacía claridad dentro de aquel cuarto, demasiado claro para una muerta: tuve la sensación de que aquella luz la detallaba demasiado, lo cual era como una profanación. Sin embargo, no daba miedo verla, ¡oh, lejos de eso!, por el contrario, toda contracción, toda arruga de sufrimiento había desaparecido de su rostro, y nunca me había parecido tan guapa.

Las vidrieras estaban abiertas, corría viento, casi hacía fresco para ser una mañana de Junio. Vi que no estaba vestida más que con una camisa de fina batista, entreabierta sobre su carne de una blancura de cera, y de primera intención, antes de tener tiempo de pensarlo, protesté de aquéllo: ¡Qué imprudencia, estando enferma del pecho! Sería menester taparla; ¿en qué estaban pensando? E inmediatamente después, como es claro, me acordé que no importaba nada, puesto que estaba muerta, puesto que no era ya más que una cosa perdida, sacrificada, que iba a meterse en la obscuridad de un sepulcro, que cerrarían, para dejarla pudrirse allí con otros cadáveres. . .

¡Oh, entonces la angustia me oprimió desesperadamente! . . . Es verdad que yo creía aún en el «cielo», donde volvería a encontrar su alma; pero yo quería también, con todo mi corazón, aquello que estaba allí sobre el lecho, aquéllo también era ella; aquella boca tan pálida, entreabierta, mostrando sus dientes con una especie de sonrisa cuajada, era la misma boca que toda mi niñez había conocido tan reidora, lanzando carcajadas al unísono conmigo, a propósito de mil quisicosas con las que nos divertíamos juntos locamente. . . Todo aquéllo, sin remedio posible, a pesar de

LA PRIMERA JUVENTUD

la fe, a pesar de las plegarias, iba a comenzar a convertirse en algo horrendo, en la noche oscura, donde se la descendería mañana. . . Por primera vez, allí, delante de ella, me sentí verdaderamente aplanado por el enorme horror de la muerte, y caí de rodillas, acodado sobre un sillón, sosteniendo mi cabeza con ambas manos, y llorando entrecortadamente.

XVI

OTRA prueba me estaba reservada en casa: era preciso no decir a mi otra hermana, demasiado débil aún para soportarlo, que aquella dulce amiga, a quien amaba tiernamente, y cuyo regreso le había proporcionado tanta alegría, estaba muerta tan cerca de ella, y que se la conduciría al cementerio sin que la fuera posible volver a verla.

Luego, me esperaba para dirigirme la mar de preguntas; me fué forzoso, pues, inventar respuestas, tomar un aspecto alegre, cuando tenía ganas de llorar, y así fué como hice mi primer aprendizaje de lo que debía practicar, ¡ay!, más de una vez en lo sucesivo: sorber las lágrimas, sonreír con la angustia en el corazón.

XVII

Es extraño que la muerte de Lucila haya dejado sobre mí una huella que nada ha podido borrar hasta hoy día, pero huella que se manifiesta especialmente en mis sueños nocturnos. Va esfumándose algo desde que voy acercándome al ocaso de mi vida; pero durante varios años, no he conocido casi una semana sin que algún sueño dejara de mostrármela aún viviente, verdad es que con una vida incompleta y frágil. Ese sueño es casi siempre invariable: consiste en que, a través de una siniestra media luz, llego a casa de mi hermana, donde su madre, después de haberme hecho una seña de misterio y de silencio, me conduce a un aposento de arriba, y al entrar en él la torno a ver sentada en su butaca; no ha envejecido del todo, aunque hace tanto tiempo que la creía muerta: ha recobrado su buen color, me sonrío, pero pone un dedo

P I E R R E L O T I

sobre sus labios, para indicarme que le está prohibido pronunciar ni una palabra.

No hay vez que no vea, encuadrada en un marco y colgada en la pared sobre la cabeza de mi hermana, cierta pintura al pastel, representando un ramo de amapolas que había terminado antes de marchar a la Guayana. También es siempre su madre quien acaba por romper nuestro silencio:

— ¿Sabes? — me dice —, hemos encontrado el medio de retenerla aún junto a nosotros; pero es preciso no hablarle, ¿comprendes?, porque no tiene ya pulmones; está hueco su pecho.

Algunas veces el sueño acaba ahí. Otras noches me aproximo a su butaca y advierto, con una desesperación mezclada de pánico, que no se mueve, que se momifica a ojos vistas, y que la recubre ya una capa de polvo. . .

XVIII

DESDE hacía algún tiempo, veía yo aparecer por casa un caballero anciano con cara de cuervo, cuyo sombrero de copa, siempre mal atusado, parecía como si tuviera largas hilachas sedosas; un sombrero de Angora, como aquel que dice. Mi abuela lo recibía en su cuarto, y después de cada una de sus visitas se mostraba aplanada. Parece ser que era su notario, el cual iba a anunciarle pérdidas de dinero como consecuencia de ciertas fatales inversiones que él le había aconsejado, así como a la hermana de mi abuela, mi tía de Olerón. Como todos los niños, me importaban un comino todos aquellos asuntos; pero lo que me impresionó de un modo doloroso fué saber que en breve dejaríamos de ser ya propietarios de nuestra *isla*, que sería preciso vender nuestras últimas parcelas de viñas y de marismas, del mismo modo que había sido

preciso ya renunciar a la casa de San Pedro, de donde nuestros antepasados habían partido para el destierro, cuando la revocación del edicto de Nantes. Este pequeño desastre contribuía, por su parte, a ensombrecer un tanto nuestra vida de familia.

De todos modos, un feliz acontecimiento sucedió inmediatamente a nuestros duelos: mi hermana no nos dejó ya. Su marido vino a vivir a un pueblo pequeño, casi una aldea, que se llamaba Fontbruant, cerca de un antiguo bosque de encinas, a unos veintidós kilómetros de Rochefort. Su destino allí, que debería ser provisional, duró unos doce años — lo que, a la edad que yo tenía entonces, representa un período muy largo —, y el tal Fontbruant fué en lo sucesivo uno de los lugares del mundo a los cuales me he sentido ligado más íntimamente.

Junto a una carretera, donde algunas diligencias, de las últimas ya, pasaban todavía, haciendo sonar alegremente sus collerones de cascabeles, y a la entrada de un puente, tendido sobre un alfoz lleno de manantiales, habían escogido una adorable casona vieja, de paredes gruesas como murallas, con dos jardines superpuestos, plantados de grandes árboles, y que comunicaban por una escalera de piedras musgosas. Yo tenía allí mi cuarto, mi habita-

LA PRIMERA JUVENTUD

ción propia, sí, señor, donde jamás ninguna persona que no fuera yo fuvo el derecho de habitar, y adonde, durante mis primeros años de marino, debía volver tantas veces con una emoción muy dulce, en el intervalo de mis largas campañas.

Alrededor, en un silencio inusitado, en una calma que nuestros paisajes de Francia no tienen ya, se extendía un paraje de una rara belleza (1), algo así como un resto de los viejos tiempos de la Galia, que por milagro se hubiera conservado, olvidado por los hombres. En más grande, y por consiguiente en forma más salvaje, se parecía mucho, como sitio agreste, a ciertas partes de los bosques de la Limoise; y he aquí por qué me hallé ligado tan pronto en aquel sitio, encontrándome allí como en mi casa. Era el mismo suelo privilegiado, donde por doquier se hallaban con uniformidad piedras grises, y donde no crecían más que las plantas delicadas de los lugares secos, los tapices de liquen, las gramíneas, de una tenuidad impalpable, que forman como un sutil vapor esparcido sobre la tierra, y las orquídeas, cuyas flores parecen moscas

(1) En uno de mis libros, titulado *El castillo de la bella durmiente del bosque*, he intentado describir detalladamente este sitio único.

de terciopelo, trepando a lo largo de un tallo cañizo. Como plantaciones forestales, existían, sobre todo, encinas cuyo perenne follaje imita el de los olivos; había una enfermedad de carrasca de nuestro Sudoeste, tan lentas en desarrollarse, pero que, con los siglos, acababan por redondearse, a la manera de los bananos índicos.

Y a la entrada de aquella selva, que se mantenía todo el año con la misma sombra verde, parecía dormir un viejo castillo del Renacimiento, con ventanas siempre cerradas desde hacía más de cien años. Quiero también citar cierta hondonada, donde al año siguiente se desarrolló la escena más inquietante de mi vida de adolescente. A una distancia de uno o dos kilómetros, esta hondonada, que no tardó en convertirse en mi región predilecta, corta como una desgarradura el viejo suelo pedregoso de Saintonge y nutre en su repliegue umbroso toda una vegetación de agua, en contraste absoluto con el de los terraplenes de alrededor; allí, en la verdosa semiobscuridad, está el dominio de los musgos maravillosos, de las cañas grandes como bambúes y de los helechos gigantescos; en particular, la gran osmonda se torna allí casi arborescente, y no conozco en nuestros climas ningún lugar que tenga, tanto como aquél, el aspecto de panta-

LA PRIMERA JUVENTUD

no tropical. Por otra parte, en la pared de rocas que la rodea, se abren en fila una especie de pórticos de iglesia, que dan acceso a la entrada subterránea: grutas orladas por la fantasía milenaria de las estalactitas, y cuyo alineamiento forma como una callejuela llena de misterio, de profundas entradas negras.

¡Oh, qué incomparable campo de exploración para un joven aventurero de quince años, que desde la mañana a la noche, el revólver a la cintura, escrutaba los boscajes más inviolables, creyéndose un conquistador del Nuevo Mundo! . . .

XIX

HABÍA sido convenido que la instalación en Fontbruant se haría con la más estricta economía; pero eso no impidió a mi hermana que aportara, dentro de la más extremada sencillez, el buen gusto, del cual jamás se desprendía. Mi cuartito, modestamente enalado, pero tan limpio, debía todo su encanto a dos o tres detalles nimios: un antiguo espejo, de marco algo raro; una vieja estofa de Indias, como tapete, en la mesa; un viejo florero de porcelana azul. . . Su ventana daba sobre el jardín inferior y la hondonada de los manantiales, y antes de dormirme pasaba allí deliciosos finales de las traspasadas de estío, acodado sobre la piedra recia y tosca del alféizar, creyendo llegar hasta mí la voz del silencio o los murmullos íntimos de la selva de encinas.

En cuanto a un espacioso aposento de la

planta baja, al cual llamábamos en broma «el salón de honor», se había decidido no amueblarlo siquiera: algunas sillas de paja, mesas de madera blanca, sobre las cuales estaban extendidas cachemiras de las abuelas; un gran florero, donde siempre había flores en ramos deliciosos, nada más, y a pesar de todo era agradabilísimo aquel salón, con su gran puerta encristalada a cuadrillos, según la moda antigua, por donde se percibía, a través de las ramas de los jazmines y de las córcoras de la terraza, el alegre tráfico campesino del camino, los carricoches y los rebaños. El espesor de sus paredes, un tanto alabeadas; las enormes vigas de su techumbre, atestiguaban su avanzada edad. Sobre algunos caballetes unos cuadros, retratos comenzados, le daban el aspecto de un estudio de pintor, y flotaba siempre allí un vago olor de pintura fresca, que me gustaba, porque procedía de la paleta y de los pinceles de mi hermana. Hacía siempre fresco, y era muy estimado aquel sitio para pasar las ardorosas siestas del verano.

Semejantes concepciones del mobiliario despistaban a las buenas señoras de aquellos confornos, las cuales poseían, en general, saloncitos convencionales, decorados según el alto estilo de los tapiceros de Rochefort o de Saintes; pero ellas sentían allí, tal vez, un no

LA PRIMERA JUVENTUD

sé qué indefinible que las aventajaba. Y no puedo dejar de sonreír al acordarme de esta apreciación que me fué formulada un día por una vieja aldeana de la vecindad:

— ¡Se creerá usted que una no ve que su hermana de usted es toda una señora! . . . No. . . ¿O es que se cree usted que una es una ciega?

No hay que decir que Fontbruant se convirtió en seguida para nosotros en una especie de sucursal de Rochefort; mis padres, así como mis viejas y tutelares amigas, de canosos rizos, iban allí y volvían, por cualquier motivo, casi por turno, y las más raras flores salvajes de la selva, los más maravillosos helechos de la hondonada de las grutas, proveían constantemente los floreros y los cestillos de nuestro salón rojo. En cuanto a tía Clara, que siempre había sentido inclinación por la jardinería y la botánica, hacía en los bosques descubrimientos de notables y exquisitas plantas, que arrancaba con sus raíces, para llevarlas a nuestra casa, y todo nuestro jardín se engalanaba, con sus cuidados, de una vegetación muy agreste. Los más frágiles capilares, de tallos finos como crin negra, los capilares más caprichosos, que por

P I E R R E L O T I

lo general no brotan más que en los sitios que se les antoja, y que mi tía encontraba como por milagro el medio de aclimatarlos en los bordes de mi estanque, con gran regocijo mío; y todavía hoy hago cuidar y venero cierto nenúfar de flor blanca, de los lodazales de Fontbruant, que fué puesto por ella en medio de mi pequeño lago, hace — ¡ay! — más de medio siglo. . . Pobre nenúfar, siempre solitario y cautivo, ha formado parte entre mis reliquias — ridículamente demasiado numerosas, lo comprendo —, en compañía de un diclíptero, que fué plantado igualmente por la mano de tía Clara cuando yo era niño, y que, en cuanto soplan los templados vientos de Marzo, no deja nunca de reproducir sus análogas florecillas rosa. Para nosotros, que no tenemos duración y que no adivinaremos nunca el porqué de nada, la casi eternidad de las frágiles plantas hace aumentar aún el inmenso y doloroso asombro que el conjunto de la Creación nos causa. . .

XXI

POR aquella época, en mi existencia de niño más que mimado, demasiado feliz, fué cuando se verificó un cambio rápido. . . al menos desde el punto de vista del bienestar material. Aparte de las pérdidas que había sufrido mi abuela en la *isla*, sobrevino un doloroso desastre, y un día la pobreza se abatió sobre nosotros de un modo abrumador que nada podía haber hecho prever.

Aunque sea anticiparse en el transcurso del tiempo, diré aquí que este triste período duró para nosotros cerca de diez años, y que en un momento dado, después de que perdí a mi padre, después de la fecha en que tengo pensado que terminen estas notas, llegó a ser hasta una total miseria.

Pero aún hoy no ceso de bendecir aquella miseria; ella hubo de ser para mí una gran educadora; le debo, indudablemente, todo lo que ha

podido determinar en mí algo que sea atrevido y noble; durante mis años de aspirante de marino, y hasta de alférez de navío, ha estrechado del modo más adorable mis lazos con aquellas dos santas, vestidas de luto, que fueron mi madre y su hermana, mi tía Clara. Queridas hadas bienhechoras, cuyos cabellos veía blanquear de día en día, siempre serenas y casi alegres, consiguieron, por su valor y su actividad de todo instante, preservarnos de demasiadas rudas privaciones y conservarnos las apariencias de un buen pasar decoroso.

¡Oh, divina miseria! A ella es a quien debo el haber conocido más tarde el gozo de hacer olvidar, a las dos santas, sus años de sufrimiento; la satisfacción de mimarlas a mi vez, de rodearlas de bienestar y hasta de lujo. . . y luego la alegría, cuando hubieron terminado su dulce misión tutelar, la alegría tan triste de adornar con las flores más bellas las carrozas que me las llevaron, una tras otra, hasta nuestro panteón de familia, lleno hoy de osamentas. . .

Y ahora cierro este paréntesis, abierto sobre un futuro que, durante el período transitorio del cual voy a hablar, estaba aún bastante lejano.

En el momento en que la suerte vino a aplastarnos, yo cursaba, desde mi retorno a las

clases, las de *filosofía*, como se las llamaba pomposamente en aquella época; pues mi padre siempre deseaba que terminara mi bachillerato de letras antes que el de ciencias. Me destinaron entonces a la Escuela Politécnica, y después del gran desastre mis padres tentaron persistir, esperando poder, aun con muchas privaciones, llevarme allí; yo estaba completamente sumiso, en apariencia al menos, para no agravar sus penas, insistiendo en querer ser de la Marina, que desde la muerte de mi hermano les daba tanto miedo.

Pero en el fondo de mí mismo guardaba la convicción de que los sucesos acabarían, a pesar de todo, por hacerme conducir a la Escuela Naval; si yo hubiera sido el fatalista en que me he convertido después, hubiera dicho: «¡Estaba escrito!», la gran frase del fatalismo musulmán, que incita a la serenidad de las infinitas resignaciones.

Nada cambió al pronto en los aspectos exteriores de nuestra existencia, salvo que no se colocaban flores en ningún sitio, en los floreceros ni en los canastillos; ni siquiera las flores de los bosques de Fontbruant, que no costaban nada. ¿Cómo había de tenerse humor de disponerlas, cuando se sabía que todo lo que nos rodeaba no era más que *provisional*, y que de un día a otro deberíamos resolvernos

a las peores soluciones? Aún creo oír a mi madre decirnos, retorciéndose las manos:

— ¡Oh, que por lo menos nos veamos libres de todo esto tan *provisional*, que de un modo o de otro acabe esto!

La idea de que sería preciso, sin duda, llegar a vender nuestra querida casa de Rochefort, como había sido preciso ya vender la de la *isla*, atormentaba mis grises horas de invierno en el colegio, o en mi cuarto de chico, que me habían dejado aún. ¡Oh, ver un día el funesto letrero: «Se vende», fijo en la pared de nuestra casa, y luego cobijarse en cualquier mansión desconocida, ser expulsado de todo lo que adoraba, de mi pequeño museo, de nuestra corrada, de mi estanque de piedras musgosas; creía sentir que para mí era la muerte; y me ligaba a estas cosas humildes cada vez más, de un modo excesivo, desesperado, casi fetichista.

Claro es que ni siquiera se me pasó por las mientes aquel año preparar mi lista de aguiñaldos; pero no estaba resignado a ello valientemente; la supresión de mis profesores de piano y de violoncelo no me impresionó casi, no; lo que sobre todo me conmovió fué renunciar a la equitación y a mis excursiones por los caminos en compañía de los mozos desbravadores. Me quedaba mi teatro Guignol, que no

LA PRIMERA JUVENTUD

costaba dinero; aunque fuera muy pueril cosa para un filósofo, continuaba siendo muy aficionado a él, para distraerme de mis crueles angustias, materializando así en decoraciones, cada vez más hábiles, mis sutiles sueños de magnificencia: palacios, palmeras y sol.

¿Es menester decir que la filosofía, la pobre filosofía humana, tal sobre todo como nos la enseñaban entonces, no me interesaba? Pronto comprendí la lamentable inutilidad de ella. La filosofía de Augusto Comte, que comenzaba a formar parte del programa escolar, me confundió un momento, de todos modos; me causó daño, por sus ásperos conceptos, y proporcionó uno de los primeros golpes profundos a mi misticismo cristiano. Asimismo la estrofa tan lapidaria de «El lago», que me asaltaba sin cesar a la memoria, grabada dentro de mi cerebro, debido a la belleza de su expresión, había despertado mis primeros temores ante la posibilidad de una Nada final: «Arrastrados en la noche eterna, sin esperanza de volver, ¿no podremos nunca, en el Océano de los tiempos, echar el ancla un solo día siquiera?»

AL atardecer de un día de Febrero, yo estaba estudiando, sentado ante mi piano, algo entumecidos los dedos, en nuestro salón de Rochefort, a la sazón con una calefacción muy morigerada; había reanudado un trozo clásico de mi infancia, conceptuado en otros días como demasiado fácil: *La Tormenta*, de Steibelt, donde ruge el trueno en las notas graves, y donde, en medio de una especie de minueto pastoril, se oye de pronto como si cayeran las gotas de una lluvia torrencial. . .

Un roce de sedas me hizo volver la cabeza, y vi a mi hermana, que había entrado de puntillas, con un elegante vestido negro que no le había visto nunca: el primero después de su traje de luto; desde hacía meses, además, no había visto yo ningún traje nuevo en casa.

— ¡Oh, hermana mía, qué guapa vas hoy!

— ¡Quita de ahí! . . . Es mi vestido de boda, que he hecho teñir y repasar algo.

Había respondido con voz breve, como con prisa de abordar un asunto menos fútil.

— Tengo que hablarte, chiquillo — dijo — , tengo que hablarte de algo muy serio. . .

Entonces me detuve, temblando, porque desde el año anterior las malas noticias se sucedían unas a otras en nuestra casa. ¿Qué otra cosa, pues, todavía?

— Vengo de hablar con papá y mamá — continuó — , y me han encargado que venga a anunciarte que, en vista del cambio de su situación, no se opondrán ya a que entres en la Escuela Naval, si es que continúas sintiendo vocación, porque allí podías ganarte la vida dos o tres años antes que en la Politécnica.

¡Ah! . . . ¡Al fin! . . . De todos modos recibí la noticia sin vacilar; pues de tal suerte hacía tiempo que estaba convencido de que acabaría así la cosa, puesto que yo la había decidido tan firmemente en mi interior. Sin embargo, un ligero estremecimiento, mitad de alegría íntima, mitad de terror, me sacudió de la cabeza a los pies, en presencia de aquel porvenir de viajes y de aventuras, que sin pensarlo acababa de ofrecérseme.

— Diles que sí — contesté — , diles que sí; claro es que sigue aún gustándome; desde

LA PRIMERA JUVENTUD

mañana, si quieren, puedo seguir el curso de Marina.

— ¡Sea entonces, y a la merced de Dios, querido!

Después de haberme besado casi solemnemente, se fué, entre el frustrú excesivo de su pobre vestido, que fué bello, teñido hoy, cuya tela, sin duda, había quedado demasiado rígida, efecto del arreglo.

Cuando se marchó, reanudé *La Tormenta*, de Steibelt, por arrogancia, por aparentar, como si todo me importara un ardite, y la lluvia, que imitaba las notas perladas, cayendo por doquier sobre el tema de minueto del tiempo viejo, me hizo pensar de pronto en aquella tromba tropical sobre las grandes palmas de un jardín remoto, que me había sido descrita por mi hermano el año anterior. Era, pues, verdad que yo vería a mi vez todo aquéllo, aquéllo y tantas otras cosas más. . . Sí; pero esas separaciones de dos años al otro lado del mundo, esos largos destierros, durante los cuales ciertas personas queridas que me rodeaban y que eran ya viejas, podrían, ¡ay!, morir. . . De pronto advertí que todo se nublaba ante mis ojos; no distinguía ya mis notas; lloraba. . .

XXIII

Dos días después dejaba la clase de *Filosofía* para entrar en el curso de Marina, con aquellos alumnos cuya inmensa mayoría llevaba una faja encarnada, simulando el modo de vestir de los marineros, y cubrían sus cuadernos con dibujos representando navíos. Por mi parte, no dibujaba ninguno; nunca, ni siquiera en mi más tiernos años, había pensado en pedir como regalo esos pequeños modelos de veleros o de *steamers*, que se dan a casi todos los niños; no, en mi profesión venidera no era ese precisamente el lado que me cautivaba, sino el mar, el ancho mar, y sobre todo, no hay que decirlo, las márgenes remotas de las *colonias*, donde desembarcaría uno bajo palmeras. . .

Dentro de cuatro o cinco meses debía tener efecto el temido concurso; no se tenía mucha esperanza en que fuera admitido nada más

que en el ejercicio eliminatorio, lo que exigía ya no poco trabajo. Y a pesar de mis correrías, a pesar de mis ganas de montar a caballo y de correr al bosque, me sumé en las yertas especulaciones del Álgebra y de la Trigonometría esférica; aporté a ello cierto valor, y hasta una especie de interés, mezclado de estupor, preguntándome a veces:

— ¿Qué es todo esto, en suma? ¿Es real, es que verdaderamente existe? . . . Demostraciones que nunca se acaban, tan complicadas como estériles, de este pequeño axioma, evidente ya por sí mismo: dos y dos son cuatro. ¿No somos más bien nosotros mismos los que creamos estas verdades matemáticas con el solo hecho de enunciarlas? . . . Ya, en mi espíritu de niño, había sentido una transcendente inanidad detrás del desarrollo de tantas fórmulas precisas; había entrevisto, como a través de una nube, lo que más tarde el metafísico Henri Poincaré debía explicar de un modo genial.

Una angustia pesaba sin tregua a la sazón sobre mí, aunque mis padres me hubiesen asegurado en un último esfuerzo que habían encontrado al fin un arreglo para no vender nuestra casa hereditaria, y que se limitarían a alquilar la mayor parte de ella; cierto que aquéllo era el punto capital; pero nada más

LA PRIMERA JUVENTUD

que la perspectiva de admitir gente extraña entre nosotros, me parecía la más indignante de las profanaciones. Renunciar a mi cuarto de niño e instalarme en otra parte, en una habitación interior, me era profundamente cruel, y lo que me desgarraba más aún era la idea de que sería preciso renunciar a nuestro salón de familia — el salón rojo — , ver partir las butacas, sobre las cuales unos benditos seres tomaban asiento, en círculo, en nuestras trasnochadas del domingo; ver llevarse mi piano y descolgar los retratos queridos. ¡Oh, yo había suplicado por aquel salón, había suplicado, con lágrimas en los ojos, a fin de que se buscara aún el modo de salvarlo por una combinación suprema! . . . Esta especie de debilidad moral que he tenido siempre, de intimar, con los lugares y con los objetos, tan irreflexivamente como con los seres, me hacía sufrir demasiado, y mi sueño estaba atormentado por ello cada noche.

No obstante, tornó la primavera y trajo sus exquisitas embriagueces, siempre análogas; reanudé mis jueves en la Limoise — una Limoise triste, es verdad, desde que Lucila dormía en el cementerio — . Mis vacaciones más largas, Pascuas de Pentecostés. . . las pasaba en Fontbruant, en casa de mi hermana, y allí comencé a aficionarme mucho a mi

cuarto, casi aldeano, de gruesas paredes, cubiertas por el immaculado albor de la cal.

Por fin llegó la época tan temida del concurso para la Escuela Naval. Tengo aún un recuerdo opresor de la última semana de esfuerzo, en que me parecía que no sabía nada de nada, en que quería repasar a la vez todas las materias del programa, no sabiendo a cuáles atender, y en que me torturaba el remordimiento de no haber trabajado como hubiera debido hacerlo. El sitio que entonces había adoptado casi exclusivamente por sala de estudios, era el cuarto de tía Clara. Como el infantilismo no había dejado nunca de ejercer sus derechos sobre mí, es el caso que el teatro Guignol, muy agrandado a la sazón, estaba instalado cerca de mi mesa escritorio, y una decoración que me encantaba, casi terminada, permanecía montada indefinidamente. La decoración representaba los jardines del Hada de las Ondas; en el foro, en una media luz glauca, se percibía sobre rocas caóticas un sol vago que se atenuaba por unas gasas verdes, tendidas sobre las breves y raras lejanías. Los submarinos no me habían hecho aprender aún que el sol, visto a través de las capas del agua del mar, en lugar de enverdecerse se oscurece con unos rojos siniestros de sangre. En primer término se amontonaba una extrava-

LA PRIMERA JUVENTUD

gante vegetación de madreporas, de corales blancos o rojos, y había allí, como personajes que acompañaban al hada, delfines y múrices flotantes; para dar reflejos nacarados a aquellos personajes, les había recubierto con los élitros, color verde metálico, de ciertos escarabajos que el verano anterior habían ido a posarse en bandadas, como la langosta del desierto, sobre los bosques de Fontbruant.

El concurso debía terminar un miércoles, y cada día repetía a tía Clara esta especie de estribillo melancólico:

— ¡Oh, tía, si supieras cómo querría que hubiera llegado ya esa dichosa noche del miércoles!

— Ya llegará la noche del miércoles, pobre mío; ten paciencia; te aseguro que llegará — acababa por responderme con un tono que se hacía casi solemne, que yo no le había oído nunca, y que daba de pronto un no sé qué de sibilino a esta frase, semejante, sin embargo, a las verdades que enunciaba M. de la Palise.

— Llegará, sí, la noche del miércoles, y pasará, y llegarán otras muchas noches y mañanas en tu vida, más deseadas aún que ésta, que te darán la ilusión de concederte pequeñas. . . y aun grandes redenciones, pero que sin duda. . .

Se calló, y vi cambiar la expresión de su

rostro, dilatársele los ojos como para mirar en lo más remoto de sus recuerdos. . . ¡Sin haber tenido necesidad de terminar la frase, acababa de darme un aviso, completamente nuevo para mí, de la insignificancia de la vida, del porvenir y de la esperanza; al mismo tiempo me había asaltado un indicio, una sospecha de lo que habían podido ser en pasados tiempos sus decepciones del corazón, y lo que podían ser ahora las tristezas de su existencia aprisionada, pobre doncellona sin alegrías, que se había sacrificado voluntariamente por todos nosotros! . . . ¿No estaba un tanto tiranizada por su madre, mi abuela, tan buena, a pesar de todo, pero que se hacía cuidar como un niño pequeño? ¿No estaba tiranizada por mí la pobre *tía pastaflora*, como la llamábamos en casa, por mí, que la había adaptado a todos mis caprichos? Con cierto remordimiento dirigí una mirada por todo su cuarto, viejo, pero agradable, adornado con cuadros y espejos, que procedían de nuestra casa de antaño en la *isla*. ¡Era tan cuidadosa mi tía de esos objetos, gustaba tanto de verlos en un perfecto orden! . . . Y yo, que amontonaba todo con mis cuadernos revueltos, mis diccionarios, mis tablas de logaritmos, mi teatro, mis pinceles, los recortes de cartón de mis decoraciones y mi desfile de muñecos raros. . . ¡Pobre tía Cla-

LA PRIMERA JUVENTUD

ra! . . . Yo la quería mucho, y aquella vez fué la primera en que me prometí que iba a arreglar todo en seguida, y que más tarde, hasta cuando se hubiera muerto, conservaría yo intacta su habitación como un santuario de su recuerdo.

Es lo que he hecho, al menos. Pronto hará treinta años que nos ha dejado, y su habitación sigue tal como si mi tía acabara de salir de ella para volver mañana; en sus cajones, en sus armarios, podría ella encontrar todos sus menudos utensilios, convertidos en reliquias para mí. Nada más que momentáneamente, y de tarde en tarde, me ocurre aglomerar de cosas este humilde santuario, al regreso de mis largos viajes, para depositar en él, como en almacenaje, los objetos preciosos y frágiles que he traído, y que me parecen más seguros que en otra parte en esta habitación, siempre cerrada: es algo así como cuando instalaba allí mis juguetes y mis decoraciones, diciendo:

— Ten cuidado de todo esto, querida tía.

Puesto que he comenzado a adelantarme algo en los sucesos futuros, voy a contar lo más singular de todas las intromisiones en la vieja e inalterable habitación, entre los cachivaches exóticos. Después de años y años, la época de los concursos a la Escuela Naval se

había perdido en el fondo del abismo de los tiempos, y acababa de comenzar otro siglo. Volvía yo de la expedición de China, donde una rarísima casualidad me había hecho habitar en un alojamiento íntimo de la Emperatriz, y al llegar a casa había echado sobre la cama de tía Clara vestidos, brocados, recargadamente espléndidos, que habían pertenecido a dicha Soberana, quien fué una especie de Semíramis, y sobre todo de Mesalina. ¡Qué extraño destino había procurado estas aproximaciones! ¡Quién hubiera podido nunca predecir que aquellos atavíos de vieja coqueta, aquellas galas que habían debido lucirse con ella en las más suntuosas fastuosidades, en el interior de un palacio tan lejano y tan inaccesible, irían a parar un día sobre aquel modesto lecho de santa y de asceta! . . .

XXIV

EN efecto: llegó mi noche del miércoles, como tía Clara había sabido tan bien profetizarme! Había sido aprobado, y hubiera debido sentirme completamente dichoso de verme libre de la pesadilla de las oposiciones. Pero, no: la leve frase, tan sencilla en apariencia, «llegará el miércoles y pasará», había bastado para entenebreckerlo todo. Y luego, sobre todo, torné a caer en mis otras angustias, de las cuales nada podía ya distraerme: la obligación de sacrificar mi habitación, y acto seguido la de, al fin de las vacaciones, dejar por primera vez la casa paterna, marcharme a París, porque unos parientes que teníamos allá se habían ofrecido a encargarse de mí hasta mi ingreso en la Escuela de Brest, y había sido preciso aceptar.

Desde el día siguiente, por la mañana, no tuve ya otra idea que la de partir cuanto antes.

a Fontbruant, donde me aguardaban mi cuñado y mi hermana, y reanudar allí mi vida al aire libre y mis meditaciones por el bosque; en el curso de las vacaciones tendría tiempo más que suficiente de regresar a Rochefort, para hacer yo mismo mi dolorosa mudanza, a la cual concedía una importancia extremada. Me dejaron marchar, aunque mi equipaje no estuviera dispuesto; había una barquichuela que todos los días aparejaba, a cosa de las dos, para remontar el Charente, y que me dejaría en Saint-Savinien, de donde no tendría que hacer más que unos diez kilómetros para llegar a pie a Fontbruant por caminos confortados de sombra. Ésta fué la vía que por economía eligieron mis padres, imponiéndome solamente como condición ir por la mañana a despedirme a casa de mi anciano y buen tío, el médico, coleccionista de Historia Natural.

Sobrevienen horas en la existencia, detalles, que parecen no tener más que un valor de último orden, y que se graban minuciosamente en la memoria, en tanto que otros, mil veces más importantes, no dejan ninguna huella. Por esta razón recuerdo, como si fuera ayer, mi salida de la casa, hacia las once de la mañana, para ir a hacer aquella visita de despedida. Estábamos en los últimos días de Julio, hacía un sol espléndido y un calor tropical. En las

LA PRIMERA JUVENTUD

calles no se veía casi un alma, y los contados transeuntes marchaban junto a las paredes, para aprovechar algunas estrechas franjas de sombra. ¡Cuán triste y desolada estaba aquella mañana mi ciudad natal! No percibía más que la tristeza y la desolación de aquel pequeño grupo humano, del cual yo formaba parte, por la casualidad de mi nacimiento, pero donde toda la gente, poco más o menos, me era indiferente o desconocida.

En casa de mi anciano tío, la misma impresión desalentadora de vivir; en su jardín, su viejo papagayo gris, de cola roja, estaba amodorrado por el calor, con un aspecto caduco, sobre un alcándara. En su gabinete, donde hallé a mi propio tío distrayéndose en clasificar sus conchas, los objetos exóticos colgados de las paredes parecían más muertos y polvorientos que nunca.

— ¡Conque estás aprobado, Pichichi! — me dijo, con un tono más indiferente que de costumbre.

(Pichichi o Pituso eran los nombres amistosos que me daba de ordinario.)

Volvía a ver con indiferencia aquellos cachivaches de las *colonias*, que me cautivaban antes; puesto que me sentía yo a la sazón algo de la Marina, sabía que el porvenir me reservaba conocer todas aquellas cosas en su pro-

P I E R R E L O T I

pio país, donde al menos estarían frescas y vivientes.

Y sobre todo, pensaba que más tarde, como el tío-abuelo, volvería para acabar mi vida en Rochefort, oscuro, inútil y desilusionado, poseedor de algún gabinete como el suyo, donde se inmovilizarían pájaros disecados, mariposas y caracolas... *Llegará tu noche del miércoles, llegará y pasará...*

PARA ir a tomar la pésima y económica barquichuela del Charente, atravesé la población, muda en aquella hora, y como asfixiada por el sol. Estaba triste, acaso algo humillado por aquella partida a lo pobre, y también por mi traje del año último, arrugado y demasiado corto; pero esto no era nada, comparado con una angustia inexplicable que experimentaba: angustia como de deseo y de espera; por la primera vez, desde hacía diez y seis años que yo existía, tenía cruelmente la percepción muy neta de irme sintiendo *solo* en la vida efímera: aspiraba, pues, a un no sé qué nuevo y desconocido, que me faltaba más que nunca, y cuya necesidad insatisfecha me causaba un verdadero sufrimiento. . .

Dos horas aproximadamente para remontar las aguas templadas y amarillas del río, en

compañía de pobres hombres del campo; cerca de dos horas aún para caminar a pie por los campos y los bosques; y llegué a Fontbruant, donde la alegría de volver a ver a mi hermana desterró por lo pronto esa especie de angustia misteriosa. No sospechaba yo, por otra parte, que el final de aquel día me reservaba una aparición deliciosamente turbadora y llena de revelaciones, cuyo vago presentimiento me dominaba quizá desde la víspera.

Comenzaba a declinar el sol de las hermosas tardes de verano; sobre un banco, a la sombra de los tilos de la terraza, acababa de sentarme, en compañía de dos o tres amigos de mi cuñado, y hablaban, en conversación de hombres, de cierta *linda gitana*, feroz e inabordable, cuya pequeña tribu había acampado dos días antes a la entrada de la selva. Ante nosotros, una luz color de oro rojo alumbraba, como para anunciar una fiesta, la profusión de flores, de esas viejas flores de Francia a las que se llama *flores de claustro*, y que eran todo el encanto de aquel jardín de otros días: dalias rosas, dalias amarillas, zinias, cruces de Malta. . . Entonces fué cuando se abrió allá lejos, de pronto, la puerta verde, y una joven audaz, que ni siquiera se había dignado llamar a la puerta, entró como Pedro por su casa.

— ¡Ah! A propósito — dijo uno de los pre-

LA PRIMERA JUVENTUD

sentés —; bien dice el refrán: «En nombrando al ruin de Roma. . . »

Aunque algo distante, como acababa de hacer su aparición, aquella criatura inesperada— la hermosa gitana de que hablaban, evidentemente — se reveló a mí, incomparable, y sin poderme contener me aproximé a ella cuanto pude, con un irresistible atrevimiento, en tanto que ella ofrecía cestillos de mimbres trenzados a una hierática doméstica llamada Bertrade, que llevaba un pañuelo en la cabeza, al uso de la Gascuña, quien la rechazaba con desprecio. Aquella gitana tendría de unos diez y ocho a veinte años — un poco más vieja que yo, que no contaba más que diez y seis—; muy atezada, del color de las tierras cocidas de Etruria, con una piel de una finura maravillosa; su paupérrimo vestido, de delgada india-na, de una deslumbradora limpieza, se ajustaba demasiado quizás a su joven garganta de estatua que se adivinaba, por debajo, completamente libre; su abundante cabellera negra estaba prendida con horquillas de oropel; portaba en sus menudas orejas gruesos arillos de oro, y en redor del cuello un pañolito de seda encarnada. Lo que fascinaba, por encima de todo, eran sus ojos, de abismo y de noche, tras los cuales quién sabe si había acaso algo, pero donde se hubiera dicho que se ocultaba

todo el misticismo sensual de la India. Yo debía volver a ver más tarde unos ojos como aquéllos, entre las bayaderas de los grandes templos indios, que están vestidas de seda y de oro, y que tienen la garganta, los brazos, el mismo rostro, resplandecientes de dislocadas pedrerías. . .

Bajo el sofión de la doméstica, se fué silenciosa y altanera, como una reina ofendida; pero había comprendido, de seguro, en un instante, mi admiración ardiente y asombrada, porque antes de desaparecer volvió por dos veces su deliciosa cabecita para mirarme de nuevo; y, lo que hizo confirmar mi sospecha, sentí muy bien que su última mirada, completamente para mí solo, se había dulcificado en una vaga sonrisa.

XXVI

CUANDO cerró por completo la hermosa noche estrellada, retirado en mi cándida alcoba, quedé largo, largo tiempo en mi ventana abierta, acodado sobre el alféizar, que estaba construído con esas piedras recias de las casas de antaño. Un poco de frescura bienhechora comenzaba a ascender del jardín y de las fuentes; se percibía un olor de liquen y de ramas musgosas, que era como el aliento de los bosques dormidos; los buhos se llamaban con dulces notas aflautadas, y de vez en cuando, del fondo de la selva llegaba como con sordina el grito chillón de los zorros, cuya voz se asemeja a la de los chacales. ¡Ah! ¡Cómo me acuerdo aún de aquella noche cálida en que comenzó mi embrujamiento! . . . La selva, sí, la selva estaba ahora animada para mí por una imagen, de la cual seguía preocupado únicamente. Sin duda muy cerca, en una expla-

nada que acababan de indicarme, se dormía a aquella misma hora la gitana, sobre el césped, o en su carreta de nómada. ¿Estaría sola, o entre los brazos cetrinos de alguno de los de su tribu? . . .

Al terminarse aquella misma noche, una visión encantó mi sueño. Me creía en medio de bosques inextricables, en la obscuridad, abriéndome paso con gran trabajo, entre malezas y cañaverales, y tenía consciencia de que unos seres indefinidos seguían la misma dirección que yo a través de la agitación de las ramas. Aquellos compañeros de mi difícil camino se precisaron poco a poco en su calidad de húngaros que huían, y bien pronto adiviné a ella, la bella gitana, defendiéndose a mi lado contra las lianas que cada vez enlazaban más nuestros pies. Cuando, por último, caímos juntos en los enmarañados juncos, la tomé en mis brazos, y a su contacto íntimo me sentí desfallecer en absoluto por una especie de delicioso desmayo. . .

XXVII

A sí que volvió a iluminar mi cuarto, tan blanco y tan sencillo, el pleno sol de la mañana, deseé locamente volver a ver a la gitana, como sucede siempre con todo ser que os ha procurado, en sueños, semejante ilusión volúptuosa, y habiéndome colgado en la cintura mi eternal e inútil revólver pequeño, me encaminé temprano hacia la selva.

Aproximándome a la indicada explanada, a la sombra de enormes encinas, no tardé en percibir tres o cuatro carretas desaparejadas y caballos que pacían la hierba rala; por tierra llameaba un fuego, alimentado de ramas secas, cuyo humo tenía un aroma silvestre, y una vieja con cabeza de bruja cocinaba algo en una marmita.

Indudablemente los hombres de la pequeña tribu habían partido ya en pillaje, porque no quedaban en torno a los coches más que niños

P I E R R E L O T I

de grandes ojos de sombra — como los de ella —, y la gitana, la propia gitana del día anterior y de la noche pasada, tejía cestos, sentada con una gracia de joven deidad sobre el santo suelo, recubierto de liquen, de musgo y de gramíneas finas. Entonces pasé muy cerca, muy cerca de ella; un impulso me arrastraba a decirle sencillamente:

— Ya ves, aquí estoy; he venido a tu soberana solicitud de la pasada noche; bien sabes que ahora me es igual todo en el mundo, fuera de ti. . .

Pero, como es claro, me alejé sin haberle dicho nada, habiéndome tan sólo embriagado con su imperceptible y enigmática sonrisa, en la que había a la vez ironía y consentimiento.

XXVIII

EL mutuo hechizo duró así cinco o seis días, sin que fuera cambiada ni una sola palabra; como si existiera ya entre nosotros una especie de compromiso que encarecía el secreto, ella no volvió por casa para tratar de vender sus cestos, que, sin embargo, muchas personas de la ciudad le compraban; pero, por lejos que pudiéramos percibirnos, nuestras miradas no se separaban ya, así que se encontraban.

Y por último, una asfixiante tarde de Agosto, después de comer, con una brusquedad estupenda, sobrevino el desenlace natural, entré una confusión de ramas y de cañas parecidas a las de mi sueño, en la umbrosa oquedad de las grutas, en medio de un enjambre de finísimas libélulas, que parecían tan inconsútiles como leves plumas, y que para la ceremonia de nuestro himeneo, sin duda, se habían engalanado suntuosamente con pedre-

rías y con tules de oro, unas azules y otras verdes. Yo había ido a instalarme allí, en aquella penumbrosa frondosidad, porque sabía que la gitana cogía habitualmente sus mimbres en aquel sitio; para darme importancia había llevado mis lapiceros y mi cuaderno de dibujo, y nada más que percibirla llegar de lejos, con su andar tan ágil, por el sendero que bordeaba los peñascos formando muralla, había presentado el minuto supremo que acabaría con mi vida de niño.

En efecto: si no era mi persona lo que ella quería, ¿por qué se aproximaba así, cautelosamente, sin apartar de mí sus ojos, pero con los rodeos de un gato que teme espantar su presa? Comencé a temblar y a no sentirme dueño de mí, cuando por último se detuvo muy cerca, muy cerca, haciendo como que la interesaban sobre todo mis útiles de dibujo; me enardecí hasta el punto de coger su mano, que ella dejó pendiente, casi tocando la cartulina: su manita morena, tan experta en cometer robos en las granjas como en hacer cestos trenzando mimbres.

En lugar de desprenderse, y siempre sin decir nada, me atrajo imperceptiblemente, como para indicar que me levantara, y me levanté dócil, con la cabeza perdida por completo a la sazón, presa del delirio y enorme

LA PRIMERA JUVENTUD

vértigo que yo conocía por primera vez; de pie, entonces, ante ella, enlacé con mis brazos su cintura, mientras ella rodeaba mi cuello con los suyos. Ella conservaba siempre su misma sonrisa. No había oído aún el sonido de su voz, cuando mi boca oprimió perdidamente la suya, lo que hizo pasar por todo mi cuerpo como el temblor de una alta fiebre; creo que vacilamos los dos, buscando el modo de arrastrarnos uno al otro sin saber adónde fijamente, pero deseando ambos, con una mutua complicidad, encontrar algún rincón más inviolable aún en aquella hondonada, cuya enmarañada umbría era ya, sin embargo, un escondite suficiente.

El gran secreto de la vida y del amor se me mostró entonces ante una de aquellas entradas de gruta que semejan pórticos de templo ciclópeo: estaba entre escolopendros y delicados helechos; para tapizar la tierra sobre la que estábamos tendidos, había musgos de raras variedades, como escogidas; ramitas de filirea formaban cortinajes para nuestro lecho, y por encima de nuestras cabezas, las finísimas e imponderables libélulas, reunidas sin temor, lanzaban entre las hojas sus destellos de pedrerías. . .

¿Qué es, pues, lo que había podido atraerla hacia mí? ¿No había percibido yo dos o tres

mozos de su campamento que me parecían mucho más guapos? Después de todo, tal vez serían hermanos suyos. . . Y luego, sin duda ella había adivinado mis refinamientos, que deslumbraban y maravillaban su montaracía, lo mismo que mi pasión, completamente sensual, se exaltaba con que ella fuera la última de las últimas, hija de una raza de parias, una gitanilla ladrona.

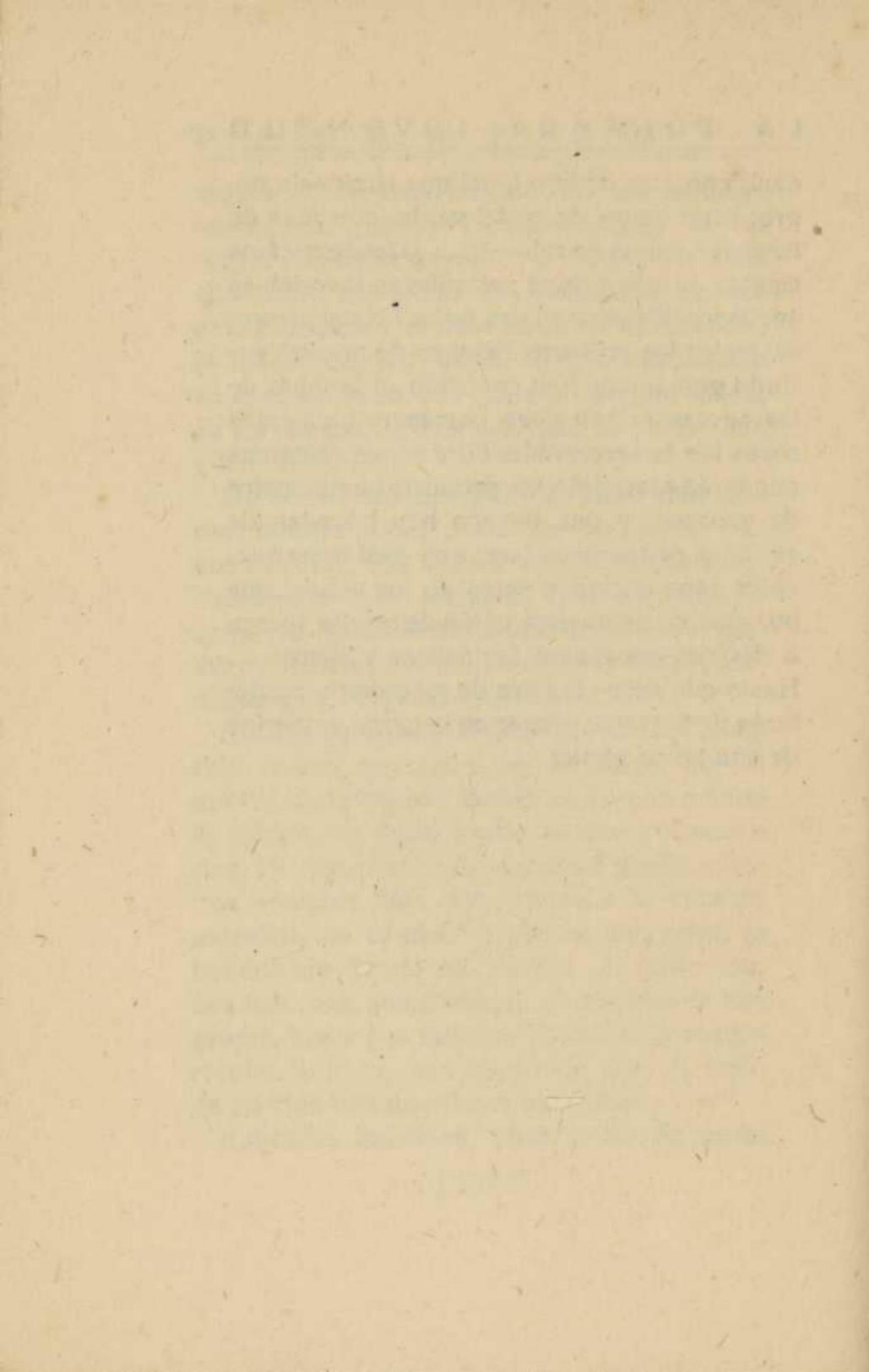
De considerar que ella no fuese más que eso, nuestra íntima comunión me parecía menos culpable; con mis escrúpulos de entonces, encontraba muy criminal, casi sacrílego — ¡pero tan adorablemente sacrílego! —, el darme por entero, como un esclavo, para proporcionarle la suprema embriaguez. . .

He escrito en algún sitio, no sé en dónde, esta verdad, que estoy seguro de que no era nueva: «Los lugares donde no hemos amado ni sufrido, no dejan huella en nuestra memoria». En compensación, aquellos donde nuestros sentidos han experimentado el encanto indecible, no se olvidan nunca; así, pues, la hondonada donde se verificó mi iniciación, sus helechos, sus musgos, el misterio de sus grutas, hasta sus mismas libélulas de cuerpo resplandeciente, han guardado para el resto de mi vida una nostálgica atracción. . .

¡Libélulas finísimas, unas como de metal

LA PRIMERA JUVENTUD

azul, con alas de luto igual que terciopelo negro; otras como de metal verde, con alas de tul áureo y ojos de rubíes! . . . ¿Desde cuántos cientos de milenios se reproducen invariables sus maravillosas y sutiles galas? Estaban presentes en los primeros tiempos de nuestro período geológico; han conocido al hombre de las cavernas; han visto comenzar bajo estas rocas las imperceptibles filtraciones calcáreas que tardan un siglo en producir un milímetro de espesor, y que forman hoy bóvedas de enormes peñascos grises; son casi indestruibles esos menudos seres de los estíos, que por encima de nuestra unión de un día fueron a ejecutar sus danzas fantásticas y ligeras. . . Hasta que suene la hora de mi muerte, no dejarán de hacerme pensar en la carne ambarina de una joven gitana. . .



XXIX

CUANDO volví a casa, por la noche, algo había cambiado para siempre mi ser, aunque siguiera siendo, en apariencia, el mismo niño tímido. Caminaba sin ver nada, absorbido en un recuerdo único. Tenía vergüenza, y al mismo tiempo experimentaba una especie de orgullo desconocido, con un gran deseo de contar a todos los que encontraba al paso mi bella y seductora aventura. Durante la cena, en el modesto comedorcito, cuyas ventanas estaban abiertas de par en par sobre el jardín profusamente florido, me sentía molesto bajo la mirada de mi hermana, que me observaba más que de costumbre.

— ¿Qué tienes esta noche, chiquillo? — acabó por decir.

— ¡Yo! . . . Pero, hermana, si no tengo nada. . . — respondí, en tanto que sentía subirme la sangre a las mejillas. Y a pesar de

P I E R R E L O T I

mi profunda confusión, hasta a mi hermana estaba casi tentado de gritar:

— Ahora sé el porqué de todas las cosas . . .
Ahora me han sido revelados los últimos secretos de la vida . . .

Mi gran fiesta de amor duró poco más de una semana, durante la cual, bajo la pesada bóveda de las grutas o en la penumbra verdosa de aquel recoveco lleno del misterio de los remotos tiempos geológicos, la gitana no dejó de asistir ni siquiera a una cita. Hablaba un francés chapurreado de español, y apenas cambiábamos unas cuantas palabras; pero poco a poco su sonrisa de ironía dejaba paso a una expresión de ternura completamente ingenua, y yo la prefería más así. Me gustaba hasta su vestidico de pobreza, que en vista del calor de Agosto, llevaba sin camisa sobre su impecable garganta cetrina; ya en aquella época, como más tarde en el resto de mi vida, toda elegancia, todo encanto adquirido, no valía nada a mis ojos, comparados con la sana belleza de la forma: era, sin duda, una compensación de la Naturaleza contra el exceso de mis refinamientos.

XXX

Los buenos aldeanos de aquellos contornos se quejaban de ciertos robos cometidos en las granjas, en los caseríos, y yo no dejaba de tener temor de que los gendarmes expulsaran a la pequeña tribu nómada.

Un día, en efecto, no vi en su sitio acostumbrado, al pie de las viejas encinas, los caballos ni las carretas; quedaban solamente sobre el liquen huellas carbonizadas, indicando las hogueras que habían encendido los gitanos. Habían debido huir durante la noche; pero, ¿por qué camino, hacia qué rumbo ignorado? Y desde el primer momento comprendí la inutilidad de toda persecución; era la separación irremediable. Me pareció al pronto que mi corazón dejaba de latir. . . Recogí uno de los mimbres cortados por ella, que yacía en tierra, y me puse a errar sin objeto, en la selva, escogiendo los laberintos de zarzales

P I E R R E L O T I

todavía inexplorados, prolongando mi caminata para retardar mi regreso a casa. Al caer el día llegué, a pesar mío, a la hondonada umbrosa, donde en un silencio de santuario, las pequeñas libélulas, siempre con sus mismas lujosas galas, danzaban como si tal cosa. Allí, en un lugar que nos había sido familiar, me senté sobre los musgos que habíamos amontonado juntos, y con la cabeza entre las manos rompí en sollozos de repente. Estas lágrimas, como una lluvia repentina, no iban dirigidas a la belleza de la gitana ni a su cuerpo — ¡oh, no! —, sino *a la expresión de ternura confiada que los últimos días había aparecido en sus ojos. . .*

Mis vacaciones seguían su curso triste y apagado después de aquella fuga; la selva, la hondonada, habían perdido su espíritu, y por otra parte, la cada vez mayor proximidad de mi partida a París me espantaba. Sin embargo, a fuerza de súplicas había ganado mi pleito, cerca de mis padres, con respecto a nuestro querido salón rojo; ¡habían encontrado otra combinación, que les permitiría no desprenderse de él y de habitar, al menos, una parte de nuestra mansión hereditaria; era, pues, para mí una angustia menos el saber que no serían descolgados los retratos de familia, que conservaría allí mis dos pianos, y que más tarde, acaso en tiempos menos sombríos, nuestras veladas domingueras podrían volver a encontrar su dulce alegría de otras veces en el mismo recinto tan amado.

Hacia fines de Septiembre me mandaron a

Rochefort; nuestros inquilinos en la desgracia — un capitán de fragata y su mujer — acababan de llegar antes de lo que se esperaba; habían respetado, sin embargo, mi habitación de niño, para permitirme desamueblarla yo mismo a mi gusto; pero era preciso darme prisa.

Cuando llegué a nuestra casa, al día siguiente por la noche, era la hora de la cena, y por la primera vez vi nuestro refugio dispuesto allá, al otro lado del patio, en el antiguo despacho de mi padre, del cual había sido preciso hacer nuestro comedor después de nuestras reducciones. No me pareció triste del todo aquel refugio de desheredados, que es lo que éramos en resumidas cuentas; pero inmediatamente mis ojos se fijaron con terror sobre uno de esos grandes artefactos de hierro fundido, que se llaman «hornillos económicos», y que estaba encendido en un rincón.

— ¡Oh, mamá! — dije —. ¿Es que eso va a quedarse aquí?

— No hay más remedio, pobre hijo mío — respondió con un acento de resignación tan firme, que no supe sino bajar la cabeza. . .

Apareció entonces una de nuestras antiguas sirvientes de la *isla*, que había querido permanecer con nosotros, a pesar de la soldada, a la sazón irrisoria, y que se puso a cocinar diferentes cosas, en cacerolas pequeñas, sobre

LA PRIMERA JUVENTUD

el hornillo de hierro. ¡Oh, yo estaba preparado para todo, pero no para aquéllol ¡Ser pobre, bien; pero renunciar hasta aquel punto a las apariencias, tener que comer al lado de un hornillo de cocina! ¡No, aquélllo sobrepujaba a mis fuerzas!

Durante nuestra cena se desencadenó una gran tormenta de fin de verano, arrancando los pámpanos amarillentos de nuestras parras, y empezó a caer torrencialmente la primera lluvia de otoño, entristeciendo por completo todas las cosas. Ahora bien: este comedor apartado, que estaba en la planta baja dando al patio, se encontraba aislado entonces de todo el resto de la casa por la presencia de los inquilinos; mis padres, por lo tanto, habían imaginado hacer abrir un agujero en el techo de un pequeño local próximo, y fijar allí una escalera, para permitir comunicar por el interior con nuestros departamentos de arriba. Cuando llegó la hora de subir a acostarnos, la lluvia de la tormenta continuaba azotando los cristales, y era verdaderamente la ocasión de inaugurar el nuevo pasadizo, en fila, por escotillón.

Fueron concedidos los honores de trepar la primera a la mayor de mis tías-abuelas, a tía Berta, un poco pesada, debido a sus ochenta años que iban pronto a cumplirse. No estu-

P I E R R E L O T I

vo muy airosa, y para complicar las dificultades de sus ensayos, el señor *Ratón*, llamado también «Su Excelencia» — mi mismo gato de siempre, al cual yo no había cesado de adorar —, se creyó en el deber de acompañarla, escalón tras escalón, pegado a sus faldas todo el tiempo. Pero ella supo aderezar el trance con tan buen humor y donaire tan indecible, que me entró una gana loca de reír; la risa sana y loca que triunfa de toda melancolía. ¡Tía Berta querida, tan buena, tan anciana y de tan buen ver aún con su perfil de medalla, que para burlarse a su propia costa, llamaba, fingiendo un cómico orgullo, su *perfil de Apolo!* . . . En verdad que no encontré nada de penoso en aquel primer ensayo de desfile, incluso el gato; desfile que yo debía conocer en la misma escalera durante muchos años después, las noches de invierno, hasta alcanzar tiempos mejores. Pero, no: la enorme mortificación, para mí insoportable, era el hornillo de cocina. . .

EL desalojamiento de mi habitación me ocupó dos días, y ¡cuán niño volví a sentirme allí, niño pequeño, si se quiere, a pesar de mi aventura de mozo en la hondonada de las grutas! Después de muchas tergiversaciones, mi «museo» fué el lugar en el cual se fijó mi atención para transportar y sepultar en él tantos cachivaches queridos; no había en la casa un sitio que fuera más secreto, más inviolable ni más completamente mío, que aquel recinto en lo más alto de ella, cuya ventana daba sobre las tranquilas lejanías desiertas de las murallas, de las praderas y del río. Si hablo tanto de aquel museo, del cual hice, a partir de aquellos días, una especie de relicario, es porque ha representado en mi vida un papel verdaderamente importante, y hasta más tarde en mi vida de hombre que recorre el mundo. ¡Quién podría creerlo si viera aquel aposento de mu-

fiecas, cuyo techo, demasiado bajo, tocaba ya con mi cabeza! Pronto tuve colocadas bajo el estante de los fósiles todas las grandes cajas de mis juguetes de otros días. Me fueron precisos muchos más cuidados para el traslado de mis humildes objetos preciosos: elegantes cajas de bombones, que me recordaban mis fechas, ya idas, de Año Nuevo; graciosos caprichos que databan de la infancia de mamá; vasos o estatuillas de porcelana, pequeños y antiguos cachivaches chinescos, que procedían de mis tios navegantes, etc.

Además, en aquel museo había un modesto pupitre para niño, que en tiempos de Luis XVI había servido para el estudio de sus primeras letras a una de mis abuelas hugonotes; era una cosa sagrada para mí, como procedente de la *isla*, y yo lo juzgaba digno de que recibiera todo aquéllo en su vetusto regazo. Pero me pareció cosa urgente hacer en primer lugar una limpieza escrupulosa, y pegar sobre sus estantes y en sus cajones el más impecable papel blanco. Tía Clara, como es natural, había subido para ayudarme, según hacía en todos mis quehaceres, y sintiendo que la marcha a París, ya tan próxima, producía en mí cierta angustia, con motivo de las pueriles instalaciones, hacía todo lo posible por consolarme.

LA PRIMERA JUVENTUD

Tía Clara había vivido varias veces en París; antes de que yo naciera, en casa de su tío, hermano de mi abuela, que era allí recaudador del Registro; más tarde había vuelto allá con frecuencia, para acompañar a mi hermana durante sus épocas de aprendizaje en el estudio del pintor Léon Cognet, y yo veía claramente que no le parecía mal la ciudad.

— Te equivocas de hacerle ascos — me decía, manejando la brocha para impregnar de cola las hojas y las tiras blancas que me iba dando, según las tenía dispuestas —. No haces bien en hacerle ascos, rico: ¡está lleno de cosas que han de interesarte, ya verás! Ahí tienes, por ejemplo, el Louvre, que te apasionará. . . la música, y los conciertos; no te formas idea de semejantes conciertos.

Pero, no; por mucho que ella me dijera, yo había decidido, por adelantado, que todo me aburriría en París. . . Durante nuestro paciente trabajo de tapiceros, la ventana abierta dejaba entrar el radiante sol de fin de Septiembre con la calma de los alrededores y también con algunas de esas avispas o abejas que en todo tiempo han frecuentado aquel lugar de silencio, y que zumbaban muy atareadas en torno nuestro.

Al cabo del segundo día, cuando todo fué acondicionado a mi gusto, esparcí por todas

partes un poco de alcanfor y manojos de hierbas aromáticas. Para completar esos pequeños cuidados fúnebres, hasta recubrí varios objetos con muselinas — ciertos retazos que me parece ver aún de un vestido de organdí blanco, con viejas flores bordadas, que provienen de la juventud de mi tía-abuela Berta hacia 1805 —; a continuación hice salir por piedra a aquellas avispas y abejas visitantes, para no enterrarlas vivas, y llegó la hora de cerrar los ojos de mi «museo», su ventana, que nadie volvería a abrir ya hasta mi regreso. Cuando, desde allá arriba, contemplé los horizontes familiares para decirles adiós, todo comenzaba ya a iluminarse con los rayos rojizos de la puesta; recuerdo que en aquel crítico instante pasaba una fragata por el río, apenas visible en medio de las praderas, una hermosa fragata, anunciada desde por la mañana, que volvía de las colonias, y su contemplación determinó una distracción favorable a mi tristeza, haciendo desviar mi pensamiento hacia un futuro probable de viajes y de aventuras. . . Una última mirada a las caracolas, clasificadas bien en orden en sus casilleros; una postrer mirada a la mariposa amarillo limón, cuyo brillo amarillento contrastaba con las maravillosas mariposas azules de la Guayana inglesa, sus vecinas de vitrina, y por último, tía Clara y yo

LA PRIMERA JUVENTUD

cerramos la puerta y pusimos los precintos pegando tiras de papel todo alrededor, para mantener en el interior ese aroma de sarcófago que preserva de la polilla y de otros pequeños insectos devastadores, peculiares de las cosas caducas.

Un niño que tenía tales precauciones y tales temores al prepararse a abandonar la casa paterna, estaba verdaderamente muy poco pertrechado para la vida, muy poco preparado, sobre todo, contra el tiempo y contra la muerte. . .

EL día siguiente fué el señalado para ir a la Limoise, a decir adiós a la madre de Lucila, que no había vuelto aún a la ciudad. Formaba también parte de aquel amado cenáculo de seres tutelares, demasiado numerosos tal vez, en torno mío, y harto contemplativos, que por mi desgracia había mimado mi infancia más de la cuenta. La tuteaba y la llamaba tía Eugenia; a raíz de nuestros reveses había acudido a ofrecerse y encargarse de los gastos de mi educación, para permitirme que no abandonara Rochefort, y yo la quería mucho.

El campo donde acababan de verificarse las vendimias estaba bañado de sol y desierto. La vieja Limoise, que iba pronto a recogerse para un invierno más, dormía tranquilamente junto a sus bosques seculares; las encinas de hojas anuales tenían ya amarillas las copas, en tanto que las carrascas, que parecían gran-

P I E R R E L O T I

des olivos, recortaban sobre el cielo nostálgico las masas oscuras de su inalterable verdor. Tía Eugenia fué a acompañarme aquella noche con Juanita hasta el recodo del camino que conduce a la aldea de Echillais, y me dijo abrazándome en despedida:

—Vaya, se acabaron, se acabaron tus juegos de Limoise... y, entiéndelo bien, pobre hijo mío —añadió con lágrimas en los ojos—, para ti se acabó la edad feliz.

¡Ay, sí; no lo sabía aún lo bastante!

XXXIV

Mis dos últimos días fueron consagrados a Fontbruant, donde mi madre acababa de tomarme la delantera.

Se me había permitido esta vez recorrer a pie los veintidós kilómetros del camino, y era por una región solitaria y encantadora en aquel tiempo, que no estaba parcelada ni pertenecía a nadie, y a la cual se llamaba *campos comunes*.

Cuando miro hacia atrás, en el largo desarrollo de mi vida, que se difuma ya mucho, existen a veces como manchas luminosas que atraen la mirada de mi recuerdo, y en medio de las cuales los menores detalles de cosas se dibujan aún con un relieve inalterado. Así, pues, me parece volver a ver, como si fuese ayer, mi regreso a Fontbruant aquel día.

Salí de Rochefort por la mañana y llegué a la hora calurosa y pesada del mediodía; abrí

suavemente el gran portón verde de la casa, y entré sin hacer ruido. No había nadie en el jardín: una modorra de mediodía, un silencio de verano, en medio del cual una vocecita infinitamente dulce cantaba con un tono apagado y como en sueños...

No sé que exista en el mundo nada tan melancólico como una canción ligera, en notas agudas, elevándose aislada en el silencio de un mediodía que el sol aplana. Esta melancolía sin nombre, que tan misteriosamente se compenetra de nosotros, me había sido revelada ya varias veces por el zumbido de las langostas de la Limoise; es la misma que debían después producirme los voceros de los muecines dominando las blancas ciudades del Islam a las horas en que las casas no proyectan ya sombra sobre el suelo: la misma igualmente que debía volver a descubrir en las regiones completamente tórridas, escuchando las cantinelas somnolientas de las mujeres senegalesas, cuando las arenas del desierto parecen dormidas por el calor. Aquel día la canción indicada me hacía daño oírla, en primer lugar porque había en su ritmo un no sé qué lánguido que anunciaba el otoño; luego porque la angustia de la partida gravitaba sobre mí aquellos últimos días, y, por último y sobre todo, porque había reconocido aquella

LA PRIMERA JUVENTUD

voz en el acto: era la amada voz de mi madre, tan clara en otros tiempos, pero donde percibía por primera vez algo así como una imperceptible rotura en la voz de cristal. La canción me había sido familiar también toda mi vida; era una canción de cuna de la *isla*, que había servido para hacernos dormir a unos y otros desde hacía varias generaciones.

Y la canción decía:

Llega Hada del Sueño
a nuestra morada,
y duerme al pequeño
hasta el alborada.

Me detuve un instante para escuchar inmóvil, y después di vuelta muy despacio a la vieja casa para aproximarme a la adorada cantora: la distinguí a través de las ramas, sin que sospechara mi llegada, y me detuve aún para verla. Arrullaba a su nieta, la hija de mi hermana, y daba pasos de un lado a otro, muy lentamente, en una avenida estrecha junto a la terraza de recias piedras vetustas y roídas por el musgo y los líquenes; a su paso, las córcoras que tapizaban la gruesa pared, la rozaban algo con sus ramas rematadas de flores en copetes de seda amarilla, y las abejas, las avispas, que se apresuraban a hacer sus provisiones de otoño, acompañaban su cántico

P I E R R E L O T I

como con un discreto murmullo de órgano de iglesia:

Llega Hada del Sueño
a nuestra morada. . .

Esta Hada del Sueño del mediodía, a quien invocaba la voz, era la misma hada menuda, bienhechora de los niños, que en días lejanos había protegido mis primeros sueños; el dulce conjuro que le rogaba acudir, no hubiera debido, por lo tanto, parecerme triste; sin embargo, mi corazón se entristeció poco a poco escuchándola, debido a aquel silencio, a aquel sol caluroso y casi mórbido, y sobre todo por la ya muy próxima partida. La antigua terraza me parecía presta a dormirse como la niña chiquitina a quien arrullaban, y la lenta canción que gravitaba sobre nosotros, como plañideramente, pronto dejó de ser a sus ojos una canción de cuna, para convertirse en una especie de elegía: el último cántico, pudiera decirse; el canto de muerte de todo mi querido pasado, de mi infancia, que iba a terminar decididamente; y cuando salí de detrás de las ramas para ir a arrojarme en los brazos de mamá, estuve a punto de echarme a llorar.

LA misma ráfaga luminosa, de la que hablé no ha mucho, se extiende también en mi memoria respecto a las contadas horas que pasé en Rochefort antes de partir, y de las cuales recuerdo los menores detalles. El mismo hermoso tiempo me había acompañado hasta allí, con igual sol e idéntico ensordecedor zumbido de abejas sobre las flores de otoño; recuerdo que cierta tapia de nuestra corrada, ornamentada de busingolcias, en guirnaldas blancas, producía como un vago rumor de órgano bajo el vuelo de miles de afanosas obreras libadoras; nunca había conocido en nuestra casa tantas abejas y avispas.

Pronto estuvo dispuesto mi equipaje; mi vestuario de niño, casi pobre, se componía, sobre todo, de trajes cuidadosamente arreglados y alargados: como objetos preciadísimos, llevaba las últimas cartas de Lucila, las últimas

P I E R R E L O T I

cartas de mi hermano y su Biblia, reintegrada de la Indo-China, sobre la cual mi madre acababa de añadir para mí:

«Querido hijo mío: Sé tú el fiel guardián de este objeto tan preciado, y no olvides ni un instante la cita que nos ha dado nuestro bienaventurado Jorge, al dejar esta vida. Permite, Dios mío, que no falte ninguno de mis deudos queridos, y que también me encuentre yo con ellos.

NADINE V.

9 Octubre 1866.»

Con el corazón oprimido, como si se tratara de una separación eterna, me despedí de nuestro jardín, lleno de sol y de su lago diminuto; cuando llegó la hora precisa de ir a la estación, me puse, con un respeto lleno de ternura, unos modestos guantes, retocados milagrosamente por mi madre, «nada más que para el viaje» — según me dijo —. Y por último monté en el tren, en tercera clase, por la primera vez en mi vida. . .

XXXVI

EN el barrio Latino ocupé un cuartito de estudiante, encaramado en lo alto, que daba al campanario de San Esteban del Monte, y desde donde se dominaba una estupenda congregación de chimeneas. Era tan triste, que daban ganas de llorar, y de una limpieza bastante deficiente para mí, que estaba habituado a cuartitos perfectamente cuidados y blancos. Había un armario de luna, de caoba, que me causaba casi miedo; había debido ser vendido y revendido en quién sabe cuántas almonedas de miseria, y parecía salir de una batalla; yo no cesaba de pensar en todas las cosas lamentables que había debido verse condenado a reflejar, y no le confiaba mis menesteres más que a regañadientes, después de haberlos envuelto en papeles, para evitar el contacto.

Yo estaba allí en una especie de mediopensionista, siguiendo como externo los cursos

del Liceo Enrique IV, y por compañeros tenía, sobre todo, muchachos levantinos, hijos de familias ricas y hasta principescas, de por allá, que se dedicaban a unos estudios fantásticos, y más que nada a la juerga.

Mis tíos de París, que se habían encargado de mí, me acogían con afecto, sin conseguir, no obstante, reanimarme un poco el corazón. Me habían hecho vestir de una manera bastante elegante, lo que agradecí mucho; pero yo había conservado con piadoso celo mis antiguos vestidos de Rochefort, agrandados, repasados bajo la dirección de mi madre, y me creía en el deber de llevarlos aún de cuando en cuando, en lugar de darlos por inútiles; en cuanto a los guantes, que me había arreglado ella misma «para el viaje», no creo tener necesidad de decir que han pasado al número de mis sacrosantas reliquias.

Los jueves y los domingos tenía permiso de salir a media noche, como un hombre hecho y derecho. Pero sobre todo trabajaba, porque aspiraba a entrar en la Escuela Naval; si por desgracia me hubiera fallado el *Borda*, mis padres no me hubieran dejado nunca alistarme como marinero, y entonces me estremecía de glacial terror, pensando en un porvenir de burócrata en cualquier oficina.

En medio de París, era yo algo así como

LA PRIMERA JUVENTUD

esos salvajes jóvenes a quienes se les saca de sus selvas y que desdeñan hasta el mostrar su asombro. Nada me maravillaba, a excepción del Louvre y de la Ópera, adonde me habían llevado la primera semana para hacerme escuchar *Los Hugonotes*.

Mis camaradas orientales — armenios, griegos o búlgaros — me eran antipáticos; se hacían entre sí la mar de bellaquerías, y al final de sus querellas se lanzaban al rostro abominaciones que en otros tiempos debían de haber cometido sus padres. Yo vivía, por lo tanto, muy solo, no admitiendo más que el trato de un pobre chico turco, místico y apacible, pero que murió de una neumonía, en los primeros fríos de Noviembre. En mi cuarto hostil, sentado a la mesa ante mi ventana, en los brumosos crepúsculos de otoño, me dejaba hipnotizar con frecuencia por aquella multitud de tubos de chimeneas, lúgubre y cómica a la vez, sobre todo tan nueva para mí, que no había nunca visto tantos. Comenzaban a lanzar sus primeras humaredas de la temporada: tenían todas, como cabezuelas, pequeñas gorras, sombrerillos adornados con una especie de orejas para hacerles dar vueltas; al menor viento se agitaban con movimientos de fantoches, lanzando a veces vagos gritos rechinantes, que yo escuchaba a través de los cristales.

les. A medida que cafa la noche, las chimeneas tomaban a mis ojos una semivida fantástica; me hacían el efecto de una cuadrilla de diablitos surgiendo de los tejados y estirando sus cuellos flácidos para mirar más lejos; cuando me adormecía de hastío sobre cálculos de trigonometría y eslabonamientos de fórmulas abstractas, las chimeneas estaban a punto de llenarme de espanto. . . Y luego, ¡cuántas cosas groseras debían pasar, bordeando mi casa, en torno mío, demasiado cerca de mí, ante la lumbre de aquellas chimeneas o de aquellos tubos! . . . Verdaderamente, todas aquellas vidas de trabajo y de sufrimiento, aglomeradas, apañadas en mi vecindario, me robaban el poco aire respirable de que yo disponía, y por instinto me daban ganas de evadirme a las afueras, Dios sabe adónde, por los campos, entre los árboles. . .

XXXVII

UN primò hermano de mi madre vivía en París, al otro lado del río. Su mujer, cuya cara se parecía mucho a la de madame de Sevigné, acentuaba aún el efecto, disponiéndose en forma de orejas de perro pachón, según el gusto del gran siglo, sus admirables bucles blondos; no tenía, por lo demás, más que aquel defecto y el de ser poetisa, aparte de lo cual era inteligente y buena, y me quería también como a un verdadero sobrino. Una vez por semana daba un te a los miembros de cierta «Unión de poetas», de la cual formaba parte ella misma. ¡Oh, qué gente más singular he conocido allí, casi todos los jueves por la noche!

Sucesivamente, los invitados se levantaban y tomaban una actitud estudiada para comunicarnos sus más recientes producciones. Apenas acababan, estallaba una ruidosa

ovación; todo el mundo los rodeaba, gritando, extasiándose, aunque, a mi parecer, no había nunca motivo para ponerse así de exaltados. Habitado, como lo estaba yo, a aquellas veladas de provincia, más apacibles, en que después de una audición, por muy notable que sea la concurrencia, se limita a un discreto murmullo de aprobación, me preguntaba:

— Pero, ¿qué tienen, qué les pasa?

Cada vez que los auditores olfateaban la aproximación del latiguillo final, su rostro se contraía como bajo el esfuerzo de un penoso trabajo interno; elaboraban visiblemente frases transcendentales para definir en voz alta su admiración. ¡Pobres hombres, menesterosos en su mayoría y completamente neurasténicos, con un mal de impotencia y de mediocridad! El único que escuchaba con cierta atención era un joven pálido, que llevaba un peinado fatal; era también un sobrino de aquella familia, por parte de la tía de bellos bucles blondos; se llamaba León Diers, y era, por consiguiente, «el príncipe de los poetas».

Desde la primera noche me rogaron que me sentara al piano, y les toqué un minuetto difícil, muy poco conocido. El piano era excelente, con sonidos que se prolongaban como los de una voz, y comprendí en el acto que me escuchaban con atención, de suerte que lo in-

LA PRIMERA JUVENTUD

terpreté bien; entonces fué el delirio; tanto más, cuanto que sabían que era sobrino del rico chocolate caliente y de los succulentos bocadillos, esperados con impaciencia; los poetas, con las melenas, que eran aún en aquella época el síntoma exterior de su clase de enfermedad, se aproximaron, afectando gestos de éxtasis:

— ¡Oh, caballero. . . eso que acaba usted de tocar es un poema!

— ¡Oh, caballero, ha fluído de los dedos ágiles de usted toda la poesía pastoril del siglo xviii!

— Has hecho filigranas, querido — me dijo la dueña de la casa, bastante satisfecha por el éxito de su joven pariente provinciano.

En cuanto a mí, saludaba con un leve aire de timidez y de gazmoñería, conteniendo mis ganas de reír y preguntándome si había caído por casualidad en una de las celdas, seguramente de las menos peligrosas, pero no de las menos regocijadas, de aquel inmenso asilo para histéricos, adonde había ido a acabar mis estudios.

XXXVIII

HE hablado de esos instantes de mi vida, que en las lejanías ya tenebrosas de mi memoria se definen aún con tanta precisión, como si la franja luminosa de un reflector que atravesara la cerrada noche viniera a proyectarse sobre ella. Pues bien: en todo aquel año de preparación en la Escuela Naval, que pasé en París, ninguno de esos rayos luminosos se proyectó para mí en ningún punto; reconstituyo con un esfuerzo de voluntad ciertos recuerdos; pero casi todos los otros se han perdido de tal suerte, que apenas llego a reconstituírllos. Para que las cosas se graben en mi cerebro, es preciso que, de cerca o de lejos, se mezcle con ellas un poco de ternura; y en cuanto a ternura verdadera, no sentí en torno mío ninguna en París. Entonces fué cuando para sustraerme al presente melancólico, y para sumergirme más en mi querido pasado — que sin

embargo no databa más que de ayer —, emprendí la tarea de escribir algo así como mis «Memorias». De todos modos, el nuevo manuscrito, comenzado en Noviembre, un domingo de lluvia, no afectó la forma de un rollo interminable y de apariencia cabalística, cubierto nada más que de jeroglíficos, como mi primer ensayo en el género, tiempo atrás, no; fué tan sólo un cuadernillo cosido sencillamente, pero también de aspecto misterioso, porque para poder ocultarlo fácilmente estaba hecho con un papel cebolla extremadamente delgado y ornado con patas de mosca, apenas legibles, a fuerza de sutiles. Me hubiera muerto de turbación si alguien hubiera llegado a poner allí los ojos. Tal fué, pues, el comienzo del «Diario» de mi vida, que hoy se compone de más de doscientos volúmenes. . . No obstante, yo no hacía constar aún, casi nunca, las cosas cotidianas que me interesaban bastante poco, sino solamente cosas ya pasadas, para impedir que se me borraran por completo, y el valor que di a la Limoise prueba la importancia del papel que este rincón del mundo ha representado en mi infancia.

Pobre cuadernillo, de una consistencia casi imponderable, que durante algunos años viajó conmigo por los mares, escondido tan cuidadosamente bajo cachivaches raros, bajo pája-

LA PRIMERA JUVENTUD

ros disecados o amuletos de salvajes, en cajas hechas con maderas coloniales por mis marineros; ¡pobre cuadernillo, tan difícil hoy de descifrar! La tinta se ha vuelto amarilla, todo se confunde a causa de la transparencia de las hojas, y a trechos se encuentra aún mucha de mi criptografía primitiva.

He aquí, textualmente, uno de los capítulos de ensayo:

¡La Limoise! . . . Sólo este nombre despierta en mí todo un mundo de ideas. Son bosques de antiguas encinas, una vegetación especial, que parece creada para los calores de las siestas de verano. Es el país de la mejorana, del líquen y del tomillo; de los lagartos, del sol y de las cigarras. País algo fantástico de noche, en que cantan infinidad de buhos; en que los murciélagos y las falenas os persiguen hasta dentro de la casona, para revolotear, girando en torno a la luz de las lámparas, o bien para posar sus alas en las albas paredes.

Región donde se eleva la luna, roja y enorme, para comenzar su misterioso recorrido sobre los bosques y la llanura de brezos; región donde horribles tormentas rugen por las noches, donde en las noches claras, las estrellas, sobre todo la Polar, que miraba siempre mi queridísima hermana Lucila, se encienden más brillantes que en otros sitios al rumor persistente de una innumerable multitud de grillos. La Limoise, tierra muy

P I E R R E L O T I

de Saintonge, muy pastoril, casi druídica, tal como debía de ser hace dos mil años.

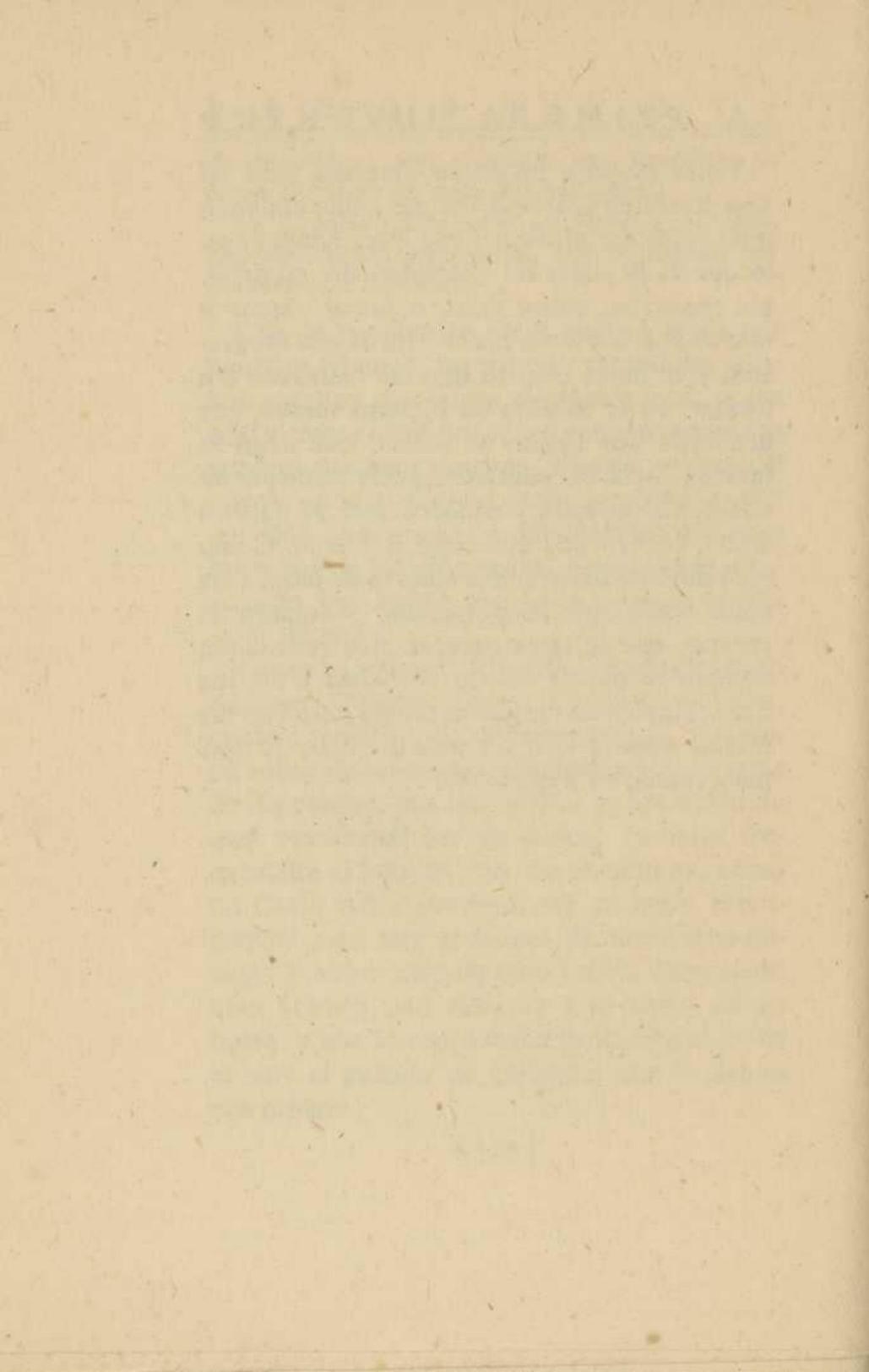
La Limoise hasta tiene un perfume peculiar, olor de hierbas aromáticas, que se respira por doquier. ¡La Limoise! . . .

Con la prodigiosa vista que yo tenía por aquellos tiempos, semejantes zarandajas estaban escritas con letras microscópicas, y era casi siempre entre dos luces cuando, sobre los tejados que me rodeaban, veía yo agitarse al viento, en la niebla del otoño parisién, todos aquellos obsesionantes duendecillos que eran los tubos de las chimeneas. Aquel pobre cuadernillo me ayudó mucho a vencer largos ratos de tedio.

Como es natural, no había llevado conmigo mi teatro Guignol, pero sí mi caja de pinturas, que era también uno de mis recursos, y pintaba cosas de memoria, principalmente paisajes de Saintonge, con una eterna exageración de azul meridional en los cielos. También frecuentaba el Louvre, que me encantaba, como tía Clara había previsto; era un lugar providencial para mis andanzas de muchacho juicioso y sobre todo de niño pobre, demasiado bien vestido con relación a lo vacío de su bolsa, y que se reprochaba hasta el gastar en el café el puñado de calderilla que le daban sus primos.

LA PRIMERA JUVENTUD

Tenía también mi piano, que era para mí una diversión preciosa. Se me había confiado a un excelente profesor, que interesándose en lo que él llamaba mi «cualidad del sonido», me enseñaba, sobre todo, a *hacer cantar a mis dedos*. Yo tenía conciencia de mis progresos, y la única alegría que me causaban era pensar: en el término de algunos meses, que acabarán por llegar, lo mismo que llegó la famosa noche del miércoles, profetizada por tía Clara, me encontraré en Rochefort, en nuestro salón, conservado con tanto esfuerzo. Como será durante los grandes calores de Julio, se le habrá mantenido en su habitual penumbra de verano, que le hace parecer más resonante; obligaré a mamá que se aproxime a mí; los dos, completamente solos, tocaré para ella las piezas nuevas con mi nuevo estilo, ¡y qué maravillada va a quedarse! . . .



XXXIX

EN una cervecería del barrio, donde, no obstante, me conducía nmis camaradas algunas veces, conocí en Noviembre una mujer alegre, demasiado madura ya para mis años, pero deliciosamente bella todavía, la cual se figuró quererme con ternura durante dos o tres meses. Respecto a elegancia, era casi casi lo mejor que había en el bulevar de San Miguel. Y luego, ¿de qué esfera había caído para ser tan poco vulgar? Nos consagrábamos los jueves por el día, y a veces hasta por la noche, cuando yo podía sustraerme a la «Unión de poetas».

Amiga de la casualidad, me ayudaba también algo, lo mismo que mi cuadernillo clandestino, a sufrir menos por mi íntima soledad; las cosas no se alteraban entre nosotros más que cuando ella quería afectar apariencias maternas; entonces, no, aquéllo no cuadraba;

P I E R R E L O T I

después de haber hecho de amante, querer hacer de mamá, era, a mis ojos, una indignante profanación de su papel; su manía de interrogarme respecto a mi familia, me desagradaba también mucho, y entonces le replicaba duramente:

— ¡Ya te he dicho que no tengo tal familia: estoy solo en el mundo!

XL

VUELVO a coger el misterioso cuadernillo, y con fecha de aquel mismo Noviembre parisino, encuentro esto:

Una tarde de hace ya mucho tiempo me dirigía, como de costumbre, a la Limoise, para pasar allí el día siguiente, que era jueves. Mi padre me había conducido por la otra orilla del Charente hasta la llanura llamada los Rastrojos (1), y esperábamos allí al buen viejo M. D. . . , que debía llegar ante mí para recogerme y conducirme a su casa. Era la hora de la puesta — ¡oh, hace más de diez años de todo esto, y yo era aún muy pequeño!—. De lejos, en la árida llanura de los Rastrojos, percibí al viejo que venía hacia nosotros, apo-

(1) ¡Ay! Después se ha construído sobre el Charente un transbordador feo, como una Torre Eiffel, y aquellos Rastrojos tan solitarios, por hallarse así mucho más unidos a la ciudad, no han tardado en poblarse de casas y de ventorros.

yándose sobre su bastón; me pareció mucho mayor que lo natural, y me dió miedo. No me sentí absolutamente tranquilo hasta que le hablé. Una horrorosa tormenta comenzaba a llenar el cielo de nubes cobrizas, y había en el aire ziszás de fuego que corrían en todos sentidos. Aquéllo despertaba en mí como recuerdos indecisos de cosas que hubiera conocido muchos siglos antes. Acababan de iniciarme algo en la doctrina de los Druídas, los primitivos habitantes de la Saintonge; en pleno encinar de las cercanías había visto uno de sus altares, y me dije que el paisaje debía tener aquella noche el mismo aspecto que en tan remotos tiempos.

Una vez llegué a la Limoise al crepúsculo, y me quedé extraordinariamente sorprendido por el aspecto de aquel vasto salón de campo, que la tronada hacía retemblar hasta en sus viejos cimientos. Debido al calor tórrido, estaban abiertas las ventanas, a pesar de las primeras gotas de lluvia; el viento de la tempestad hacía agitarse en la obscuridad las largas cortinas blancas, que a veces se alzaban hasta el techo. Estábamos solos Lucila y yo, y los dos teníamos miedo. El sentimiento élmico de terrible apariencia se había amparado de mí con una energía desacostumbrada, como si el ser o la cosa que la producía se aproximara a nosotros hasta rozarnos. (No he sabido nunca de dónde me pudo venir la palabra élmico; había sido pronunciada a mi oído, durante el sueño, por un fantasma, y para mí era la única capaz de definir el no sé qué inexplicable

LA PRIMERA JUVENTUD

oculto por la noche en el corazón de los bosques de la Limolse.) Para tomar lección al día siguiente, había llevado de Rochefort un librito de trozos escogidos, en el cual, a la luz de los relámpagos, nos distraíamos Lucila y yo en leer fragmentos entrecortados, inclinándonos muy cerca, uno de otro, con las frentes juntas. Pero, sin dejar de leer, miraba también afuera; pensaba, con inquietud, que tras la vieja tapia, muy baja, del cercado, se hallaban los bosques de encinas y el liano de brezos, iluminados por la tormenta. El recuerdo de los Druidas, sobre todo, me asaltó hasta hacerme estremecer; me los representaba despertados por el estrépito de la tronada, y corriendo como locos entre los árboles, con largas túnicas blancas que agitaba el viento, como las cortinas de la sala; debían salir de todos los sitios, multiplicarse, rodearnos por todas partes, y a cada relámpago yo temblaba, a la idea de ver aparecer una de sus figuras sombrías allá, muy cerca, en el jardín. . .

En el mismo cuaderno clandestino de hojas tan delgadas, escribía también fragmentos de las lecturas que me habían impresionado más, y hoy me quedo confuso al volver a verlas: ¡había olvidado que la elección de ellas era tan extraña! . . . Párrafos de libros de magia, traducidos del hebreo o de libros de los Rosa-Cruz, del siglo xvii alemán; citas de Trimegistro IV o de Jámblico, etc. . . .

P I E R R E L O T I

Las inteligencias celestiales se dejan ver y se comunican con más gusto en el silencio y en la soledad. Se tendrá, por consiguiente, para invocarlas, un gabinete secreto, etc. (Las clavículas del rabí Salomón, capítulo III.)

Es menester que nosotros, que tendemos a alcanzar las alturas sublimes, nos esforcemos, por lo pronto, en dejar tras nosotros las pasiones carnales, la fragilidad de los sentidos, los apetitos que provienen de la materia. (Tritemius.)

Por último, hallo también en una página, escrita en criptografía, la primera mención de *ese guardián que vela en el umbral de nuestra conciencia*, de ese guardián terrible, en el cual debía ser más profundamente iniciado, años después, en la Casa de los Sabios, en Benarés: *Cernis custodia qualis vestibulo sedere? Facies quæ limina servet?* (¿Ves qué guardián está sentado a la entrada, qué terrible figura vela sobre el umbral? . . .)

XLI

AL terminar uno de aquellos jueves que yo consagraba por entonces a mi amiga, la estrella de las cercanías del barrio Latino, sobrevino una disputa entre ambos, y fué, como siempre, con motivo de su manía de hacerme preguntas íntimas sobre mi pasado.

— No tengo familia, no tengo familia — decía ella —; pero por lo menos sí que habrás tenido una madre.

— No; te he dicho ya que no — respondí con una rudeza agresiva, como si con sólo pronunciar aquella palabra me hubiera ultrajado.

— Verdaderamente — repuso bajando la cabeza —, vamos, sí, comprendo. . . ni siquiera quieres que toque a ese particular.

Y su mirada, que se alzó lentamente hacia mí, tenía una expresión tan humillada y tan torturada a la vez, que me llegó entonces has-

ta el fondo del alma. Me marché, porque se me hacía tarde, pero me prometí firmemente ser más amable el jueves venidero, y sus pobres ojos de sumisión y de angustia me persiguieron entre la alegre muchedumbre de estudiantes, en el glacial crepúsculo del bulevar de San Miguel. Creí comprender que aquella mujer había tenido, sin duda, una familia no muy degradada, tal vez un hermano joven que la había hecho sufrir, y al cual le recordaba yo, o quién sabe si un hijo, que a la sazón hubiera podido ser de mi edad. En resumidas cuentas, su obstinación en querer conocer un poco de mi vida no era más que una prueba de afecto bastante profunda, y yo no hubiera debido ser tan severo.

El jueves siguiente, cuando me presenté a la hora convenida, no salió nadie a abrirme. Oyéndome llamar con insistencia, una pavisosa que vivía en el mismo piso entreabrió su puerta:

— ¡Ah! ¿Es usted? — dijo con un aire de connivencia que me dejó parado —. ¿Es usted, su amante? ¿Luego entonces no sabe usted? La han llevado ayer noche al hospital, con toda urgencia, para una operación en los intestinos. Por lo que parece, corría prisa.

Me fuí verdaderamente apesadumbrado, como si en realidad la amase algo, y desde

LA PRIMERA JUVENTUD

entonces la *Segunda Balada* de Chopin, que toqué aquella misma noche en la «Unión de poetas», ha guardado siempre para mí algo de su recuerdo.

El jueves siguiente me enteré de que había muerto bajo el bisturí. Habían pasado ya ocho días; por consiguiente, ella ya no era más que algo horrendo bajo la tierra, o bien, lo que me hubiera acongojado aún más el corazón, no era ya tal vez más que trozos momificados, colocados como piezas de disección sobre unas mesas de laboratorio. . . ¡Pobre mujer! En resumen: durante más de tres meses de mi destierro, me había dado con entusiasmo todo, todo lo que poseía en el mundo: su cuerpo, todavía admirable; sus ojos, tan lindos, y la tierna expresión de su sonrisa. En pago, yo la había ofendido cruelmente; pero ved cómo su última mirada de silencioso reproche la había ennoblecido de pronto en mi memoria; por eso es por lo que quiero decir aquí su nombre: Paula. No deja de repugnarne un poco inscribir este nombre en estas notas, donde he citado otros tan venerados; pero el hacerlo será como la misericordiosa visita de despedida que ni siquiera he podido hacer en su tumba, puesto que nunca he sabido en qué agujero anónimo la habían enterrado; sin duda en un lúgubre rincón de algún cementerio de pobres.

EL París de aquel tiempo no era aún del todo el Manicomio en que se ha convertido en nuestros días; la fiebre de actividad y de ruido molestaba de un modo más tolerable, y para llegar a hacerse aplastar en las calles por los inofensivos coches de caballos, era preciso, ciertamente, poner la mejor voluntad. Pero igual da, porque me oprimía sentir día y noche en torno mío una aglomeración humana tan compacta, tantos miles de alientos jadeantes, semejante amalgama de codicias y de sufrimientos. Y luego, todo me parecía artificial en aquel mundo trepidante. Por otra parte, el espíritu que tenían los parisienses en general me era antipático, sobre todo el de los muchachos de mi edad, atiborrados de lecturas y de juicios completamente superficiales; saltaban por encima las cuestiones con un desparpajo que al punto me turbaba, y que, después de re-

P I E R R E L O T I

flexionar, me hacía sonreír; casi todos me parecían vejetes; rara vez hablábamos la misma lengua, y apenas si me relacionaba con ellos. No; me aislaba más bien en la evocación de mi provincia natal, en la nostalgia de mis playas de la *isla* y de mis bosques de carrascas. Para mí, el único suceso notable de la semana era la llegada del correo, que me llevaba las cartas de mi padre, de mi madre y de mi hermana. Cartas de varias páginas, como se tomaba uno el trabajo de escribirlas por entonces, que me contaban, y a menudo con el más delicado ingenio, con la gracia más conmovedora, mil cosas de los míos, y esparcían en mi triste habitación algo del ambiente de la casa. Las de mi padre — escritas siempre con su impecable letra derecha, que fluía velozmente bajo su pluma, pero que parecía una caligrafía meticulosa — contenían valiosos consejos sobre diferentes asuntos; consejos que parecerían, ¡ay!, en nuestros días, un poco trasnochados, pero que todavía serían agradables de leer: tan espiritualmente eran dados. Se pensará, con razón, que he hecho mal en conservar todas aquellas cartas, tan llenas de vida entonces. ¿Dónde irán después de mí?

XLIII

EN esto un acontecimiento, al cual concedía yo una extremada importancia, determinó para mí el fin del brumoso invierno: se decidió que tomaría la primera Comunión por Pascua; acababa de cumplir diez y siete años, y entre nosotros los protestantes es la edad propicia. Comencé, pues, a asistir al Catecismo en el templo del oratorio del Louvre. Pero, desde los primeros días, demasiadas imposiciones, demasiadas teorías, hicieron claudicar mi fe, ya vacilante: el medio ambiente de otros sitios no cuadraba con aquéllo; el barrio Lafino estaba harto cerca, y por otra parte, mis primos de París, que pertenecían a una rama católica de mi familia, y que eran ateos sobre todo, trataban la cuestión con una especie de desdén que me desconcertaba. Yo seguía siendo aún bastante creyente para no dejar de sentirme espantado de las amenazas del Evangelio

contra quienes se aproximan indignamente a la Santa Eucaristía. Escribí, en vista de ello, a mis padres, cartas suplicantes, pidiéndoles que se retrasara todo un año más, para autorizarme a recibir la Comunión más tarde de manos de cierto pastor anciano, de cabellos canosos, en nuestra *isla*, en el venerable y reducido templo de San Pedro de Olerón, que santificaban para mí tantas plegarias ancestrales. Pero se creyeron en el deber de persistir, y no tuve más remedio que someterme. En suma: tenían razón, porque durante los tres años siguientes ya estaría yo en la Escuela Naval, al menos así era de esperar, y si no aprovechaba la ocasión del oratorio del Louvre, me resistiría mucho a hacerlo más tarde.

Cuando llegó el día de Pascua, mi alma estaba toda angustiada. Por otra parte, nadie me acompañaría a la iglesia: estaba solo, completamente solo, para aquella solemnidad en que todos los niños se encuentran siempre tan atendidos, hasta por los padres más incrédulos; toda la mañana, encerrado en mi lóbrega habitación, intentaba en vano recogerme y orar; releí mi evangelio de San Juan, que era el que prefería de los cuatro; leí de nuevo la copia, que no separaba nunca de mí, de la carta de cita celestial, escrita por mi hermano en el momento de su muerte en el Golfo de

LA PRIMERA JUVENTUD

Bengala. Pero, no, mi corazón permanecía yerto.

Al llegar la hora de vestirme para ir a la iglesia, juzgué deber ponerme todo lo mejor que tuviera: un elegante vestido de entretiempo, que mis primos me habían obligado a hacerme; chaqueta corta de terciopelo negro y pantalón ajustado, amén de un cuello estilo Shakespeare, doblado en largas puntas, y guantes de un color rabioso de sangre. Pero cuando fué reflejada mi imagen por la luna de mi abominable armario — cuya caoba me hacía siempre el efecto de haber sido arañada y cuarteada de aquel modo en el transcurso de un pasado vergonzoso —, quedé consternado; me pareció que yo era el tipo acabado de lo que se llamaba en aquel tiempo un calavera, de lo que más tarde se ha llamado un gomoso o un. . . no sé qué iba a decir.

¿Y era yo de veras aquel muchacho, ex amante de una mujerzuela de cervecería, quien iba a presentarse ante la Santa Mesa? . . . A toda prisa, porque se acercaba la hora, cambié de ropa; me puse uno de mis trajes de invierno, de apariencia más modesta, y siempre solo como un abandonado, partí, por último, hacia la iglesia, adonde llegué casi tarde.

Esta primera Comunión, en la cual había yo fundado tantas esperanzas, no fué, en suma,

P I E R R E L O T I

más que una simple formalidad, cumplida con respeto, y nada más. Después de la ceremonia, cuando volví a hallarme en la calle de Rivoli, perdido entre la muchedumbre endomingada y bulliciosa, tenía en el corazón esa impresión de horrible vacío, que tantos años después debía volver a sentir más definitivamente en Jerusalén, la noche que, con harto orgullo, sin duda, la quise pasar a solas bajo las estrellas de Oriente, y bajo los olivos milenarios, en el huerto de Gethsemaní. . .

XLIV

CON demasiada libertad de acción, no trabajaba en realidad lo bastante; no me daban más que rachas repentinas, al mismo tiempo que terror de fracasar en la Marina y de anularme en un lamentable porvenir; pero aquellos plausibles estímulos duraban poco.

Cuando llegó la primavera, poco a poco, esparciendo sobre París su tibieza y su luz nueva, uno de mis camaradas me persuadió para ir a pasar con él un domingo en los bosques del contorno. Yo desconfiaba de aquellos bosques, ¡y cuánta razón tenía! Demasiados árboles del Norte, abedules, abetos, que me daban frío sólo de verlos. Luego, carecían de ese encanto íntimo del suelo, que para mí vale más que nada: ese encanto de los viejos terruños primitivos, jamás alterados desde que el mundo es mundo, como en ciertos rin-

P I E R R E L O T I

cones de la Limoise o de Fontbruant; faltaban esas plantas pequeñas y exquisitas que no se atreven a brotar más que después de siglos de tranquilidad y de silencio. En esta tierra, tantas veces removida, revuelta, desnivelada por los hombres, casi no crecían más que esas plantas comunes y de vulgar aspecto — plantas de vanguardia las llamaría yo —, que la Naturaleza se apresura a enviar, esperando mejores tiempos para tapizar poco a poco los terraplenes que no tienen pasado. Y luego, nada de verdaderas aldeas, sino casetas para tenderos y ventorrillos; nada tampoco de aldeanos, sino gentes de la jurisdicción. No se me volvió a ver al domingo siguiente por aquel campo parisién: mejor que él preferí los Campos Elíseos o el jardín de las Tullerías.

EN Mayo me sentí de pronto enamorado de la Emperatriz; accidente que ocurría a muchos hombres de por entonces. La Emperatriz iba con frecuencia por el Campo de Marzo para inaugurar diferentes cosas, y yo perdía horas enteras de trabajo esperando el paso de su coche, obscuramente confundido entre la muchedumbre. Medio tendida en su landó, que tenía un aspecto muy distinto de los «autos» de los príncipes de nuestra época, era una cosa ideal verla pasar, y ninguna silueta de mujer era comparable a la suya. Durante el último período de mi estancia en París, su imagen bastó para preservarme completamente de las mujeres que mis camaradas frecuentaban.

En estas notas, donde he abierto ya tantos paréntesis sobre el futuro, bien puedo hablar también de mi presentación a esta soberana,

P I E R R E L O T I

que no tuvo efecto más que treinta años después de su terrible destronamiento. La casualidad me había hecho habitar junto a su departamento en el Hotel Continental, y ella se había dignado concederme amablemente una audiencia. Grande fué mi emoción cuando volví a verla ante mí, bella siempre, pero tan cambiada, con su eterno vestido de lana negra.

¡Quién me hubiera dicho en otro tiempo que un día me sería posible besar aquella mano, tan inaccesible entonces para mí, y que yo había mirado de lejos tantas veces, apenas visible en medio de los encajes de su vestido suntuoso, y pasando tan velozmente al trote de los magníficos caballos! En aquel sencillo cuarto de hotel, Su Majestad estaba sentada a contraluz, cerca de una ventana, y su silueta de septuagenaria, que aún conservaba ciertos encantos, se destacaba en sombra sobre el jardín de las Tullerías, sobre los macizos de flores que reemplazaban a la sazón su palacio de Emperatriz. Se dignó sonreír, con una graciosa benevolencia, cuando le conté discretamente los entusiasmos del pobre estudiantillo de días lejanos, para verla pasar, perdido entre la muchedumbre. . .

XLVI

ME enviaron a pasar mis vacaciones de Pascuas en pleno campo de los alrededores de Dreux, en casa de un ingeniero muy hugonote, amigo de mi familia, y allí, un día de lluvia, escribí en el cuadernillo confidencial, que no abandonaba nunca, estos recuerdos de Limoise, demasiado impregnados de exageración infantil:

Ocurrió en la Limoise, cuando yo tenía ocho o nueve años. Debía ser mediodía, por Julio, con un calor tropical. La casona gris, cerrada para preservarse del sol, parecía amodorrada bajo sus árboles. Yo estaba en la planta baja, en el «cuarto blanco», con Lucila, que leía, cuando de pronto me entraron ganas de echar a correr: entreabrí la puerta del jardín, que dejó penetrar en nuestra penumbra un violento rayo de luz, y después de haber salido la volví a cerrar, encontrándome fuera en medio de todo el silencioso

esplendor de aquel mediodía de estío. Bajé sobre mis ojos el sombrero de paja, y a pesar del calor de horno me aventuré por una avenida bordeada de altas matas de espliego, para ir a sentarme allá, bajo un reducidísimo cenador emparrado, que a Lucila y a mí nos gustaba de una manera singular. Se aferraba en la tapia del cercado, algo ruinoso y poblado en aquel sitio por una multitud de lagartos de un gris rojo; sin duda, muchos años antes de nuestro nacimiento había sido construído con maderas, a la sazón completamente reverdecidas por el liquen: cerca florecían en Junio viejos lises de Francia, y el resto del verano esas deliciosas rosas de todo el año, poco estimadas hoy.

A la hora aproximada del mediodía, sobre todo, se respira en este jardín el penetrante aroma que es el olor de la Limoise, y que no puede tener otro nombre; se adivinan en él, mejor que a cualquier otra hora, las soledades pastoriles que le rodean, y en el silencio que allí reina se confunden los susurros de los insectos agitando sus élitros, o de las cigarras paseándose entre las hojas secas.

— ¡Hueles a la Limoise, rico! — me decía siempre tía Berta, olfateando mi ropa cuando regresaba yo de allí...

Sentado sobre el banco carcomido, miraba las avispas, las moscas multicolores que revoloteaban en el aire asfixiante, y poco a poco me sentía invadir por el sentimiento élmico; aspiraba al vago objeto, o al ser que me inspiraba aquel sen-

LA PRIMERA JUVENTUD

timiento, y que me llamaba desde lo más intrincado de los bosques, pero cuya aproximación me causaba, sin embargo, un terror profundo. Puse en juego todos los resortes de mi inteligencia para intentar comprender de qué cosa o de quién llegaba hasta mí aquella misteriosa llamada; luego, acababa siempre por trepar a la tapia, mirar al exterior, interrogar a las profundidades silenciosas del campo, y una vez allí, sentía que me había aproximado ya a lo que buscaba. El paisaje que tenía ante mis ojos, desde lo alto de la tapia, no era, sin embargo, nuevo para mí, pero nunca me habían causado tal impresión sus perspectivas. Dormían las carrascas de los bosques; el cielo era de un azul violento y profundo, y en el horizonte veía removerse redes de vapores temblorosos, como se forman sobre las hogueras.

Lentamente descendí de la barda, pero por el otro lado, por el lado del campo. . . y decididamente me escapé.

Atravesé primero, sin detenerme, la primera arboleda de encinas, para ir a internarme en otro bosque algo más lejano, en plena maleza, separando las aulagas y las zarzas; ponía en conmoción, al pasar, todo un pequeño mundo ebrio de calor, que dormía la siesta; saltamontes rosados o azules, grandes mantas verdes que se abatían atontadas sobre mí; hacía huir a las culebras y a los enormes lagartos; un buho, espantado de una visita tan insólita, se alzó torpemente con su vuelo suave, para volver a posarse en seguida, ofus-

cado por el exceso de luz. Yo gozaba diciéndome que nadie sabía que me encontraba allí, tan lejos, en aquella hora aplanante, y que debían estar inquietos por mí, que me llamarían, que estarían buscándome.

Por último llegué a un claro del bosque, donde me detuve, presa de recogimiento y de éxtasis, pues de tal modo me pareció idealmente salvaje aquel sitio: oscuras carrascas lo rodeaban por todos lados; había matorrales de agabanzos cargados de rosadas flores, madre selvas, gavillas de aguileñas, y cogf blancas orquídeas que embalsamaban; por el suelo se extendía una alfombra, virgen aún, sin duda, de liquen y de musgo... Se percibía el olor de la mejorana, del tomillo, del espliego, recalentados por el sol meridiano, y yo hacía alzar el vuelo a una porción de mariposas, unas de anchas alas negras, otras, pequeñas, de un azul celeste... Así era como me había yo imaginado los campos de la Galia primitiva en los veranos de remotos tiempos, en la época de los Druídas, de los cuales yo iba a visitar con Lucila los dólmenes de piedras enormes, conservados en un bosque de las cercanías (1). Era presa de aquel sentimiento élmico, en el cual debían los Druídas, por su parte, caer tan frecuentemente.

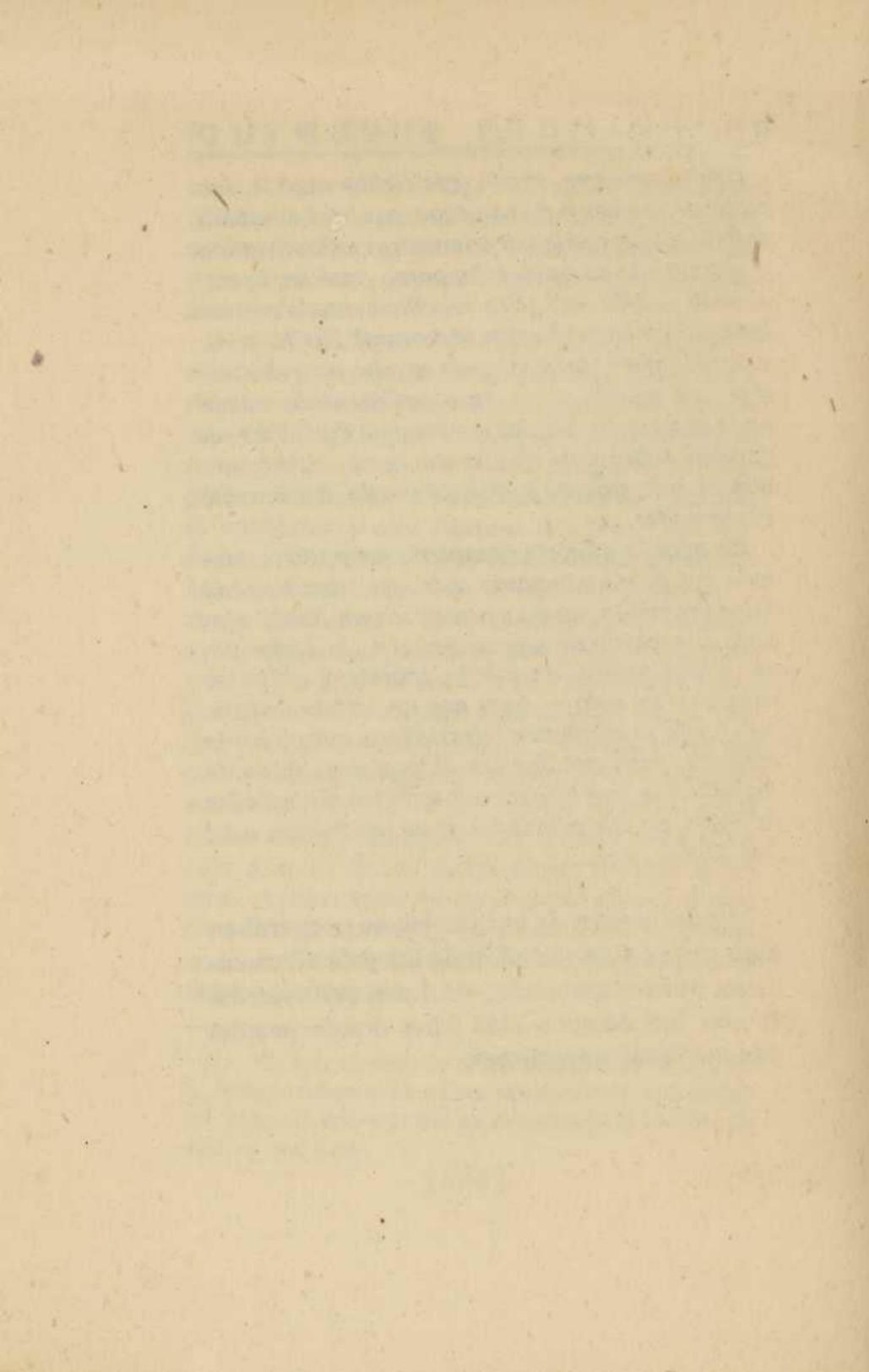
(1) En este dietario de niño, textualmente citado, no he creído necesario modificar las nociones que entonces se tenían sobre lo que se conoce con el nombre de piedras druídicas.

LA PRIMERA JUVENTUD

Hasta entonces, nunca me había sentido tan cerca de ese ser o de esa cosa que no he sabido definir nunca: cedía por completo a la fascinación y al terror de su presencia; pero, ¿qué es lo que aquéllo podría ser? ¿Era sencillamente lo que los latinos llamaron Horror némorum? No lo creo, puesto que en otros bosques mucho más profundos que aquéllos, no he experimentado nunca nada semejante. No, el sentimiento élmico ha esparcido sobre este rincón de tierra un encanto que él solo posee, y que yo puedo únicamente comprender. . .

En aquella glorieta encantada me parecía además que había penetrado como un intruso, a una hora prohibida, en un santuario; que había violado el misterio de alguna fiesta de la Naturaleza, y tuve miedo, un miedo enorme y súbito de encontrarme solo — pero era un miedo delicioso —. Sin la educación tan cristiana que yo había recibido, creo que hubiera sido el más feroz de los salvajes, que hubiera adorado las divinidades terribles de las soledades y de las selvas, o tal vez al Sol (sic).

Mis recuerdos de la Limoise se exageraban algo para mí en cuestión de luz y de vivos colores, por comparación, sin duda, por contraste con los campos más fríos donde pasaba mis lluviosas vacaciones.



Es sorprendente que no haya conservado apenas el recuerdo de mi examen de ingreso en la Escuela Naval, y que fué, sin embargo, a fines de Julio, el acontecimiento capital de mi vida: sin duda es porque había trabajado mucho durante los últimos días, y porque desde la primera sesión había comprendido que se presentaba bien la cosa y que sería aprobado; el más temido de los examinadores había dicho además a uno de sus compinches, señalándome:

— Aquél sabe; tiene sus faltas, es cierto, pero se ve que sabe.

Las oposiciones tenían efecto en la calle de Lille, en un gran local silencioso, en tanto que por todos los demás sitios, en pleno sol de estío, elevaba a París su rumor de feria la Exposición Universal de 1867.

Mi viaje de regreso a Rochefort casi se ha

borrado también de mi memoria. Creo recordar que ni siquiera pensé en despedirme de aquellos diversos muchachos de Oriente, mis compañeros de destierro: todos eran para mí unos cualesquiera. Y yo que he conocido tan a menudo esa angustia del corazón que se siente al abandonar habitaciones de paso, ocupadas solamente durante algunos días, en diferentes países de la Tierra, creo que ni siquiera tuve la idea de volverme para dirigir una mirada de adiós, al franquear por última vez el umbral de aquel cuarto de estudiante, desde donde había contemplado, durante las largas horas invernales, el campanario de San Esteban del Monte, o los estremecimientos de marionetas de todos aquellos tubos de chimenea, reunidos encima de las casas miserables y tétricas.

Por el contrario, ¡qué claramente recuerdo mi llegada a la estación de Rochefort, una mañana límpida y hermosa! Mis padres y mi hermana habían ido a esperarme, y como se trataba de mi primera ausencia, un poco larga, nada me había hecho prepararme a la triste impresión — tantas veces experimentada en lo sucesivo durante mi vida — de encontrarlos envejecidos. Mamá, con su manto negro que no quería dejar ya de ponerse, tenía sus adorados rizos bastante más grises que el año

LA PRIMERA JUVENTUD

anterior; la noción de nuestra nueva y precaria situación me fué dada también al primer golpe de vista, cuando reconocí, en el sombrero que mi hermana llevaba aquella mañana, flores y plumas de uno de los últimos que había tenido mi madre antes de ponerse de luto.

París no me había maravillado ni sorprendido nada; pero en cambio mi pequeño Rochefort me causó mucha sorpresa; me lo figuraba en mi recuerdo de otro modo, y no salía de mi asombro al ver sus casuchas tan bajas y sus calles tan tranquilas, con su aspecto de pueblo. Mi vuelta a la casa paterna me llenó de una emoción a la vez dolorosa y dulce: aquella avenida de frondas y de flores, que no había dejado de ser nuestro jardín, me pareció adorable, y así que volví a bajar, después de haber subido alegremente a brincos a las habitaciones del segundo piso, donde corrí a abrazar a mi abuela y mis tías, torné allí para sentarme a la sombra sobre el banco verde, cerca de mi pequeño estanque de márgenes románticas. Entonces el señor *Ratón*, apodado Su Excelencia, aproximóse lentamente a mí, no con las manifestaciones petulantes de los perros que vuelven a ver a su amo, sino con esa discreción, ese talante circunspecto, siempre característicos en el modo de ser de

los gatos; visiblemente se preguntaba: «¿Acaso tú y yo no somos antiguos conocidos? Te pareces al hijo pródigo que nos abandonó hace tanto. ¿Por ventura serás el que, después de haber ido a pasearse demasiado lejos, como me ocurre a veces, se había perdido, pero que hoy vuelve con nosotros?»

Y parecía extasiado cuando yo lo acariciaba. Aquella paz, aquel silencio me tranquilizaban y me producían encanto. Y luego, ya se había acabado la preocupación de los exámenes; ¡qué descanso! . . . En espera de aquel encantador ignoto que se llamaría el *Borda*, la navegación, los viajes, no tenía nada más que hacer sino andar y ensoñar en todos los rincones de la casa y de los bosques del contorno, durante dos deliciosos meses de verano. . .

La casa tan querida no estaba triste ya, como antes de mi marcha. Después de nuestro gran desastre, durante mi año de ausencia, las cosas habían amainado, como se dice en términos de marina; estaban resignados, comenzaba uno a habituarse a las duras restricciones necesarias; hasta había vuelto un poco de alegría con motivo de mi regreso, y se había comenzado de nuevo a poner en la sala lindas flores, llevadas de balde del jardín de Fontibruant. (¡Ay, dos años después de-

LA PRIMERA JUVENTUD

bíamos descender todavía un terrible escalón hacia la pobreza, casi la miseria; pero, por el momento, aún no se la preveía.)

En comparación de mi cuarto de París, el de casa, el nuevo que había aceptado, sin embargo tan a disgusto, me pareció cómodo, refinado, casi adorable, sobre todo con el magnífico rosal de pitimín que encuadraba la ventana con una guirnalda de sus rosas; para llegar allí, es cierto que había tenido la mala suerte de cruzarme en la escalera con nuestros inquilinos; pero el encuentro había sido menos terrible de lo que hubiera creído; de tal suerte se habían mostrado amables y discretos.

No tardé en advertir que tía Clara se había vuelto, aún más que nunca, la Providencia de la casa: por haberse perdido en el camino las llaves de mi baúl, fué la tía quien, sin trabajo alguno, lo abrió con un gancho, muy hábilmente.

Hacía un año que se había perfeccionado como jardinera e iniciado como carpintera, tapicera y hasta cerrajera. Sus útiles, que procedían de nuestra antigua casa de la *isla*, como todo lo que poseía, me la hacen hoy recordar con una precisión dolorosa, y para mí es evocada por su pequeño martillo con mango de madera, de las *colonias*, que había he-

cho tantos buenos servicios, y al que no toco más que con veneración.

Después del almuerzo, al cual no faltó ninguna de mis queridas y viejas amigas de rizardores, uno de mis primeros cuidados fué ir a darme cuenta del estado de mi museo, y para aquella inspección no hay que decir que fuí acompañado de tía Clara. Desellamos la puerta, arrancando las tiras de papel pegadas en el momento de mi partida, y fuimos atacados, al entrar, por un olor de pájaros disecados, de alcanfor, de álcalis desinfectantes; en suma: transcendía bastante tristemente a muerto allí dentro; pero era la muerte cuidada y pulcra, como a la apertura de un sarcófago de momia. La mariposa de color amarillo limón, a la cual busqué con los ojos antes que nada, seguía tan resplandeciente entre las otras, grandes y azules, de la Guayana; nada se había movido en ninguna parte, y aquel pequeño recinto — que en el futuro debía conservar tan a menudo, en los años sucesivos, su inmovilidad de hipogeo, mientras yo recorría el mundo—, aquel minúsculo recinto había cumplido fielmente su papel de relicario infantil para los pobres y sagrados cachivaches. Me apresuré también a quitar el precinto de la ventana, con objeto de dejar penetrar aire puro y también de volver a ver los horizontes de la

LA PRIMERA JUVENTUD

llanura de herbales donde serpea nuestro río; entonces, unas abejas y avispas, que sin duda se acordaban del sitio, entraron al punto, danzando como durante los primeros veranos de mi vida.

A continuación, en el gran calor de mediado el día, llegó el instante que había deseado desde hacía meses, de abrir mi piano, y allí, con mamá, los dos solos, tocar para ella algo de mi repertorio nuevo con mi nuevo estilo.

Ocurrió todo exactamente como yo lo había imaginado: un fresco exquisito, después del bochorno de afuera, había sido mantenido como en otros veranos anteriores en nuestro salón rojo, dejado en penumbra, y cuya resonancia propicia no era turbada por ningún rumor. Durante toda mi ausencia se había dejado descansar al piano, del cual yo hubiera reconocido, entre mil otros, los deliciosos sonos velados, cantantes como los de una voz humana.

Aquella fué una de las veces en que me he sentido más azorado ante mi madre querida, pues de tal modo deseaba que *resultara bien*; para comenzar por una cosa fácil, que yo estaba seguro de tocar de una manera impecable, puse sobre el pupitre una pieza de Mozart, variaciones de una sencillez encantadora, sobre el motivo *Lisón dormía*. . . En aquel

momento, en la calle, aplanada de sol, se oyó el renquear de una vendedora de mantecado, que pregonaba como en otros tiempos, lanzando quejumbrosos gritos de buho; aquella mujer era como una antigua amistad asimismo, que hubiera echado de menos en mi fiesta de llegada, si ella hubiera dejado de asistir; desde mis primeros años, su extraño grito, en aquellas mismas horas, se mezclaba siempre a los silencios de las siestas de esto, así como el de la anciana vendedora de bollos en los silencios de las noches de invierno.

Apenas había tocado la primera página de *Lisón dormía*, cuando la puerta, entreabierta al pasillo, se abrió un poco más, empujada por una débil presión exterior, y el señor *Ratón* hizo una entrada vacilante, marchando sobre sus patas de terciopelo y mirándome fijamente a los ojos con sus pupilas súbitamente dilatadas. Acababa yo de dejarle dormido a la sombra, en lo más apartado del jardín, bajo unas madresevas; pero él había oído el sonido de mi piano, desde hacía tanto tiempo olvidado, y había acudido precipitadamente para cerciorarse; evidentemente acababa de identificarme, y así que tuvo la seguridad, saltó sobre mi hombro, según su inveterada costumbre.

— ¡Oh, mamá! — dije —, permíteme que me

LA PRIMERA JUVENTUD

detenga un poco; es preciso que lo acaricie, ¿comprendes? ¡Ya ves cómo me reconoce!

Cuando mamá lo hubo instalado sobre sus rodillas para hacerle permanecer tranquilo, yo me sumergí en las variaciones antiguas y bellas; pero no veía allí más que una especie de entrada en materia, muy a propósito para ejercitar los dedos: era demasiado sutil y delicado; aquéllo no era música para mí. No veía el momento de empezar con cosas más atormentadas, más insondables; escogí, pues, la *Apasionata*, de Beethoven, y esa maravilla que se llama *La Aurora*, que se hace tan pesada, a nada de medianamente que se la ejecute. Entonces mi madre quedó emocionada y extasiada.

— ¡Estaba segura de que tendrías talento, hijo mío! — me dijo, estrechándome entre sus brazos.

En verdad que aquel día de mi regreso fué completamente delicioso.

XLVIII

EL día siguiente fué el señalado para ir a hacer una visita de llegada a tía Eugenia, que habitaba en la Limoise, como todos los veranos, hasta las primeras melancolías del otoño, y cuando el sol comenzó a declinar, partí, con alegre marcha, para recorrer los cinco kilómetros de camino.

Tan pronto como franqué el Charente en una barca, así que me hallé en la llanura pedregosa de la orilla del Sur, me embriagué con el olor del tomillo, del espliego y de la mejorana. Era la hora de cenar cuando llegué a la Limoise; pero, a pesar de ello, antes de sentarme a la mesa en el viejo comedor de recias paredes, pedí permiso para ir solo corriendo hasta la entrada de los bosques, que yo tenía verdadera prisa de volver a ver.

El sol se ponía cuando penetraba yo bajo aquellas viejas encinas de varios siglos; un

sol rojo como un ascua, que estaba agrandado y ovalado por la refracción de los espesos vapores cálidos del atardecer; un sol enorme, muy bajo ya, que se percibía a través del arbolado y que parecía descender al ras del suelo para incendiar los brezos. ¡Qué silencio y qué paz en aquel lugar, siempre análogo, que yo volvía a ver con un sentimiento casi religioso! Haber dejado ayer París, el estrépito de los bulevares, y encontrarme allí de pronto, en plenos sueños de mi infancia! La emoción fué para mí tan intensa, que la anoté al día siguiente en mi cuaderno secreto; pero no me atrevo a reproducir el pasaje, escrito con tanta exageración y hasta con tanto lirismo, que los más indulgentes de mis ignorados amigos no podrían dejar de sonreír. . .

Después de cenar, en el cálido crepúsculo, cuando ya revoloteaban los murciélagos, ffa Eugenia y yo fuimos, pensando en Lucila, a sentarnos en el jardín, sobre un banco de piedra, resguardado y embalsamado por un antiguo jazminero todo en flor. En aquel momento comenzó a tintinear el *Angelus* allá lejos, en el campanil romano de la aldea de Echillais, y el sonido de aquella campana era, por sí solo, evocador de todo un pasado; por si era poco, precisamente frente a nosotros apareció la

LA PRIMERA JUVENTUD

estrella Polar, la estrella de Lucila... la estrella que durante su mortal permanencia en la Guayana nos habíamos puesto de acuerdo mi hermana y yo para mirar a la misma hora, y que aquella noche surgía de pronto, como para evocarla más en mi memoria. . .

Durante mi infancia, consideré la estrella Polar como uno de los signos más eternamente inmutables del cielo, pudiendo tal vez comunicar algo de su duración al afecto de Lucila por mí; pero ahora, ¡ay!, comenzaba a saber demasiado bien que no era más que un bólide cualquiera, uno de esos monstruosos e inconcebibles bólidos de fuego, vertiginosa caída en medio del desorden, del terrible maremágnum de mundos. La estrella Polar, más tarde, durante mis noches de vela en los buques, debía de ser interrogada por mí, con nuestros instrumentos de precisión, para verificar mi camino a través de la inmensidad de las aguas.

En el curso de mis largos viajes, yo debía a menudo ver declinar la estrella Polar, poco a poco, sobre el horizonte, y abandonarme, en tanto que surgirían del lado opuesto la Cruz del Sur y las dos grandes nebulosas australes, soberanas en el cielo del otro hemisferio. . . Mas allí, aquella noche, vista desde aquella glorieta de jazmines, en la paz de aquel jardín

P I E R R E L O T I

de la Limoise, se había convertido el astro para mí en una lucecita pequeña, siempre prendida en igual sitio: una lucecita bella y fiel como la de una luciérnaga: ¡la estrella de Lucila! . . .

XLIX

SEGÚN informes adquiridos en las altas esferas por nuestros primos de París, era cada vez más seguro que yo sería admitido en la Escuela Naval. Por esta parte no existía, pues, ninguna inquietud, y mi porvenir parecía asegurado. Nuestra pobreza actual, aceptable aún, y aparte de todo muy valerosamente aceptada, había tenido por resultado, sobre todo, estrechar más los lazos de familia en un común esfuerzo hacia un *mínimum* de privaciones; se había decidido vender algunos objetos de plata, una miniatura de Fragonard, etcétera. Del fondo de los viejos cofres traídos de la *isla*, se exhumaron cachemiras que, tejidas de negro, habían proporcionado unos vestidos casi bellos. En las caras de las ancianas y queridas damas de rizadores y de miriflaque había vuelto a aparecer cierta expresión de alegría, algo de esa alegría íntima que

revela una conciencia tranquila y un carácter amable, y que los rigores de la vida no tienen el poder de abatir más que por un momento.

En cuanto a la hija de mi hermana, aquella nena para quien el año anterior se imploraba, con una trasnochada canción, el concurso de la bienhechora Hada del Sueño, se había convertido en una pequeña personalidad, que corría por todas partes en el jardín, y que tenía ya bucles rubios; representaba entre nosotros un regocijado elemento nuevo, una especie de rejuvenecimiento para las abuelas y las tías de nuestros padres.

Ahora que yo recorría a pie, sin sentir, por el atajo de los Comunales, los veintitantos kilómetros entre nuestra casa y la de mi hermana, iba de una a otra con cualquier pretexto. Estas vacaciones, en suma, me parecía que debían ser cortas; cuando estaba en Fontbruant me inquietaba porque perdía días de estancia en Rochefort, y viceversa.

La selva de carrascas y la concavidad umbrosa de cuando la gitana, me encantaban aún más íntimamente entonces que los menores peñascos; los menores árboles, los más insignificantes castañerales, me eran familiares, y en mis paseos continuaba llevando por tradición mi revólver de otros tiempos, aunque

LA PRIMERA JUVENTUD

me pareciera un poco pueril portarlo así siempre en el cinturón.

Por fin un día de Septiembre, en Fontbruant, conforme regresaba de una de mis largas exploraciones habituales por los terrenos pantanosos de las grutas y de las libélulas, mi cuñado, así que me percibió desde lejos, agitó alegremente, en señal de llamada, un periódico desdoblado que llevaba en la mano: era el *Monitor*, que publicaba la lista de los aspirantes admitidos en la Escuela Naval, y yo figuraba allí con el número 40, de unos ochenta y tantos. No recuerdo si sentí mucha emoción por ello, pues de tal modo confiaba con seguridad; pero al menos mi suerte estaba definitivamente trazada: era el porvenir de viajes y de aventuras, que se abría delante de mis diez y siete años, ávidos de lo desconocido! . . .

L

COMO se trataba, esta vez, de una ausencia en París mucho más duradera que el año último, me mandaron a la *isla* hacia fines de Septiembre, a despedirme de mis tías de San Pedro de Olerón, a quienes yo no había visto desde hacía más de un año.

Fué en el cañonero que debía abordar en Boyard, desde donde yo no tendría más que cinco o seis kilómetros que recorrer a pie para llegar al punto de destino.

Este cañonero (1), que había tenido siem-

(1) Este cañonero, que era uno de los órganos esenciales de la vida de nuestro puerto, ha sido suprimido, hará unos diez años, por la testarudez lamentable de cierto ministro de Marina: el mismo que desbarató toda la defensa de nuestras radas.

(La nota precedente, que yo había publicado en la *Revue de Deux Mondes*, me ha sido censurada por algunos amigos, quienes la encontraban fuera de lugar

pre una significación en nuestra vida de familia, era un pequeño barco de guerra, que tres veces por semana partía del arsenal, para ir a abastecer los apostaderos de las islas y los navíos de la rada; se daba en él pasaje a los «civiles» del país, y nuestros criados, que eran casi siempre naturales de Olerón, usaban de él con frecuencia para ir y volver; ese barco me depositó sobre la playa de Boyard, que es de arena fina y de conchas delicadas, que nunca se agita porque mira al Continente, en

en este libro. Pero yo he reflexionado que toda tribuna es aceptable y buena cuando en ella puede hacerse saber algo de la verdad a su Patria.

Pase aún que el nefasto ministro en cuestión haya adoptado el error obstinado de ciertas oficinas de la calle Real, que admiten que desde la punta de Bretaña a la frontera española no tengamos ni un solo puerto de guerra. Respecto al puerto de Rochefort, estos sectarios objetan que no es bastante profundo para recibir nuestros grandes barcos, a lo que es fácil responder que con algunos de los millones que tan gustosos derrochamos por todas partes, se ahondaría sin gran trabajo — cosa que cualquier otra Nación no dejaría de hacer —, y que, por otra parte, constituye, tal como está, un maravilloso refugio para las pequeñas unidades.

Pero hay algo más absurdo aún. Ningún hombre de sentido común deja de comprobar que nuestras radas de Rochefort son únicas en todo el Golfo de Gascuña, y después de la de Brest, las más magníficas y las más seguras de Francia, y que es preciso defenderlas a toda

LA PRIMERA JUVENTUD

oposición a las playas de la costa Oeste de la *isla*, «la costa salvaje», que se hallan orientadas frente a la gran extensión, y están batidas por un mar terrible.

Entre viñas ya doradas, y pantanos sembrados de esos grandes montones de sal que en otoño simulan tiendas de campaña, me encaminé hacia San Pedro, siguiendo veredas tranquilas, donde se respiraba una brisa salina, perfumada por los claveles color de rosa y las algas de la playa.

Atravesé la aldea de Sauzelle, conocida en

costa, porque representan una de las más tentadoras entradas a nuestro país, y fueron en todo tiempo el punto de mira de nuestros rivales de allende la Mancha. Sin embargo, no solamente el ministro en cuestión no sólo no ha querido mejorar sus defensas, sino, lo que es ya el colmo, se ha apresurado, casi rabiosamente, durante su corta estancia en el Poder, a pisotear las defensas que ya existían; por orden suya, centenares de metros de hilos conductores, que acababan de instalarse como nuevos, han sido desmontados, vendidos como hierro viejo, y reflectores para apuntar de noche — objetos muy costosos — han sido arrebatados con tal precipitación, que se han destruído. Esta gran puerta está abierta hoy, por consiguiente.

Si relato estos hechos, no es por perseguir hasta en la tumba al pobre culpable, no, sino para lanzar un grito de alarma, a la que los acontecimientos de Turquía y de Siria acaban de dar una palpitante actualidad. . .)

(Septiembre, 1919.)

la *isla* por sus hechiceros, cuyas casitas están enjalbegadas como las de los árabes, y en cuyos jardines crecen áloes grandes como los de Algeria.

Por último llegué a nuestro antiguo pueblecillo de San Pedro (1), que tiene la particularidad, en su aislamiento, de que a pesar de encontrarse en una isla, está entre tierras; por consiguiente, sin bañistas ni turistas, viviendo de su humilde vida regional, como antaño, gracias a la sal de sus salinas y a los racimos de sus viñas; en aquella tarde calurosa parecía dormir bajo su sudario de cal blanca, y mil flores, claveles, alélfes, formaban platabandas a lo largo de sus calles desiertas, al pie de todas las paredes, según la costumbre de la *isla* (2).

Nuestra antigua morada familiar había sido vendida hacía mucho tiempo, y no fué ya allí donde encontré a mis pobres tías, sino en una casa, mucho más modesta, de la vecindad.

(1) En la *Novela de un niño* he hablado de San Pedro, pero nunca lo bastante, dada la importancia que ha tenido en mis primeros recuerdos.

(2) Después de una década, para darse un aire más de ciudad, San Pedro ha renunciado a la costumbre encantadora de tener orlas de flores a lo largo de sus muros.

LA PRIMERA JUVENTUD

Mi tía-abuela Clarisa, de ochenta años, hermana de mi abuela y arruinada definitivamente como ella, me esperaba en uno de sus mismos sillones Luis XIV, de tapicería, los más lujosos restos que poseía aún de su pasado bienestar, sentada, el busto erguido, en una actitud de anciana con pretensiones de nobleza, llevando sus eternos lazos de raso blanco en su cofia, que para salir recubría con un manto de raso negro; representaba muy bien, así como mi abuela, el tipo de la anciana dama hugonote; espantosas y dramáticas desgracias habían quitado dulzura a su rostro; pero se veía aún cuán linda había sido; por lo demás, sus ojos, que seguían siendo negros como la noche, bastaban a testimoniar que en otros tiempos los moros de España habían invadido nuestra *isla*.

Cerca de ella estaban sus dos hijas, mis queridas tías, a la moda de Bretaña, de unos sesenta años ya, y con los cabellos muy grises, pero que, sin embargo, se peinaban de una manera menos arcaica.

El interior de su casi miserable cuarto tenía muebles estilo Luis XIV o Luis XV, de la mayor sencillez posible para sus épocas, pero que provenían todos de nuestra familia, y nada moderno se destacaba por ninguna parte; también las habitaciones de su casa me

Inspiraban un respeto encantado, como rincones intactos del tiempo ido.

La noticia de mi llegada se esparció rápidamente por el barrio, y no tardé en ver llegar buenas gentes con el traje de la *isla*, que habían sido viñeros, salineros y salineras de mis abuelos, y que me llamaban aún «nostramo, el señorito»; recibí hasta a una visitante, provista de cayada, cierta vieja, Augère, para mí muy venerable, porque había sido la nodriza de mamá, y quien, para rendirme su homenaje, se había puesto la más alta de sus cofias blancas, dispuesta sobre armazones de alambre; todo un pequeño mundo, no contaminado aún por el moderno demonio de la envidia, permanecía tranquilo, honesto, indulgente y feliz, al cual yo no volvería a ver.

Para acabar la jornada, al crepúsculo fui a decir adiós a nuestra antigua casa familiar, habitada hoy por el pastor protestante, y donde me sentía aún algo más en «nuestra casa». Bajo las capas de cal, amontonadas después de dos o tres siglos, sus murallas, su ancho soportal, con cimbra de piedra, había perdido sus saledizos, como en las moradas árabes de antaño, y se mantenía incólume, lo mismo que el día en que mis antepasados habían partido para su doloroso destierro en Holanda, a la Revocación del Edicto de Nantes. Se me dejó

LA PRIMERA JUVENTUD

errar solo en el gran jardín, rodeado de muros, donde bojes centenarios bordeaban las calles de árboles; y muy al fondo, en el bosque donde dormían nuestros abuelos hugonotes, que fueron excluidos de los cementerios católicos, fué allí, sobre todo, donde me retardaba en el silencio, en meditación profunda, y donde sentía como una llamada, un reproche de aquellos ascendientes desconocidos, perseguidos en otro tiempo por la fe, que comenzaba a vacilar mucho en mi alma.

A la mañana siguiente, que caía en domingo, fuí con mis tías a la iglesia. Los vestidos de seda negra que ellas se habían puesto, acaso los últimos vestidos de seda que poseían, me emocionaron, llenándome de una tierna piedad, porque el color tiraba ya un poco a rojo, y esperaba ver que la pobre tela, usada hasta más no poder, iba a romperse sobre los aros de sus crenolinas.

Este pequeño templo de San Pedro no había dejado de ser un lugar sagrado para mí. Reedificado hacia 1850, sobre un terreno que había donado uno de mis pasados tíos-abuelos, estaba todo blanco de cal, excusado es decirlo, y era infinitamente sencillo; en el interior, la madera de las filas de bancos de respaldo y el sillón para el predicador, estaban lustrados con cuidado minucioso, y una

voluminosa Biblia descansaba sobre la Sagrada Mesa. Allí era donde mi madre había hecho sus piadosas meditaciones de joven, allí donde se había casado, allí donde el pastor actual había bautizado a mi hermana, y allí también donde yo hubiera podido hacer mi primera Comunión con más recogimiento, sobre todo con menos temor, y en fin, aquél era todavía el lugar del mundo donde yo me sentía más cerca del Dios de mi infancia.

Ante un auditorio en el que dominaban las altas cofias (1), comprendida entre ellas la de la buena Augère, que había asistido con su báculo, el pastor de cabellos canos nos leyó y explicó algunos pasajes del incomparable «Sermón de la montaña», y todo mi pasado de niño místico se despertaba con frecuencia para invadir mi corazón; encontré de pronto muy fulgurante en mi recuerdo la cita celeste que mi hermano nos había dado a todos, su carta de agonía, que irradiaba una certidumbre tan triunfal, y las palabras de esperanza, escritas por nuestra madre sobre su Biblia.

(1) Estas cofias, que tan bien sentaban, casi han desaparecido totalmente. Las mujeres de Olerón no dudan hoy en afearse con estos lamentables sombreros, desperdicios de los grandes almacenes de París, que llevan hasta a las aldeas una nota burlesca de Carnaval.

LA PRIMERA JUVENTUD

¡Oh, nuestra madre! . . . ¡No perderla nunca; después de la muerte, volver a verla, volver a vivir todos nosotros cerca de ella por toda la eternidad! . . . ¡El Cristo nos lo había prometido esto, y si yo podía obtener este destello de seguridad, nada me espantaría ya! Entonces me puse a orar como un iluminado; suplicaba a Dios que me perdonase mis faltas, tan graves ya a mis ojos; que me perdonara, sobre todo, la manera distraída e indigna con que había hecho mi primera Comunión en París, en el oratorio del Louvre, y después, como mi plegaria prestaba cierta solemnidad a la inminente proximidad de mi primera partida de marino, le pedí también que me bendijera en la aventurada carrera que iba a emprender. . . En aquel momento, por las pequeñas ventanas cimbradas del templo, el claro sol de estío — que en medio del prodigioso vacío azul tornaba imperturbablemente como después de innumerables milenios — comenzó a enviar sus rayos sobre la cal de los muros, inundando a todos los fieles y a sus humildes cofias de un resplandor de fiesta; y aquéllo fué para mi imaginación, aún infantil, como una dulce y sonriente respuesta; me sentí absuelto, perdonado, exento de pecado, de separación y de la muerte. . .

En el transcurso de algunos años que si-

P I E R R E L O T I

guleron aún, he tenido a veces cierto fervor hacia aquel Cristo, en las horas en que me ha sido preciso mirar de cerca a la Reina de todos los terrores; pero aquel domingo, en aquella iglesia de aldea, fué donde por última vez, de entre las veces, brotó de mi alma una verdadera oración cristiana.

ABANDONAR la casa paterna me pareció esta vez, sin embargo, menos doloroso que el año anterior; en primer lugar, porque era mi segunda salida, y luego, sobre todo, porque yo estaba, por decirlo así, como anestesiado por la idea de todo lo desconocido que me esperaba en el mar.

A primeros de Octubre, los ocho muchachos, naturales de Rochefort, recibidos en la Escuela Naval aquel año, y un oficial de Marina, padre de uno de ellos, que había tomado a su cargo atendernos durante el camino, hicimos el viaje de Brest todos reunidos. El ferrocarril del Sur de Bretaña no existía aún, y fué en el vaporcito del río de Chateaubriand como llegamos allá el segundo día, al atardecer, para fondear al pie de la colosal muralla de granito que sostiene, dominando el mar, la explanada del paseo Dajot.

En el río, sosegado, por el cual habíamos llegado entre colinas tapizadas de brezos violáceos o rosados, ya había yo advertido el carácter, completamente nuevo para mí, de aquella Bretaña que debía ejercer después un encanto creciente en mi imaginación, durante una docena de mis años más bellos, pero que más tarde me dejó de tal modo desilusionado. . . Me acuerdo también que fui sorprendido por el aspecto majestuoso y tranquilo del barrio de Brest, al cual fuimos a parar; reinaba el silencio al pie de las altas casas tétricas y grises; en aquel comienzo de una noche de Octubre estaban tristes y húmedas las avenidas de olmos seculares del paseo Dajot, donde languidecía sobre su pedestal una vetusta ninfa de gusto arcaico, esculpida en mármol blanco, roído por las continuas lluvias bretonas. En el acto tuve la conciencia de llegar a una región más desprovista que la mía de aquel sol, al que adoraba yo con un amor casi pagano. Y luego, en vez de nuestras piedras blancas, todo aquel granito, siempre el duro granito de la Armórica, amontonado en confusión por doquier. ¡Oh, cuán diferentes de aquéllas eran las cosas de mi país!

Al día siguiente, pues, hice mi primera entrada en el grande y sombrío arsenal de Brest, un gran llano de granito — siempre el mismo

LA PRIMERA JUVENTUD

granito —, tan estrecho ya por sí mismo y tan aglomerado de material de combate, donde se siente uno por todas partes como aplastado por el mundo de aquellas piedras azuladas: de tal modo los talleres, los almacenes de la Marina se apifian pesadamente unos sobre otros. En ciertos pasajes inclinados, donde arrastraban cañones, obuses y cables de navíos, varios grupos de marineros se apresuraban a transportar pesados objetos, y todo aquel lugar, donde yo debía más tarde apresurarme a mi vez en el aprovisionamiento de navíos, me pareció severo y un poco terrible, a pesar del hermoso tiempo que hacía, por casualidad, aquel día, y la dulce palidez del sol de Octubre.

Se nos condujo a una sala de recias paredes, que olfa a alquitrán, donde nos estaban aguardando unos ayudantes, que por lo pronto nos dieron unos «números» con que reemplazar nuestros nombres, y luego se pusieron a ataviarnos de marineros. Era la primera vez que yo me sentía definitivamente solo en medio de lo desconocido, al mismo tiempo que era mi primer contacto con aquella clase de rudos servidores de la Marina, que de entonces acá se ha desvirtuado, ¡ay!, como todas las cosas, al soplo del modernismo, pero que en nuestros días, sin embargo, se compone aún, en su mayor parte, de hombres mara-

villosos por su desinterés, su resistencia, su lealtad, su arrojo y su corazón.

En el fondo tenían un aire casi paternal y de buena hombría bajo su gesto de reglamentaristas; pero era igual, porque con ellos se sufría ya la imposición de la disciplina militar, y comprendí de una sola ojeada que ya no era libre, yo, que ni siquiera había conocido la menguada numeración de los Liceos ni su irrisoria disciplina: «¡Número 112 — llamaban —, venga usted a probarse esta blusa marinera! . . . ¡Vamos, dese usted prisa, número 93!» Eran ásperas a la piel las camisas que nos ofrecían, y encima de fuertes trajes de lana azul nos hicieron endosarnos unos vestidos de lona, más rígidos que el cartón, y que olían a jarcias nuevas. Como novicios que acaban de pronunciar sus votos en un Monasterio, abandonamos allí, al mismo tiempo que nuestros nombres, todas nuestras ropas, todos nuestros objetos personales; yo no había guardado más que mi Biblia, con algunas de las últimas cartas de mi hermano y de Lucila, que los buenos ayudantes de mal genio me permitieron guardar estrechamente en mi camisa rugosa.

Cuando nuestros atavíos de batalla estuvieron acabados, se nos embarcó a todos en el cañonero de la Escuela, que se puso penosa-

LA PRIMERA JUVENTUD

mente en marcha entre amarras tendidas, boyas y obstáculos de todo género, pero que pronto se escapó de la planicie de granito; y entonces la gran rada, magnífica, se abrió ante nuestra ruta, encalmada, luciente al sol dulce y de un azul un poco dorado ya por los oros de la puesta. En aquel vaporcito, que nos transportaba hacia nuestro nuevo destino, estábamos poco más de ochenta muchachos, de gentes con frecuencia muy distintas, de aspiraciones y de gustos frecuentemente contradictorios, que durante dos laboriosos años íbamos a reñir algunas veces, a llevarnos bien otras, y nos mirábamos unos a otros interrogativamente; yo debía parecer uno de los más jóvenes, con un resto de ingenuidad infantil en la mirada, y sin embargo, tengo la seguridad de que de entre todos yo era el que había vivido ya más por el corazón, por el ensueño y por el sufrimiento. . .

La hora aquélla tenía para mí algo de infinitamente solemne, y abrí los ojos todo lo que pude. Hacía buen tiempo, muy bueno, extraordinariamente bueno para una tarde de Octubre en Brest, como si la rada hubiera querido agasajarnos con una primera sonrisa de bienvenida — la inmensa rada, en la que íbamos a padecer durante dos años, en medio de las tormentas de Oeste, bajo las frías ráfagas, bajo

el azote de la lluvia y el relente marino —. Tres barcos, que me parecieron gigantescos, dominaban casi únicamente allá, sobre el inmóvil espejo del mar; ¿cuál de los tres sería el *Borda*, en el que yo pensé desde mi infancia con tanto deseo y tanto temor? Pero la imagen que, yo no sé por qué, me impresionaba más, era aquella salida al mar inmenso, aquellos dos promontorios que se enfrentaban mutuamente a cada lado de *la barra*, uno de ellos rematado por una torre de faro, derecha como una bujía plantificada en una peña, y todo ello destacándose sobre el bello amarillo naranja del horizonte; aquella imagen se ha grabado de tal modo en mi mente, que aún hoy es la que torno a ver más fácilmente, con su luz y su color de aquella tarde de mi llegada.

Pedí tímidamente a un marinero que me dijera los nombres de los tres grandes barcos: el más próximo era el *Inflexible*, la Escuela de los grumetes; el segundo era el *Borda*, que nos esperaba; el más distante, *Bretaña*, la Escuela de los novicios.

Tenían aún algo de los barcos de antaño, de los tiempos heroicos de la Marina de velas; majestuosísimos navíos, que habían conservado sus arboladuras; estaban pintados de grandes listas alternadas, negras y blancas,

LA PRIMERA JUVENTUD

para delimitar netamente sus tres puentes superpuestos; ¡cuán poco se parecían a esas horribles máquinas de un gris sucio, ahogadas, herméticas, infernales, que son nuestros actuales acorazados!

Las arboladuras principalmente los diferenciaban; elevaban en el cielo nostálgico del atardecer tranquilo sus tinglados de mástiles y de vergas, que se han abolido casi en nuestro tiempo de hierro triste, pero que constituyen, sin embargo, para los muchachos, tan incomparables escuelas de agilidad, de salud y de fuerza.

¡El *Borda!* Llegamos, le tocamos casi, y el sol, que se había tornado rojo, hacía relucir alegremente la pintura fresca de su popa monumental, que estaba allí, según la usanza antigua, con bellas cariátides inclinadas sobre el agua, para sostener con sus brazos musculosos el balcón del comandante.

Después de haber ejecutado nuestro cañonero una curva hábil, que yo no sabía aún comprender, se detuvo sin novedad junto a una escalinata, cuyos peldaños eran de madera cuidadosamente limpia, y cuyos accesorios de cobre resplandecían. Allí estaban unos marineros como los que había antes y como va habiendo hoy cada vez menos; además se les había debido elegir entre los más ágiles e in-

P I E R R E L O T I

trépidos, para irnos acostumbrando mejor y servirnos de ejemplo.

Bastante emocionados todos nosotros de llegar al fin allí, trepamos entonces de cuatro en cuatro escalones, en reducido bando impetuoso, un poco atropellados, para sumirnos más pronto en las entrañas de aquel claustro flotante. Era una batería de un aspecto más bien rudo, pero vasto y claro, muy agradable, en donde el aire marino entraba por los portillos, y que exhalaba discretamente el sano olor de los navíos de guerra, que se les tiene sumamente cuidados: olfa a madera de abeto recién cepillada, olfa a las cuerdas alquitranadas, olfa a sal, a mar y a algas.

LA ceremonia de recogernos para dormir por primera vez a bordo, fué lo que nos dió la más viva impresión de entrar en una vida completamente nueva, austera y dura, sin duda, pero atrayente al mismo tiempo. Es la ceremonia que se llama el zafarrancho de la noche o retreta, y que a bordo de los barcos de guerra es siempre un gran espectáculo, con sus órdenes, alineamientos, desfiles, silbidos, toques de corneta y redobles de tambor.

Después de que hubo terminado, y que se nos colocó bien en fila a los dos lados de la larga batería donde íbamos a dormir, nos vimos asediados por un tropel de marineros que llevaban sobre sus hombros montones de largas cosas grises de lona, que eran nuestras hamacas. Nos las llevaban, porque era la primera vez y tenían que enseñarnos la manera de suspenderlas y de subirse a ellas; pero al

día siguiente, por supuesto, lo haríamos nosotros mismos. Fué un trabajo inmenso el desenredar todos aquellos enseres grises y ponerlos cada uno en su sitio; no causaron poco ruido todos aquellos gruesos anillos de hierro que entrechocaban y se enganchaban en otros tantos ganchos de hierro, clavados en las enormes vigas. Sin embargo, hablábamos más bien en voz baja, a causa de cierto respeto inspirado por aquel lugar y por los cañones próximos.

No sabiendo aún nuestros nombres, nos llamábamos por nuestros números, tratándonos de usted, como es costumbre en la escuela:

— «92, usted es mi vecino de la derecha, ¿verdad?»

— «No, creo que es el 96.»

Al pobre 96 se lo llevó una epidemia al año siguiente; pero el 92 (1), hoy almirante de cabellos grises, ha sido durante toda mi larga carrera uno de mis mejores amigos. Teníamos todos de diez y seis a diez y siete años; los marineros, nuestros instructores y nuestros adelantados, debían tener de veinte a veinticinco años, pero resultaban ser los más niños

(1) El almirante Eugenio de Fauque de Jonquières, que acababa de fallecer en el momento en que estas notas aparecían en la *Revue de Deux Mondes*.

LA PRIMERA JUVENTUD

de la banda, y sólo su proximidad divertía nuestras precoces complicaciones y nos saturaba de bienhechora ingenuidad.

Se permítan reír un poco, con nosotros, nuestras torpezas de novicios; pero tan discreta, tan amablemente, con un matiz de respeto, ante la idea de que seríamos más tarde sus oficiales; tenían, por otra parte, casi todos ese acento bretón, con el cual yo me familiaricé, y daba a sus menores palabras cierto candor y a la vez cierta picardía.

Calcúlese bien qué trabajo tan enorme fué el de desarrollar por primera vez, y suspender en su lugar preciso, todas aquellas hamacas, con sus argollas, sus redes de bramante y sus envergues; pero esto no era nada aún, comparado con la operación más delicada, cual era insinuarnos en subir allá dentro. Medio desnudos todos, entonces, mirábamos con cierta inquietud aquellas cosas vacilantes, colgadas en alto, que se desviaban, que oscilaban al menor contacto, y nos fué más necesario que nada rogar a los marineros que nos indicasen la mejor manera de efectuarlo. En resumen, nada más sencillo: para elevarse del suelo, un saltito, no muy fuerte, bien calculado; una pequeña flexión de riñones, y eso era todo.

Cuando todos estuvimos acostados, salie-

ron los marineros alegremente y no quedaron en la vasta batería más que dos hombres de pie, los dos centinelas que, relevándose hasta la mañana, debían vigilarnos; con grandes precauciones para andar sin hacer ruido, comenzaron sus paseatas. Se hubiera dicho que estaba vacía a la sazón la larga batería, y sin embargo, todos estábamos allí; pero como escamoteados junto al techo, como sepultados en nuestras fundas oscilantes de lona, señalada cada una con un gran número azul. En el semisilencio que siguió, la campana de a bordo comenzó a sonar bastante lejos, allá arriba, sobre el puente superior — y así fuimos iniciados en aquellos golpes dobles, alternando con golpes sencillos que desde remotos tiempos de la Armada indican la hora a los marinos de un modo convencional —; cuando hubo acabado de sonar la campana del *Borda*, dos voces ingenuas y armoniosas se elevaron en los dos lados del gran barco, respondiéndose una a otra; eran las voces de los marineros vigías, que siguiendo una costumbre inmemorial, deben cantar cada vez que da la hora, para probar a todos que están alerta, que no duermen, que velan: «¡Sin novedad babor!», cantaba uno. «¡Sin novedad estribor!», respondía otro, con las mismas notas prolongadas, impregnadas

LA PRIMERA JUVENTUD

de melancolfas nocturnas de otras épocas, sobre las vastas radas que no conocían ni paquebotes, ni sirenas de sonido desgarrador. «¡Sin novedad babor!», cantaba uno. «¡Sin novedad estribor!», respondía el otro, y las sonoridades que presta a la atmósfera la proximidad de grandes superficies de agua en calma, prolongaban sus juveniles voces.

Después de aquel canto de los vigías, el mar tomó la palabra en el silencio restablecido completamente: el mar, soberano absoluto, que aquella noche de una serenidad extraña susurraba como con sordina, cual si al comienzo hubiera tenido la intención de hacerse olvidar. No producía más que una especie de susurro de conjunto, que subía de todas partes a lo largo de los costados del barco. Se insinuaba solamente por los millares de sutiles oleadas discretas, que son como sus pulsaciones en las noches que hace muy buen tiempo.

Y he aquí lo que la mar nos decía en voz tan baja: «¡Yo soy siempre la misma, hijos míos! Soy quien os lleva como a ligeras plumas, como a cosas insignificantes; soy yo quien imperceptiblemente os balancea. . . Aquí me tenéis, sí, profunda e infinita, debajo, alrededor, por todas partes. . . ¡Ah!, hijos míos! ¡Habéis venido a postraros a mis pies; al pre-

P I E R R E L O T I

sente sois míos, ya lo veréis, para toda la vida! . . . Observad cómo me he fingido mimosa y dulce a vuestra llegada. ¡Oh! Acaso no será siempre lo mismo, bien lo sabéis. . . Ya se verá eso, ya se verá. Soy yo quien, en ciertas horas, hago danzar a los barcos la danza de la agonía; soy yo quien, desde los orígenes del mundo, sacude sobre sus cimientos todas las rocas de la Armórica. . . Pero, vaya, por ser vuestra primera noche, dormid bien. . . Por ser la primera vez, buenas noches, hijos míos. . . »

.
«¡Sin novedad estribor!» . . . «¡Sin novedad babor!»

Media hora después, creo que la mayor parte de nosotros no oyó ni siquiera el cántico de los centinelas encargados de velar nuestro reposo; confiados todos al mar, felices de habernos entregado a él, entretenidos con escucharlo y hasta extasiados, perdimos bien pronto la conciencia de todo, en la sinfonía de sus miles de ondulaciones adormecedoras. . .

FIN DE LA PRIMERA JUVENTUD

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28-MADRID

B.P. de Soria



61163366
DR 386





DR
386